Cristal de Bohemia

Por

Eva M. Martínez

Capítulo 1

Oración para Marta

La furgoneta rasgaba con furia la apacible madrugada de Praga. Una flecha blanca y metálica que atravesó la calle Roentgenova hasta detenerse a las puertas del hospital Na Homolce. Allí, una eternidad de contracciones y gemidos después, nacía resistiéndose a romper a llorar Hadrian Malek. Como si el mundo no tuviese suficiente espacio para los dos, una hora más tarde, moría a diez manzanas de allí Ignác Kuna. Su abuelo. Y para la mayoría de praguenses, la voz sin rostro que había narrado el fin de un sueño.

Muchos podían recordarlo como si hubiese ocurrido ayer, aunque habían pasado ya doce años. Aquel miércoles, veintiuno de agosto de mil novecientos sesenta y ocho, Ignác se había despertado antes de la hora acostumbrada. Nora dormía inquieta a su lado como si su pesadilla fuese una señal de lo que ese día deparaba. Como de costumbre, Ignác dejó un beso en la sien y una caricia en el pelo de su mujer y se dirigió al baño para asearse y ponerse su traje de chaleco gris y una de sus muchas camisas color azul claro. No es que en la radio tuviesen uniforme, pero él se había creado el suyo propio, nacido de la superstición de que ese mismo atuendo le había traído suerte en el pasado. El armario de Ignác era tan repetitivo como sus éxitos siendo locutor radiofónico.

Fue en algún punto entre abrocharse el último botón de la camisa y ponerse la corbata, cuando el primer estruendo hizo temblar las ventanas de su casa. Asomarse a una de ellas y ver el cañón de un tanque atravesando la calle le dejó impactado. Ignác corrió hacia el salón y sintonizó la radio. Las emisoras checas no daban señal, ni tan siquiera la suya, Radio Praga, que ya tendría que haber empezado a emitir cortes de música clásica. Manipulando las antenas, logró captar una lejana radio rusa y empezó a entender qué estaba sucediendo.

“Hemos ido a combatir la contrarrevolución” decía el entusiasta locutor ruso. Y seguía soltando proclamas que anunciaban que el Kremlin había enviado las tropas del Pacto de Varsovia a invadir Checoslovaquia para restaurar un orden comunista debilitado en los últimos tiempos.

El rumor de invasión que alimentaban algunas voces de la esfera política se había hecho realidad. La Primavera de Praga había llevado a actuar al presidente de la Unión Soviética, Brezhnev. Lo siguiente que Ignác entendió entre interferencias fue que el presidente del país, Alexander Dubcek, y todos los mandatarios del Estado Checoslovaco serían en breve secuestrados y llevados a Moscú por la fuerza.

No escuchó más. Volvió a la habitación, puso al tanto de la situación a

Nora y le pidió que bajo ningún concepto ni ella ni su hija Eliška saliesen de casa. Luego, sin pensárselo dos veces, él sí la abandonó para ir a trabajar.

Lo que se encontró en las calles de Praga fue desolador. Los tanques avanzaban impunemente entre gente que no daba crédito a sus propios ojos y que, en su estupor, sólo reaccionaba para apartarse de las orugas que lo aplastaban todo. Motos, coches, farolas y cualquier cosa que interrumpiese su avance hacia la sede del Partido Comunista en el centro de la capital. Algunos se llenaban de valor y trepaban hasta la escotilla de los tanques detenidos para preguntar a los soldados por qué estaban allí y de qué se trataba todo aquello. El clima, por encima del miedo, era de total desconcierto. Ignác supo por qué. No era el enemigo el que invadía Praga, era el aliado, el vecino. Lo que necesitaba esa gente de forma desesperada era información, e Ignác se prometió que la tendrían. Sus pasos cobraron aún más ritmo hacia la calle Vinohradská.

Cuando llegó, pudo ver que allí la situación no era muy distinta, a excepción de aquella improvisada resistencia que le llenó de orgullo. Un grupo de gente se afanaba en defender las instalaciones de la radio. Habían levantado la barricada volcando un autobús y no cedían ni un ápice de terreno pese a los tanques que se aproximaban hacia ellos. Ignác levantó la mirada y vio en las ventanas a alguno de sus compañeros. Una especie de rabia le recorrió por dentro. Si había micrófonos, si había señal, ¿por qué no estaban hablándole a la gente? ¿Por qué habían dejado de informar? Aquello dio el último empuje a su ya férrea determinación de ponerse a trabajar.

La gente le abrió paso hacia la puerta solo después de comprobar su identificación. Puede que muchos conociesen su voz en las ondas, pero muy pocos le habían visto antes. Los escalones hacia el estudio se le hicieron eternos, sobre todo cuando empezó a escuchar descargas de ametralladora a su espalda y los gritos de quienes le habían franqueado el paso. El vecino que había invadido al vecino ahora empezaba a asesinarlo. Ignác fue dejando un rastro sudoroso en el pasamano y las piernas le fallaron en varias ocasiones. Sin embargo, no cejó en su empeño. Desde que había entrado en la radio como aprendiz a los dieciocho años sólo había faltado a su trabajo en dos ocasiones, una neumonía a los treinta y cinco, y el parto de su esposa diez años antes. Ahora, a sus casi cincuenta no pensaba anotarse una tercera.

Cuando finalmente entró al estudio y observó a sus compañeros, Ignác deseó tener de nuevo veinte años y el resuello suficiente para echar a gritos a todos. De la plantilla de doce empleados sólo habían llegado cinco. Gabriel, Havel, Cecile, Karolína y aquel muchacho propuesto como aprendiz por el mismo Ignác. Ninguno de ellos estaba trabajando.

—¿Se puede saber por qué no estamos emitiendo? ¡Gabriel, a los

controles! Cecile, intenta ponerte en contacto con la sede del Partido Comunista. Havel, pincha música y anuncia un noticiario en diez minutos. Karolína, controla desde aquí la situación de la barricada en la calle. Y tú, muchacho, ¡acércame los discos!

Como si hubiesen estado esperando la voz de Ignác para salir de su trance, todos se pusieron a obedecer sus órdenes. Todos excepto Cecile, que parecía tener algo que decir.

—¿Qué sucede? — le preguntó Ignác.

—¿Quiere que llame a la sede del Partido Comunista? Si son ellos los que han pedido la ayuda de las tropas aliadas...

—¿De dónde has sacado esa información, Cecile?

—Ha llegado un comunicado de la Agencia de Noticias Soviética.

—Mentiras.

Karolína dio un grito ante una nueva descarga de los tanques, ya muy cerca de los civiles agazapados tras el bus, y con una mueca desencajada se volvió hacia Ignác.

—¡Están disparando! ¿Qué cree que nos harán si nos atrevemos a informar?

—¿Qué es un periodista sin informar, Karolína? Yo te lo diré: un vendido.

El sonrojo se dibujó en las mejillas de todos ellos. Ignác resopló y golpeó la mesa en un ataque de frustración.

—Escuchadme todos, Dubcek y el resto de nuestro gobierno están siendo secuestrados en este momento. Ellos no han pedido ayuda a nadie: el Kremlin ha decidido invadirnos. Hay gente ahí abajo muriendo por defender la voz de esta radio y ¿nosotros nos vamos a quedar aquí callados? Podéis iros si queréis, pero yo haré que la gente sepa lo que está pasando. Si os quedáis, me ayudaréis a contarlo.

Karolína y Havel, cómplices en el miedo, abandonaron el estudio sin atreverse a mirar a sus compañeros. Ignác observó con cierta tristeza a Cecile, Gabriel y a Jan, el joven aprendiz al que, si bien no había considerado un buen yerno hasta la fecha, debía reconocerle las agallas.

—Bien. Nos sobramos y nos bastamos. ¡Noticiario en cinco minutos! ¡Vamos!

Cinco minutos más tarde, la voz de Ignác Kuna resonaba en las viviendas, los negocios y en los pequeños transistores de los viandantes de Praga, desmintiendo las informaciones rusas y leyendo la declaración oficial del

gobierno, que rechazaba la entrada de los ejércitos del Pacto de Varsovia en territorio checoslovaco. Los ciudadanos supieron que aquello era una invasión unilateral que perseguía un único fin: volver a convertir su primavera en invierno. La voz de Ignác Kuna fue su pequeña esperanza. La gente se sintió invadida, pero ya no sola.

Pocos supieron cómo él sentía secarse su garganta cada dos palabras ante cada explosión y cada nueva mancha de sangre en las ventanas. Nora sí lo supo. Arrodillada junto a la radio del salón, reconoció cada pequeña alteración de la voz de su esposo, cada vacilación o salida de tono, y abrazada a su hija trató de memorizar todas y cada una, por si jamás podía volver a escucharlas.

Ignác no se detuvo. Gabriel sacó cuatro y cinco manos de dos para hacerse cargo de todos los controles. Cecile hizo del teléfono su fuente de información, y Jan mantuvo su pulso firme mientras pinchaba en cada corte los vinilos que Ignác iba seleccionando. Primero cuatro, luego tres, y finalmente sólo uno, el que se convertiría en el himno de la resistencia checoslovaca. La canción “Oración para Marta” de Marta Kubisova.

Apenas media hora más tarde, la puerta del estudio saltó de sus goznes bajo la bota de un soldado, dando paso a una nube de polvo, restos de gases lacrimógenos y a diez rusos que no tardaron en encañonarles.

—¡Fuera de aquí! ¡Fuera de aquí! ¡Vamos!

Ignác vio cómo un soldado cogía a Cecile por los pelos y la arrastraba hacia el hueco de la puerta. Dos más sacaban a Gabriel que, pese a no resistirse, recibía golpes. El aprendiz no tardó en correr la misma suerte. Ignác apeló a sus nervios de acero para abrir los micrófonos y transmitir lo que estaba sucediendo, hasta que un soldado arrancó los cables de cuajo y con la misma violencia le asestó un golpe de culata en la sien que le dejó conmocionado. Apenas sintió cómo fue arrastrado escaleras abajo. La radio quedó finalmente también a merced del invasor, pero no sus emisiones. Antes del anochecer otros tomaron el relevo que Ignác había iniciado.

Cuando la televisión fue también tomada por los rusos, ya había doce emisoras de radio en condiciones de emitir. La astucia y las falsas indicaciones de los vecinos habían permitido ganar unas horas preciosas para ponerlas en marcha. El ejército checoslovaco y los radioaficionados aportaron el material que permitió a “Radio Praga, la voz libre de la Radiodifusión Checoslovaca”, oírse en todo el territorio e incluso más allá de sus fronteras. Los noticiarios de diez minutos, en checo, eslovaco, inglés, alemán, francés y español, se sucedieron uno tras otro con Oración para Marta como banda sonora.

Todos creyeron que los cadáveres sembrados a las puertas de la emisora de Radio Praga merecían el esfuerzo. De nada sirvió la estación de radio que los

rusos quisieron llevar a Praga para robarles la señal. Cuando llegó a la capital, la mayoría de piezas imprescindibles le faltaban. Durante seis días, sin violencia, sin más fuerza que la picaresca y la palabra, los checoslovacos resistieron.

Fueron sus dirigentes los que claudicaron. Dubcek acabó firmando un acuerdo por el que se comprometía a anular todas las reformas anteriores y a recuperar la esencia socialista. Y que la política de Checoslovaquia volviese a ser tutelada por Moscú.

Ignác lloró en su celda escuchando el discurso del presidente. El gobierno no había creído en su pueblo, en la ejemplar resistencia que habían llevado a cabo hombres y mujeres, nietos y abuelos. El orgullo por los suyos se mezcló en las lágrimas de Ignác con la vergüenza que sentía por sus dirigentes. Su primavera murió definitivamente entre esos barrotes, tras los que pasó dos años y medio debido a su demostrada participación en el KAN. Casi todos los miembros de ese club de civiles, los compañeros con los que Ignác tanto había teorizado sobre la socialdemocracia, fueron arrancados de sus vidas y encerrados en cárceles comunistas.

Probablemente en esa celda, después de sufrir su segunda neumonía, se gestó también la dolencia pulmonar que le había acabado matando aquel septiembre del año ochenta. Ignác murió sin volver a ver a su Checoslovaquia libre del yugo soviético, y lo que probablemente era peor, sin conocer a su primer nieto. Sin duda, le hubiese gustado saber que Hadrian tenía los ojos del color de su habitual camisa, la forma de sus manos y una pelusilla rala y rubísima, como la que él había ganado con los años. Si lo hubiese cogido en brazos, habría sabido que estaban destinados a quererse con locura. Si hubiese vivido nueve años más, habría sido testigo de la profunda adoración que sentía su nieto por él. Pero a Ignác le falló el tiempo.

Sin embargo, hasta el último estertor, aferrado a la mano de Nora, si supo una cosa: que jamás habría cambiado ni uno solo de sus actos en ese día en que había empezado a agonizar el sueño de su amada Praga.

Tal vez sólo uno. No haber hablado más alto.

Capítulo 2

Los ojos sin pupila

—¡Idiota!

Hadrian echó a correr todo lo rápido que sus piernas se lo permitieron.

Pretendía escapar de las estupideces que su amigo tenía la poca vergüenza de decir sobre su abuelo y no le fue difícil, porque Pablo no tuvo ninguna intención de seguirle. Esquivando furgonetas, las mesas de los vendedores ambulantes y a las personas que rezagadas trataban de regatear para sacar el último mejor precio, Hadrian atravesó la feria sin mirar una sola vez atrás, tragándose las lágrimas de rabia que amenazaban con escapársele. Pronto dio con la autocaravana azul de la familia, donde su padre terminaba de guardar su mercancía.

—¡Papá!, ¡papá!

Jan cogió en brazos al torbellino rubio que se le tiró encima.

—¡Eh, pequeño gamberro! ¿Dónde te habías metido?

—¡Papá, odio a Pablo! No voy a volver a hablarle nunca, nunca, ¡nunca jamás!

—¿El niño de los ojos sin pupila?

—¡Papá! ¡Esto es serio!

—Vale, vale…

Jan puso su cara más solemne y dejó a Hadrian en el suelo, sabiendo que para el orgullo herido de su hijo no era momento de bromas. Trató de alejar de su mente aquel día en Karlovy Vary o en Pilsen, ya no podía recordarlo bien, en que Hadrian había llegado muerto de miedo a su lado y se había abrazado a sus rodillas balbuceando que había un niño poseído en la feria porque tenía los ojos muy, muy negros y sin pupila. El niño poseído acabó siendo Pablo, el hijo del matrimonio español con el que muchas veces compartían ferias a lo largo y ancho de Checoslovaquia, y que tenía los ojos más oscuros, profundos y brillantes que Jan había visto en su vida, a excepción de los de la madre del pequeño: Clara.

— A ver, ¿qué te ha hecho Pablo esta vez?

—Se ha metido con el abuelo, papá — los labios de Hadrian temblaron mientras se escurría su primera lágrima. Jan la enjugó con cariño.

—¿Con el héroe más grande de Checoslovaquia?

El pequeño esbozó una sonrisa de oreja a oreja que prometía ser muy bonita en el futuro, pero que ahora mostraba varios huecos dejados por los perdidos dientes de leche. A Jan, sin embargo, le pareció preciosa.

—¿A que sí? ¿A que el abuelo fue un héroe y gracias a él ganamos a los rusos? ¿A que sí, papá?

Jan asintió mientras las imágenes de aquel día en Radio Praga se repetían

ante sus ojos. Nadie mejor que él para saber lo que Ignác Kuna había logrado entonces simplemente con su voz. Todavía recordaba el temblor de sus manos al recibir cada vinilo de manos del señor Kuna, convencido de que sólo podía esperar de él su indiferencia o su conmiseración… El pequeño tirón de su manga le sacó de la marea de recuerdos.

—Papá…

—Claro que sí, hijo. Claro que sí. Durante seis días les ganamos.

—¡Pues él no se lo cree! Dice que soy un mentiroso, que mi abuelo era como todos los abuelos y que seguro que no está muerto, que está encerrado en un mani… maniconio… ¿Qué es un maniconio, papá?

—Se dice manicomio, Hadrian. Y es donde viven las personas que están enfermas, pero no por su cuerpo, sino por su cabeza.

—¿Porque les duele mucho la cabeza?

Jan no pudo resistirse más y, sentándose en las escaleras de su roulotte, le dio un achuchón a su hijo.

—Escucha, no puedes enfadarte así porque Pablo diga esas cosas — Jan puso una mano en la boca de Hadrian al ver cómo éste la abría para rechistar — No, escúchame. Pablo no es checoslovaco, hijo, no sabe lo que pasó. Y si tú se lo cuentas y no quiere creerte es su problema.

—Pero…

—Pero nada. ¿Sabes qué haría el abuelo si alguien se metiese con él?

—¿Pegarle?

—No, Hadrian. A las palabras no se les responde con golpes. Tu abuelo le devolvería una sonrisa. ¿Quieres que te cuente un secreto?

Los ojos azules de Hadrian brillaron como el cristal.

—¡Sí!

— Sabes que los tanques de los rusos entraron en nuestra ciudad el día que el abuelo fue un héroe, ¿verdad?

—Sí…

— ¿Y sabes qué les hacía la gente a los soldados?

Hadrian negó con suma expectación.

—Los chicos subían a los tanques a meterse con ellos, les decían que iban a perder a sus novias por estar fuera de casa. Y las chicas y las señoras... se levantaban las faldas cuando pasaban.

—¡Jan, no le cuentes eso al niño!

Eliška había salido de la parte de atrás, donde acababa de recoger la ropa tendida a secar. Apenas pudo mantenerse seria al ver las carcajadas de Hadrian y la expresión de niño malo cogido en falta de Jan.

—Pero cariño, fue así de verdad.

—Sé cómo fueron las cosas, pero Hadrian tiene nueve años, Jan.

—Por eso mismo, ya es un hombrecito para saber ciertas cosas. ¿Verdad, Hadrian? ¿Qué harás la próxima vez que Pablo diga tonterías sobre el abuelo?

El niño miró sus pantaloncitos de cuadros, tratando de encontrar la respuesta correcta. Lo que había dicho su padre sobre las faldas y que eso le pareciese algo bueno, le había sorprendido. Por un momento se preguntó si tendría que ir a levantarle la falda a la madre de Pablo. No estaba seguro. Fue la suya la que, dándole un beso en la mejilla, le sacó del apuro de responder.

—¿Decirle que se quedará sin novia por no estar en casa?

Jan se rio mirando a Eliška con cariño, mientras ella entraba en la caravana. Después besó el pelo de su hijo.

—Sonríele, Hadrian, y no vuelvas a enfadarte.

El pequeño se alejó un poco de los embarazosos mimos de su padre. ¿Por qué él y su madre parecían siempre estar felices a destiempo? Los padres eran, sin duda, un misterio imposible de entender.

—¿Puedo ir a jugar un poco más?

—Sólo un poco, cuando todos recojan vuelve a comer.

—¡Vale!

Hadrian echó a correr de nuevo entre los feriantes y Jan le observó perderse entre aquel bullicioso mundo de adultos sin ningún temor. En la feria, Hadrian tenía no uno sino veinte padres. Con la sonrisa aún en la cara, el hombre entró al interior de la caravana donde su mujer doblaba la ropa lavada. Siempre que la miraba por más de dos segundos, Jan se sentía un hombre afortunado. Hasta el hecho de verla amontonar ropa sobre una mesa conllevaba una elegancia y una dulzura exquisitas. A veces aún no entendía cómo aquella mujer había dejado su trabajo, su casa y su Praga por vender relojes y joyería barata por cada pueblo de Checoslovaquia. Si el amor era ciego, Jan daba gracias por que Eliška estuviese tan enamorada. En uno de sus habituales ataques de ternura, se acercó a ella y dejó un beso en sus mejillas sonrosadas.

—Estás helada…

—Un poco. ¿Te importa ir pelando unas patatas?

—Claro que no.

—¿Has dejado volver a irse a Hadrian?

—Sólo un rato, creo que tenía algo que decirle a su amigo— Jan vio cómo Eliška sonreía, mientras él afilaba el cuchillo.

—Siempre he dicho que tenía dos niños. Pero uno de ellos debe volver a colegio, Jan. Su permiso para viajar con nosotros se acabó hace dos días.

Jan dejó escapar un sonoro suspiro.

—Lo sé. Pasaremos por Praga y le dejaremos con tu madre para que retome sus clases.

—Me parece bien. Por mucho que se divierta con nosotros, ésta no es vida para él. Tiene que formarse.

Una monda cayó en el cubo de la basura arrastrando consigo una buena porción de patata. Eliška obvió ese detalle en favor de la conversación. Jan no pareció darse cuenta de nada.

—Es sólo que… sabe leer, escribir y contar, es un chico listo. No necesita todas esas estupideces que le van a enseñar y que me repatean — dijo.

—¿Las que nos enseñaron a nosotros?

—Mi padre era un rojo, Eli. Tu padre no, pero no tuvo opción. Siempre había pensado que mi hijo sí tendría esa opción. que para entonces las cosas habrían cambiado.

—Y están cambiando, Jan. Lo has escuchado, la Revolución de Terciopelo ha empezado, Václav Havel lo hará.

La fe que tenía Eliška en Havel era otro misterio para Jan. Pero en ése no parecía estar sola. Una especie de fiebre reformista había vuelto a invadir a los praguenses y se había expandido al resto del país, con una ilusión y una esperanza que él ya no sabía si podía sentir por segunda vez. Había escuchado atentamente en la radio de su caravana cada paso de aquello que había nacido como una locura de manifestaciones en masa, y que ahora se había convertido en la “Revolución de Terciopelo”, una fuerza que avanzaba con paso firme e imparable hacia la democracia, con el dramaturgo Václav Havel a la cabeza.

—No lo sé, Eli. Todo pareció cambiar en la Primavera y al final todo quedó en nada.

—Ahora será distinto, cariño. Deja que termine yo con las patatas y tú ve poniendo la mesa, anda.

Jan le cedió el cuchillo y se acercaba ya a los cajones para sacar un mantel, cuando unos golpes en la puerta detuvieron las manos de ambos.

—¡Jan! ¡Eliška! ¡Poned la televisión! ¡Ha terminado, ha terminado!

Jan reconoció la voz de Bartoloměj, quien parecía estar ya aporreando la siguiente caravana. Miró a su mujer durante unos segundos de estupor, mientras la ilusión crecía como un torbellino dentro de él. Por fin reaccionó y encendió la radio. Lo que contaban una y otra vez todas las emisoras era lo mismo, y parecía que llevaban haciéndolo ya varios minutos. A Eliška no le bastaron las múltiples y dispares voces que lo repetían, y rápidamente encendió el viejo televisor que reposaba a un lado de la pequeña cocina. Menos apegada a las ondas que su marido, necesitaba ver lo que oía. Jan se unió a ella de inmediato en el sillón.

Las imágenes impactaban. Más de un millón de personas se manifestaban por la planicie de Letná ondeando la bandera de Checoslovaquia. Los disidentes gritaban a las cámaras cosas que un mes antes les hubiesen llevado a estar entre rejas. Václav Havel arengaba a las masas con una voz afónica pero que no parecía dispuesta a apagarse. La policía se veía incapaz de contener a aquella marea humana y se dedicaba a escoltarla por las calles, sin necesidad de nada más debido a lo pacífico de la marcha. Praga bullía de revolución por segunda vez en veinte años y Jan sintió cómo los ojos se le humedecían y la garganta se le cerraba de emoción inesperada.

“Desde nuestros estudios les informamos de que todos los miembros del Comité Central y del Secretariado del Comité ponen sus puestos a disposición. ¡Que viva Checoslovaquia libre!”

La pequeña mano de Eliška agarró con suavidad la suya.

—Te dije que Havel lo conseguiría.

—Oh, Eli… — Jan abrazó a su esposa con fuerza, mientras en la televisión los gritos de victoria se alzaban en las calles de Praga y se confundían con esos otros, más cercanos. Pensó que le habría gustado estar allí, en Letná, en medio de sus vecinos, de sus amigos, celebrando en su ciudad lo que tantos años había esperado. Llevaría de su mano a la preciosa hija de Ignác Kuna, a su amada Eliška, y sobre sus hombros a su pequeño que ya no tendría que crecer sin poder vivir en libertad. Como si le hubiera leído el pensamiento, Eliška susurró en su oído el mismo deseo.

—Volvamos a casa.

Todo lo que se sintió capaz de hacer Jan en ese momento fue buscar un beso.

—Hadrian aprenderá todo lo que desee. Podrá pensar, podrá hablar — dijo

eufórico. Su mujer le abrazó y sonrió contra su pelo.

—Sí, lo hará —Eliška miró a su esposo radiante de felicidad, y llevó su mano hacia su vientre, demasiado plano aún para contar la verdad. —Y su hermanito también.

—¿Qué? No… no puede…

—Sí, papá. De tres meses, al menos.

Jan la miró con total adoración.

—Praga bendita… ¡Pero qué gran día es hoy!

Habían luchado tanto todos esos años... Siete y medio había tardado Eliška en quedarse embarazada de Hadrian, que había llegado cuando ambos empezaban a perder toda esperanza. Tras nacer su primogénito lo habían intentado de nuevo, sin éxito y con dos abortos pocos días después de recibir la buena noticia que destrozaron su voluntad. De repente, casi sin darse cuenta, habían renunciado a ello. Tenían a Hadrian. Era un niño sano y bueno. Lo adoraban. Su pequeña familia era un tesoro y así la cuidaban. Pero ahora, casi como un milagro, Eliška albergaba otra vida en su interior. Jan, arrebatado, cogió a su mujer en brazos y comenzó a girar con ella en volandas por todo el interior de la caravana. Eliška reía sin quitar ojo a cada esquina o saliente en su trayectoria.

—¡Jan, para! ¡Para!

Una cabecita rubia se asomó a la puerta justo en ese momento.

—¿Papá, mamá? ¿Por qué todo el mundo está celebrando cosas? Nadie está de cumpleaños hoy, ¿verdad?

Los dos adultos abrazaron y se comieron a besos al pequeño Hadrian, que no acababa de entender nada.

—No, cariño mío, es aún mejor. Volvemos a Praga.

Capítulo 3

Una nueva Praga

La ola de reformismo barría con el ímpetu de lo nuevo cada pilar del antiguo régimen, llenando a todos de ilusiones y esperanza. Con Václav Havel como presidente electo, Checoslovaquia intentaba reincorporarse a Europa occidental, a su economía, a su democracia y a su modo de vida. A Jan y a Eliška les costó reconocer a la ciudad que habían abandonado veinte años

antes.

Jan había evitado la cárcel entonces por su condición de aprendiz, aunque había sido amablemente invitado a no dejarse ver en la capital del país. La solución había resultado evidente. Sus seis hermanos mayores, afiliados todos al Partido Comunista, no habían tenido problema en hacerse con trabajos estables y bien remunerados. Su padre Alexej cumplía entonces sesenta años y su cuerpo ya no parecía poder resistir muchas más ferias. Jan decidió tomar el relevo y perpetuar un negocio familiar de diez generaciones de Malek que había aprendido desde muy pequeño. Seis meses después de la invasión rusa, se puso al volante de su caravana dispuesto a dejar Praga atrás. Eliška, que vivía junto a Nora el dolor por la encarcelación de su padre, no se atrevió a dejar sola a su madre. Sí lo hizo dos años más tarde, cuando Ignác volvió a casa y las cartas de Jan continuaban llegando puntualmente cada semana, pidiéndole que fuese a su lado. En marzo del setenta y dos, Eliška llenó una pequeña maleta con lo imprescindible y tomó el siguiente tren a Brno, donde sabía que Jan pasaba unos días vendiendo relojes en la feria de Výstaviště.

Ahora volvían para quedarse. Praga parecía a inicios de los noventa una ciudad de oportunidades. Oportunidades que se abrían entonces a todos aquellos que se habían visto marginados o exiliados de su propia ciudad. Artistas, intelectuales y políticos de la disidencia podían optar por fin a puestos de trabajo que se les habían vetado durante años. Jan y Eliška invirtieron casi la totalidad de sus ahorros en hacerse con un bajo en la calle Železná que desemboca en la famosa Plaza Vieja y les daba unas prometedoras expectativas de clientela. Allí Nora y Eliška instalaron todas las piezas de relojería, mientras Jan pintaba la fachada y se hacía con un cartel que, en letras doradas sobre la madera oscura, garantizaba un éxito seguro: Relojería Kuna.

El resto de sus ahorros, acumulados con constancia durante esos años, habían servido para comprarle una televisión nueva a Nora, y con el dinero de la venta de la caravana, Jan había adquirido un pequeño coche que le serviría para recorrer los cinco kilómetros hasta la joyería cada mañana. Sin embargo, uno de los primeros viajes del Skoda Favorit rojo fue al hospital Na Homolce, donde Lenka vino al mundo en el mismo paritorio en el que su hermano mayor lo había hecho diez años antes.

Eran tiempos felices. La privatización de ciertos sectores del mercado parecía dar un empuje definitivo a la economía de la República. Los ecos de la perestroika de Gorbachov alentaron los sueños de los praguenses, que recibían por fin de la Unión Soviética lo que más habían deseado, la retirada de sus tanques y tropas de terreno checoslovaco. Jan y Eliška, junto a sus hijos, los vieron desfilar por las calles de Praga desde los balcones de su casa en la calle Korunni. Hadrian miraba todo con sus ojos bien abiertos para memorizar cada

detalle de aquella retirada que, en palabras de su padre, era un auténtico cambio en la historia de Checoslovaquia.

No sería el último. El anuncio de la escisión del país llegó cuando Hadrian tenía trece años. Su profesora de historia, Stela Zelenkova, había encendido el transistor en el aula, algo que relajó a los alumnos que esperaban otra aburrida clase sobre la rebelión husita del siglo XV. Sin embargo, después de oír diez minutos de aquel desbarajuste radiofónico, muchos hubieran preferido seguir con la cabeza hundida en sus libros de texto. Lo único que tenían claro aquellos chicos era que su país se dividía en dos, algo que no les extrañaba demasiado. En todos los periódicos salían con cierta frecuencia noticias de enfrentamientos entre jóvenes checos y eslovacos. Muchos de ellos tenían hermanos mayores que habían llegado con algún rasguño u ojo morado debido a esos disturbios. Hadrian mismo había escuchado relatar con todo detalle a su vecino Marej, ese chico que tan poco le gustaba a su abuela, algunas de esas supuestas hazañas. Ahora los políticos parecían enfrentarse con igual energía, pero usando la palabra. Dušan Vavra, un chico menudo, pálido y poco hablador, objeto de las continuas burlas de sus compañeros, levantó una mano temblorosa.

—¿Sí, Dušan?

—Señorita, ¿en qué parte nos tendremos que quedar nosotros?

El resoplido desde dos filas atrás no se hizo esperar. Evžen Kraus, el más alto, bruto y ferviente acosador de Dušan de toda la clase, no perdió su oportunidad.

—Será imbécil… ¿Éste es checo o es tonto?

Las risas de la mayoría de los alumnos se vieron cortadas en seco por el grito de la profesora. Hadrian, que presenciaba la burla sin atisbo de sonrisa, dio un respingo en su silla.

—¡Evžen Kraus! ¡No toleraré ni un insulto más en mi clase! Retírelo ahora mismo, o ya sabe dónde está el despacho del director.

—Lo retiro, señorita Zelenkova.

La cara de Evžen adoptó tan rápido una mueca de culpabilidad que no podía ser real. Hadrian se fijó en que su ceño seguía frunciéndose levemente y que las comisuras de los labios luchaban por no esbozar una de sus retorcidas sonrisas. Sin embargo, la profesora pareció darse por satisfecha con la disculpa. A Hadrian le resultó increíble que sólo él pudiese ver esas cosas, y pensó que al llegar a casa dibujaría un monstruo que pareciese arrepentido, pero sólo lo pareciese. Stela se volvió entonces hacia el alumno que le había preguntado.

—Dušan, estamos en Chequia, así que éste es y será su país. No tiene por qué preocuparse.

La cara de Vavra insinuaba todo lo contrario. Los labios le temblaban y retorcía las manos de forma nerviosa, mientras trataba de no llorar. La profesora se acercó a su lado y puso la mano en su hombro.

—Vamos, no va a pasar nada.

—Pero, señorita… Y si… Es que yo…—Dušan tomó una bocanada de aire y valor para continuar— soy eslovaco.

En el aula, durante un largo instante, sólo se escuchó el transistor.

**

Tres días más tarde, Dušan Vavra dejó de asistir a las clases. Hadrian miraba cada mañana su pupitre esperando una vuelta que nunca llegó a producirse. No es que hubiesen sido amigos, pero había cierta fragilidad en ambos que les unía de una forma cómplice y silenciosa. Ésa que hacía a Hadrian levantarle del suelo cuando el bruto de Kraus acababa con sus bromas pesadas, o la que hacía a Dušan pasarle el afilalápices en clase, cuando el lápiz de Hadrian se gastaba de tanto pintarrajear las esquinas de su libreta.

En realidad, Hadrian no había hecho amigos en el colegio. Muchas veces recordaba los buenos ratos que había pasado junto a Pablo, entre los puestos de la feria, jugando a chocar dos palos como si fuesen espadas de valientes caballeros. Hadrian se preguntaba si el español seguiría yendo de ciudad en ciudad, metiéndose con los abuelos de los niños que encontraba. A menudo, le echaba de menos.

Sobre todo en aquellas horribles clases de matemáticas del profesor Královský, llenas de números y de signos ininteligibles, cuyos exámenes Hadrian aprobaba por inteligencia y no por interés. Solía aprovechar los instantes en que Královský se giraba a apuntar extrañas fórmulas en el encerado para volver a los suyo, que nada tenía que ver con ecuaciones. El problema llegó cuando lo suyo llegó a atraparle tanto que ni siquiera se dio cuenta de que tenía a la autoridad prácticamente a dos pasos.

—Señor Malek, permítame ver lo que tiene ahí.

Con todo el disimulo posible, Hadrian acercó el pecho a su mesa, esbozó una sonrisa inocente y le enseñó el cuaderno de ejercicios al profesor. Éste no pareció engañarse con su maniobra de distracción.

—No hablo de eso, sino de lo que esconde entre sus piernas bajo la mesa.

La evidente burla de Kraus y sus compinches no tardó en llegar, ni tampoco lo hicieron sus risas. Hadrian enrojeció hasta la raíz del pelo y, a

regañadientes, sacó el pequeño libro que escondía en su regazo para dárselo al profesor. Královský lo ojeó con el ceño fruncido y luego lo guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—Señor Malek, dígale a su padre que quiero hablar con él. Cuanto antes.

Jan acudió a su despacho al día siguiente, acompañado de Eliška. Aunque los convencionalismos tantos años asentados en la sociedad checoslovaca presumían que era el hombre el encargado de asumir esas responsabilidades, Jan tenía una esposa demasiado resuelta como para aceptar quedarse en casa esperando. Los dos parecían nerviosos. Era la primera vez, fuera de las reuniones habituales, que eran llamados al colegio por causa de su hijo. Y éste no había sabido decirles cuál era el motivo.

Emil Královský les abrió la puerta más amable y sonriente de lo que cabía esperar en un tutor decepcionado. Inmediatamente les ofreció asiento y les observó durante unos segundos en silencio. Cuando Jan lo rompió y Eliška le miró con serena atención, Emil supo enseguida que el padre llevaría el control de aquella charla pero no sería él quien tomaría la decisión.

—Cuéntenos, profesor. ¿Qué sucede con Hadrian?

—Oh, no se preocupen señores Malek. Su hijo es inteligente y educado. Sus notas son de las mejores de su clase y no se ha metido en ningún lío de adolescentes.

—Qué alivio… Pensamos que el chiquillo tenía problemas.

Emil apuró el último sorbo de su café y repasó el expediente de Hadrian que descansaba abierto en su mesa. Antes de hablar, levantó sus gafas y se restregó los ojos, en un gesto más inherente a él que realmente necesario.

—¿Su hijo dibuja en casa?

Esa vez, su pregunta pareció sorprender por igual a ambos padres. Uno parecía buscar la respuesta adecuada y la otra, saber a qué obedecía contestarla.

—Bueno, imagino que sí. — contestó Jan — Estoy casi todo el tiempo en nuestra joyería, y cuando él me acompaña no lo hace. Pero en casa…

—En casa tiene un cuaderno de dibujo del que no suele separarse, señor Královský— contestó Eliška, sin dejar terminar a su marido.

—¿Y considera usted que es un buen dibujante, señora Malekova?

—Sí, tanto su abuela como yo creemos que lo hace muy bien.

Emil percibió el gesto de la mano de Jan, quitando importancia a la afirmación.

—Ya sabe usted, el amor de una madre y de una abuela no suele permitir una visión objetiva.

—Quizá la de su tutor sí lo sea. Tanto su profesor de manualidades como yo, pensamos que su hijo tiene talento para el dibujo. Y lo que es aún mejor, que tiene verdadera vocación.

—Bueno, una cosa es que le guste dibujar en casa como a todo niño de su edad, y otra cosa es que tenga que dejar sus estudios para…

—No, no, de eso quería hablarles. El arte es un estudio, señores. Permítanme explicarles—Emil desplegó lo que parecía ser un mapa y era en realidad un diagrama de los posibles programas educativos—. Verán, por lo que he visto en su expediente, ustedes han hecho una pre-matrícula para su hijo en un grado medio con título de técnico.

—Así es.

—¿Por alguna razón en especial, señor Malek?

—Nuestra intención es que Hadrian siga en el negocio familiar. Con el título de técnico podrá trabajar en un oficio artesanal, y yo le enseñaré todo sobre la relojería.

—¿Él está de acuerdo?

Jan y Eliška intercambiaron una mirada para acordar qué contestaban a eso. Emil no les dio tiempo a que pensaran mucho más.

—El caso es que he sorprendido a Hadrian en mi clase mirando un cuaderno de arte. La mayoría de sus libretas están llenas de dibujos de gran calidad para su edad. Y su profesor de manualidades afirma que su hijo tiene una sensibilidad especial y mucho talento.

—El talento y la sensibilidad no le mantendrán en el futuro, señor Královský.

Ahí estaba, y ya había tardado demasiado. Emil se tragó el resoplido que pugnaba por salir de su garganta al oír de nuevo la excusa por la que muchos artistas en potencia habían acabado mirando por un microscopio en un laboratorio o enseñando matemáticas. Por mucho que lo intentaba, no lograba imaginarse a Hadrian haciendo otra cosa que no fuera arte.

—No creo que pretendan que Hadrian se mantenga por sí mismo todavía. Pero las elecciones sobre su futuro debería hacerlas él cuando llegue el momento. Si quiere encargarse del negocio familiar podrá hacerlo igual, señores Malek. Pero si decide otra cosa, debería tener la posibilidad abierta. Sólo les estoy pidiendo que consideren dejar a su hijo estudiar un grado superior con reválida en artes y letras.

El dedo de Emil trazó el recorrido sobre el programa educativo, desde las enseñanzas primarias hasta las secundarias, desviándose por la opción de dicha reválida.

—Esos son cuatro años, señor Královský —dijo Jan — Acabaría casi con diecinueve.

—Sí, y en ese momento me arriesgo a aventurar, señor Malek, que ya no tendrá duda de su talento.

Los ojos de Eliška no se habían separado del programa. Parecía estar pensando en la posibilidad con mucha más intensidad que su marido. Emil se dirigió a ella intentando aprovechar esa oportunidad.

—Hay buenas universidades de Bellas Artes en Chequia, una de las mejores aquí en Praga. Y si su hijo es bueno, podría acceder a becas importantes. Incluso becas fuera del país. Es un chico inteligente, el colegio confía muchísimo en sus posibilidades.

Eliška cogió el programa y el profesor supo que había ganado la primera batalla. La guerra se libraba en su marido, que miraba con desconfianza el papel en manos de su esposa. Antes de darse cuenta, Jan tenía ya en las suyas los impresos de matrícula para el grado superior con reválida. “Sólo les pido que lo piensen”, había sido la despedida del profesor Královský en la puerta de su despacho, pero ante la sonrisa soñadora de Eliška, el relojero supo que tendría que buscarse un aprendiz por Praga cuando sus manos ya no fuesen tan precisas como antes.

Capítulo 4

Ética

El aire húmedo a orillas del Moldava rozó su rostro y acabó de desperezarle al cruzar el puente Stefanik. Hadrian pedaleó un poco más rápido, serpenteando por las calles, hasta vislumbrar los jardines de la universidad. Aquella academia locuaz, llena de carboncillo y moderna bohemia, se había convertido en su vida siete meses atrás. Una vida que se había ganado a pulso después de unos años de instituto cargados de horas de estudio y exentos de las habituales juergas, amoríos y borracheras.

De hecho, Hadrian había vivido todos los cambios de su adolescencia en un concentrado silencio, sin hacerse notar y con testigos de excepción. Entre las obras de Klimt y Toorop había notado su primer y minúsculo atisbo de pelusilla rubia en la barbilla. Estudiando los desnudos renacentistas había

descubierto que el sexo femenino no le fascinaba tanto como parecía fascinar a sus compañeros de clase. Y repasando la escultura de la Roma de Bernini había constatado física e inequívocamente que lo suyo eran los hombres.

Pero nada de eso importaba tanto como graduarse con honores y ser admitido por fin en la Academia de Bellas Artes. La respuesta a su solicitud, una carta que Hadrian todavía guardaba entre sus dibujos, había llegado el veinte de julio del noventa y ocho, complaciéndose en comunicarle que sería un honor recibirle en el nuevo curso que se iniciaría en septiembre. Hadrian vivió su primera borrachera aquel día. La resaca le duró cuarenta y ocho horas, la sonrisa aún la tenía.

—Y aquí llega nuestro chico feliz.

Hadrian ajustó la bufanda sobre su cuello, la carpeta de dibujo bajo el brazo, y amplió aún más la sonrisa al llegar junto a sus amigos.

—Yo también te quiero, Pavel.

—Y yo, pero ya te he dicho que por mucho que me sonrías, no voy a salir contigo. Algún chico hetero tiene que quedar para tanta chica artista.

La irónica respuesta que asomaba ya a los labios de Hadrian se vio cortada por la exagerada risa de la mejor retratista de la academia.

—¿Y quién te ha dicho a ti que le interesas a las chicas, Blazek?

—Me conformaría con interesarte sólo a ti, Karerinita…

—Es Karina, idiota.

Ahí estaban otra vez. Hadrian había presenciado ese tipo de discusiones un montón de veces. Ljuba y Radim, los mellizos que completaban el quinteto, suspiraron a la vez y miraron a Hadrian como si estuviesen pensando lo mismo. A esas alturas todos sabían que Pavel se moría hasta por el último de los rizos de la larga melena de Karina, y que ella encontraba en despreciarle la mejor forma de sentir exactamente lo mismo. El sonido estridente que anunciaba el principio de las clases devolvió a todos a la rutina de aquel viernes. Radim se puso en pie y se sacudió el polvo de sus vaqueros desteñidos.

—Hora de Dibujo Natural, chicos.

—¡La hora favorita de Hadrian! ¿Cómo podríamos perdernos eso?

Pavel pasó el brazo por los hombros de Hadrian y éste encajó su broma con una sonrisa. Al menos, a su amigo le había servido para cambiar de tema y dejar de mirar las piernas de Karina mientras ella se agachaba a recoger su carpeta; y a él, para que todos siguiesen pensando que los modelos que posaban gloriosamente desnudos en el centro del aula eran su leitmotiv para

no perderse aquella clase. Cuanto más pensasen en esa posibilidad, menos barajarían otras mucho menos razonables.

Tenía cuarenta y dos años, gafas de montura fina y unas manos capaces de auténticas maravillas. Algunas sólo en la imaginación de Hadrian, otras, ampliamente demostradas en sus numerosas exposiciones de grabados. Como si fuese una más de las placas de bronce que utilizaba para sus obras, Hadrian se había ido mellando en cada clase, ablandando en su voz amable pero grave, cediendo ante el embate del buril con cada movimiento de aquellas manos sobre la pizarra. Y se había dejado grabar su firma, enérgica, profunda y permanente en la esquina izquierda de su pecho, después del primer halago a sus dibujos en una tutoría. Patrik Urban. "Profesor y alumno". Noviembre de 1998.

Así que, mientras todos se afanaban en delinear el perfil o la ese praxiteliana del torso de aquel chico cuya desnudez todavía sonrojaba a Ljuba, Hadrian dividía su atención entre el modelo y los suaves pasos del profesor a sus espaldas, que avanzaba observando la evolución de sus alumnos. A veces, si tenía suerte, Patrik se detenía junto a él, estiraba el brazo por encima de su hombro y señalaba uno u otro matiz en su dibujo, hablándole casi al oído. El susurro de su voz, *muy bien esta nariz, Malek*, el roce casual de su pelo en su mejilla, *fíjate bien en la curva del muslo, no es exactamente así*, aquellas manos de artista revoloteando sobre su cuaderno, *un gran trabajo en la mirada, bien hecho*, tenían más fuerza para Hadrian que un regimiento entero de modelos en paños menores.

Cuando Patrik Urban anunció que escogería la mejor obra de cada curso para formar parte de su última exposición en la ciudad, la Academia vivió una auténtica revolución. Las octavillas regaron los pasillos, los jardines y los cuadernos de dibujo. Todos los alumnos soñaban con esa primera oportunidad en el mundo del arte, aunque muy pocos se veían capaces de conseguirlo. Hadrian ni tan siquiera se planteó el rechazo; en cuanto la octavilla estuvo en sus manos, se lanzó de cabeza a conseguirlo. Durante esos meses, a sus amigos les fue casi imposible verle fuera de las horas de clase. Las fiestas o las visitas al cine del grupo los fines de semana pasaron a ser de cuatro, o incluso a veces de tres, para descontento de Pavel y su nostalgia de Karina. Cuando Eliška se levantaba los sábados para preparar el desayuno, mientras Jan se duchaba para ir a trabajar, Hadrian llevaba ya dos horas en el parque Petrin arrebujado en una manta y viendo amanecer sobre el río Moldava. Y allí también le encontraba la perezosa mañana del domingo.

"Perspectiva de puentes sobre Praga" dio su estirón final una tarde de mayo, sobre el mostrador de la relojería. Jan reparaba en la trastienda una complicada maquinaria de un reloj de pared, mientras Hadrian le ayudaba custodiando el solitario mostrador. Después de un par de últimas pinceladas,

sólo quedó añadirle la firma. Hadrian eligió uno de los pinceles más finos y el color negro, y volvió a enfrentarse al habitual dilema. Hadrian Malek le parecía un nombre tan bueno o malo como cualquiera. H.M. le recordaba a esa firma sueca de ropa que tanto se anunciaba últimamente en la televisión. Hadrian a secas era simple e infantil, valía para sus trabajos y sus dibujos caseros, pero no para ser expositor. Mordisqueando el extremo del pincel, estrujaba con tanto entusiasmo sus neuronas que dio un respingo cuando el timbre del teléfono resonó en la trastienda. Tras dos tonos más, su padre lo cogió.

—Relojería Kuna, ¿dígame?

De repente, Hadrian lo supo. Mojó el pincel en la pintura negra y con mucho cuidado se acercó a la esquina inferior derecha del cuadro, justo debajo del inicio del puente Carlos. Lenta y cariñosamente dibujó las cuatro letras de su nuevo pseudónimo: KUNA.

**

Entregar la obra personalmente en el despacho del profesor Urban era una de las opciones para los alumnos y la única que Hadrian barajó. Patrik le recibió con la misma afabilidad que en sus tutorías, sentado detrás de su mesa de líneas limpias y abarrotada de bocetos desparramados. Los segundos que empleó en sacar el cuadro de su envoltorio fueron para Hadrian una mezcla de anticipación y nerviosismo casi imposible de soportar. La expresión de sorpresa posterior en el rostro del profesor tampoco le tranquilizó.

—Vaya… una acuarela… vaya…

—Bueno, me había visto dibujar muchas veces. Creí que le gustaría la… innovación.

—¡Y me gusta! Ha sido toda una sorpresa, Hadrian. No tenía ni idea de que dominabas tan bien el color… Esta acuarela está viva, los puentes flotan en la niebla, es… es increíble.

Hadrian no sabía si era el novedoso tuteo, la enorme sonrisa de Patrik mirando su acuarela a la luz que filtraban las cortinas o aquello que llevaba sintiendo desde ya no podía recordar cuándo, pero de repente, sumergido en aquella marea de emociones, le abrazó.

—Gracias, Patrik, gracias.

No le fue difícil percibir la tensión del cuerpo adulto entre sus brazos, inmóvil en un primer momento hasta que, poco a poco y como venciendo una batalla contra sí mismo, Patrik también le abrazó.

—Gracias a ti, Hadrian. Buen trabajo.

Con los ojos cerrados, sus cuerpos tan cerca, la irresistible voz felicitándole, Hadrian se permitió creer que sí, que tal vez aquello podía ser algo de dos. Sus dedos, con la misma suavidad que difuminaban las sombras de carboncillo, se acercaron a las puntas del cabello de Patrik y rozaron la nuca del profesor. El ligero suspiro y el paso atrás se sucedieron sin que Hadrian tuviese tiempo a registrar ninguno de los dos. Agarrándolo por los hombros, Patrik le miró por primera vez sin asomo alguno de su profesión. Hadrian, de repente, se sintió mayor. Muy mayor. Y, en un arranque de osadía, le besó. Despacio, suave, tentativo, Hadrian besó sus labios de todas las formas que había imaginado, hasta que se dio cuenta de que, en realidad, no se había movido de su posición. Era Patrik quien se debatía entre romper o no los escasos milímetros que separaban el deseo de la ética. El instante pareció congelarse hasta que, con un nuevo paso atrás, se impuso la segunda.

—No.

—Pero…

—Por favor, vete.

—Patrik, yo te…

—¡Señor Malek! Ya ha entregado su obra; le ruego que salga del despacho.

**

Tres días más tarde, Patrik Urban anunció las obras que formarían parte de su exposición. La elegida de primer curso fue “Retrato en tres dimensiones” de Karina Najman. Hadrian sintió que se consumía en la rabia y el dolor. El hecho de que la ganadora fuese su propia amiga, no le ayudó en absoluto a digerir la noticia. Apenas conseguía estar con ella sin recordar su propio rechazo, artístico y personal. Desde entonces, no había vuelto a las clases de Dibujo Natural. Sus amigos pensaron enseguida que la causa era el ego herido y bromeaban entre ellos diciendo que realmente contaban con una diva en la pandilla. Hadrian callaba, y cuando ya pensaba que no podía ser más infeliz y que si faltaba a una clase más suspendería la asignatura, un dolor mucho más fuerte e insoportable llegó a su vida.

Enterraron a Nora en el cementerio de Vyšehrad. Aquella tarde ya anunciaba el verano. El radiante sol de mayo insistía en no ocultarse, brillando entre los cipreses y tiñendo el horizonte de rojo. Había pocos familiares pero numerosos asistentes. La gente no había olvidado que aquella mujer era la viuda de Ignác Kuna y muchos conocidos, clientes de la joyería, y testigos de aquel sesenta y ocho se acercaron a presentar sus respetos a la familia. Jan aguantó con estoicismo cada estrechamiento de manos, cada pésame de la larga fila de personas que quisieron acercárseles, y sostuvo con cariño a su mujer, que apoyada en él no podía hacer más que dejar correr las lágrimas. A

su lado, seco de reacciones tempraneras, Hadrian cogía de la mano a su hermana Lenka, que gracias al suave colchón protector de sus siete años, sólo empezaba a comprender que ya no podría escuchar más los cuentos de la abuela.

La vuelta a casa pareció dar un vuelco a todas las emociones. Mientras Eliška conseguía dormirse después de tomar una infusión, aderezada en secreto marital con una pastilla, Jan se permitía llorar por fin por la mujer que había apoyado siempre al jovencito de provincias, hijo de feriante y sin más credenciales que estar locamente enamorado de su hija. En la planta de arriba, Lenka se dormía después de escuchar un cuento inventado por su hermano. Hadrian sabía que, en comparación con las de su abuela, su historia del ratón y la hormiga dejaba bastante que desear, pero aquélla era la primera vez que acostaba a Lenka y le daba un beso de buenas noches, y sintió que sólo por eso había valido la pena. Esa noche se quedó allí, acostado en un improvisado colchón sobre la alfombra, escuchando la suave respiración de su hermana hasta que el cansancio también le sumergió en el sueño.

Dos días más tarde, Hadrian retomó todas sus clases sin excepción. Sus amigos hicieron una piña de reconfortante cariño a su alrededor. Fue un bálsamo para él volver a la rutina de sus bromas con Pavel o contar con la serena compañía de los mellizos. Además, descubrió que hablar con Karina ya no le llenaba la boca de bilis, y que podía permanecer en clase de Dibujo Natural casi como un alumno más. Casi. Aún le costó controlar su desazón cuando Patrik se detuvo a sus espaldas y le susurró: *señor Malek, ¿podría quedarse cinco minutos después de clase?*

Obligándose a concentrarse en la postura de la rodilla de la modelo, Hadrian asintió sin decir palabra y aguantó hasta el final de la hora sin permitirse demasiadas elucubraciones. No le costó demasiado. Si alguna vez había pensado que se había hecho mayor abrazado a su profesor de Bellas Artes, la primera palada de tierra sobre el ataúd de su abuela le había demostrado que no. Cuando sonó la campana, cerró su cuaderno, recogió sus lápices y esperó con calma a que la clase se vaciara para dirigirse a la mesa del profesor. No hizo falta; Patrik se le adelantó, acercándose con lo que parecía ser, bien envuelta de nuevo, su acuarela.

—Quería darle esto. No pasó a recogerla por conserjería e imagino que querrá tenerla.

—He estado ocupado.

—Sí, es cierto. Me enteré de lo de su abuela hace un par de días. Lo lamento mucho. Me imagino que serán días difíciles en su casa.

Ante el obstinado silencio de su alumno, Patrik le tendió el cuadro, que

Hadrian tomó sin mucha delicadeza de sus manos.

—Una gran acuarela — dijo Patrik.

—No lo suficiente para estar expuesta.

—Hadrian…

—¿Qué?

—Participarás en muchos certámenes que no vas a ganar. Eso no invalidará lo que hayas hecho.

El repentino cambio al tuteo dio alas al enfado que Hadrian todavía llevaba en su interior.

—¿Quiere hacerme creer que el retrato de Karina supera esto? Sabe perfectamente que mi acuarela era mejor.

—Eso no es nada educado, Hadrian.

—¡Me da igual!

—¡Pues no debería! Tu obra es excelente, pero no ha sido la elegida. Acéptalo y sigue adelante.

—Puedo aceptar que alguien no quiera joderme, profesor, pero no que jodan mi trabajo.

La mirada de Patrik se dirigió instintivamente a la puerta que, para su tranquilidad, estaba cerrada. Después volvió su atención a aquel muchacho descarado que parecía hacer sus mejores esfuerzos para no repetir lo que había dicho, esta vez a gritos.

—No va a pasar, Hadrian. Por mucho que tú quieras, por mucho que a mí me tiente, no va a suceder. Hay una ética y no voy a romperla. Por ti, por mí y, precisamente, por ese trabajo que tanto quieres.

—Perfecto. Si me disculpa, tengo más clases llenas de ética que atender— con toda la dignidad que pudo reunir, Hadrian recogió sus cosas y se dirigió hacia la puerta.

—He estado leyendo tu hoja de ingreso en la Academia. Comentabas que tu sueño sería doctorarte en Italia o en España —tal y como Patrik esperaba, aquello bastó para detener la huida de Hadrian—. La Academia va a ofrecer dos pasarelas a universidades de países comunitarios el año que viene. Una a Berlín y otra a Inglaterra. Se necesitan buenas calificaciones, dominio del idioma del país de destino y una candidatura apadrinada por alguien con cierto nombre.

—¿Qué me está queriendo decir, profesor?

La pregunta era innecesaria. Hadrian sabía perfectamente lo que Patrik le estaba proponiendo. Si quería doctorarse en los países cuna del más grandioso arte pictórico tendría que pasar antes a formar parte del sistema educativo de la Unión Europea, en el que Inglaterra y Alemania ya estaban inmersos. Ése era el primer paso, y Hadrian nunca había pensado que pudiese llegar tan pronto.

—¿Hablas alemán, no es cierto? — preguntó Patrik.

—Sí.

—Eso facilita aún más las cosas.

—¿Por qué yo? Ha elegido a Karina para su exposición, ¿por qué ahora a mí?

Patrik sonrió mirando al cuadro que Hadrian cargaba bajo el brazo.

—Porque su retrato era de Praga, pero tu acuarela es de Berlín.

Capítulo 5

Y estética

—¡Venga ya! Eso no me lo creo. ¿Sin velitas, ni música, ni un montón de “te quieros”? Eso no es propio de ti, cariño, y menos aún la primera vez.

—Pero si fue muy romántico… Leí las pintadas del baño mientras lo hacíamos, y había algunas poesías con rima.

La carcajada de Jürgen asustó a un corrillo de palomas que picoteaban en las migas esparcidas a sus pies. Hadrian bebió de su cerveza y se permitió dar un rápido beso en los labios de su novio cuando éste volvió a mirarle otra vez.

—¿Ves? Eres un romanticón sin remedio, Kuna. Menos mal que yo te quiero así.

El tímido sol de marzo se filtraba por el techo entreabierto del complejo Sony en Potsdamer Platz. Aquella plaza se había convertido en el lugar preferido de Hadrian desde que había llegado a Berlín. No sólo por los recuerdos sentimentales que había ido atesorando en muchos de sus rincones, sino por la curiosa mezcla de materiales, colores, sonidos y olores que tenían lugar en ella. Siempre que podía, se escapaba a una de sus cafeterías a observarlo todo, acompañado de sus inseparables lápiz y cuaderno, de un capuchino o una cerveza y, si la tarde ya resultaba perfecta, de Jürgen Schulz.

Se habían conocido delante de la puerta de Brandemburgo. Su

monumentalidad bajo el cielo tormentoso de aquella tarde, había fascinado tanto a Hadrian, que no había dudado en sentarse en el suelo y comenzar a dibujar lo que veía desde esa perspectiva infantil. Enfrascado como estaba en ello, no se percató de la presencia de otro dibujante a su lado, hasta que ya fue demasiado tarde. El chico de larga melena rubia le había enseñado el dibujo con una sonrisa, sin inmutarse. *Pensé que habías venido a hacerme la competencia, así que decidí que a cambio me llevaría tu retrato*.

Jürgen tenía su puesto tres metros más allá: una mesa enclenque y varios caballetes en no muy mejor estado que mostraban retratos de turistas frente a la puerta y carboncillos sobre diversos lugares emblemáticos de la ciudad. Seis euros el retrato, diez la lámina artesanal. Aquel día, tras dos cafés para llevar y otras tantas horas de charla, Hadrian le había comprado el Fernsehturm y Jürgen le había regalado la Potsdamer Platz.

—¿Ni siquiera con ese profesor que te sorbió el seso tres años?

—Nunca pasó nada con Urban y lo sabes.

—Pero estabas loquito por él. Seguro que cualquier día me sueltas su nombre en el momento menos inesperado.

—¡No seas tonto!

Hadrian soltó un codazo sin ganas de herir que no dio en el blanco. Jürgen se estiró en su silla y sonrió a la particular estructura de la cubierta del Sony, mientras pensaba de nuevo en el pequeño cartel que había visto por pura casualidad en una pared cerca de su casa. Le había dado tiempo a Hadrian para que hablase sobre ello, pero no lo había hecho todavía.

—Así que directo al Kunst-Werke. No esperaba menos de ti.

Ante el sonido atragantado de Hadrian, Jürgen palmeo su espalda y le ayudó a devolver la jarra de cerveza a la mesa. Cuando recobró el aliento, la pregunta de Hadrian no se hizo esperar.

—¿Cómo te has enterado?

—Kuna, los anuncios están por todas partes.

Jürgen sonrió al observar el ceño fruncido y el puchero casi infantil de Hadrian.

—Me dijeron que iban a colocarlos mañana.

—Pues se te han adelantado —Jürgen sacó un folio bastante arrugado que había estado guardando en el bolsillo de su vaquero — “Cinco Jóvenes Talentos de Alemania”, no he podido evitar arrancarlo.

Hadrian lo miró con cierto rubor. “Cinco Jóvenes Talentos de Alemania”

abría sus puertas en dos días. Era su primera exposición fuera de los muros de la facultad, nada menos que en el instituto Kunst-Werke de Arte Contemporáneo, en el mismo centro de Berlín. Hadrian había peleado con todas sus fuerzas durante veinte días para resistir contárselo a Jürgen y ahora, ese estúpido cartel chivato había arruinado su sorpresa.

—Hadrian Malek… ¿Cuándo pensabas contarme esto? No será que no quieres que un artista callejero como yo vaya a la inauguración…

—¡No! ¿Cómo…? ¡No! Si no estás pasado mañana cinco minutos antes de la apertura en la galería, me encargaré de hacértelo pagar.

La tensión en los hombros de Jürgen pareció aliviarse.

—¿Entonces?

—Pues… —un ligero rubor se dibujó en sus las mejillas — Pensaba decírtelo mañana.

—¿Mañana? Menuda excusa más patética, Kuna. Vas a tener que ensayar mejor. Ni que mañana fuese mejor que… Espera un momento, mañana es mi cumpleaños, ¿era éste mi regalo?

El rubor de Hadrian se extendió hasta la raíz de su pelo rubio. Su voz se convirtió en un fino susurro.

—Bueno… Iba a poner una octavilla en el medio de tu tarta…

—¿Me has comprado una tarta?

Al ver la expresión estupefacta de Jürgen, Hadrian supo que de alguna forma sí había conseguido su sorpresa.

—La he hecho yo.

—Oh, por favor… ¡Hadrian! — sin rastro del recato del que Hadrian había hecho gala minutos antes, lleno de empuje y energía germanas, Jürgen le besó.

**

Faltaban cinco minutos para que el Kunst-Werke abriese sus puertas. De pie en medio del patio donde se habían colocado las mesas para servir el catering, Hadrian trataba de apaciguar sus nervios y su impaciencia con esos minutos de soledad. Sólo podía pensar en Jürgen. Era la única persona querida que iba a acudir a la inauguración, el único que, por encima de sus obras, venía a ver al artista. Si se dejaba llevar, aún podía paladear el sabor a chocolate en su lengua, o sentir las migas de bizcocho que el día anterior se le habían metido por todas partes. Había sido un cumpleaños memorable. Gracias a la generosidad de los compañeros de piso de Jürgen, motivada por la promesa de una invitación a cervezas, el viejo inmueble lleno de humedades,

dibujos y pinturas, había quedado a su disposición durante casi todo el día. Y allí, sin grandes fiestas ni alardes, se habían quedado ellos dos, la tarta y la octavilla.

—¡Señor Malek! Abrimos ya, venga al vestíbulo.

Hadrian se ajustó el nudo de la corbata y se dirigió hacia allí, secando con disimulo el sudor de sus manos en los laterales del pantalón. Su respiración se detuvo durante los segundos que tardaron en abrirse las rejas del arco de entrada. Una maraña de gente comenzó a irrumpir de forma ordenada en el instituto, dispuesta a arrasar con su mirada el trabajo de meses, o incluso de años, que se exponía indefenso a sus halagos o a sus puñaladas. Hadrian se mantuvo allí en pie, a la expectativa, estrechando la mano de quienes habían asociado su rostro con la foto que había publicado esa misma mañana el Bild. Y cuando ya parecía que pocas personas más iban a asistir, vio a Jürgen. Se había vestido con unos pantalones negros y una camisa que Hadrian jamás había visto, y su melena lucía brillante y ordenada en una prolija coleta. El "todo eso es por mí" que se dibujó en la mente de Hadrian le recorrió de la cabeza a los pies en una ola de orgullo que casi le hizo gemir. Jürgen parecía haber captado su emoción por la forma en que brillaron sus ojos cuando llegó a su lado y le tendió la mano.

—Señor Kuna, enhorabuena. Una obra grandiosa.

—Gracias, pero… aún no la ha visto, señor Schulz.

—No importa, hay cosas que no necesito ver.

Como si hubiese sido un vaticinio, la exposición fue calificada exactamente de grandiosa. Los cinco artistas fueron alabados por su talento, si bien las pinturas de Kuna despertaron cierta controversia que les garantizaron un mayor renombre y espacio en las columnas periodísticas. En especial, aquella alegoría de la Puerta de Brandemburgo, descompuesta en trocitos como un mecano, organizados de la misma forma que los bloques de hormigón del monumento al Holocausto de Eisenmann. Jürgen se había quedado parado delante de ella durante minutos, mientras Hadrian respondía las preguntas de una periodista. Sólo hasta que éste se acercó pareció despertarse.

—Éste no me lo habías enseñado.

—Ni a ti ni a nadie.

—¿Miedo a los alemanes?

Hadrian no supo qué responderle. No había buscado provocar con su pintura, ni herir sensibilidades. Simplemente lo había sentido así. Pincelada a pincelada, y quizá desde la primera vez que había visto la puerta, le había

invadido la necesidad de romper ese regio símbolo del poder alemán, de hacer de su fuerza añicos, tal y como habían hecho los nazis con la población europea. Pero Jürgen era alemán. Y, aunque era el primero que condenaba a su país por lo que había hecho, también era el primero que luchaba día a día por olvidar y por apoyar a aquella nueva Alemania que intentaba no repetir errores y prosperar. Ese cuadro era todo menos olvido y Hadrian se sintió de pronto avergonzado de su creatividad.

—Es… complicado — dijo en un susurro.

—Es el mejor – Jürgen acompañó su afirmación dejando una caricia en su mano. Su sonrisa sincera y el orgullo claramente reflejado en sus ojos, hicieron a Hadrian morderse el interior de las mejillas para no llorar.

—Jürgen…

—Con esta exposición nadie podrá negarte el Erasmus, Kuna. Cualquier universidad europea se pelearía por alguien como tú.

—Yo…

—Estoy muy orgulloso de ti, Hadrian. Estoy… feliz.

Y, de repente, Hadrian lo supo. El sueño que buscaba ya lo había encontrado, y no estaba en Madrid o en Roma como había creído firmemente durante años. Estaba en Berlín.

—No me voy a ningún lado, Jürgen. Voy a quedarme contigo.

Por primera vez, Jürgen no supo que decir.

**

Semanas más tarde, Hadrian mantenía su decisión. Sólo había tenido dos pequeños momentos de duda. El primero, cuando había recibido la postal de Patrik Urban felicitándole por la exposición y por estar a punto de conseguir su sueño de becarse en España. El segundo, cuando le había dicho a su familia que finalmente no haría ese viaje. Nadie en Praga, ni sus padres, ni su hermana, ni ninguno de sus amigos, parecía entender que ya no quisiese seguir los planes que con tanta efusividad había contado en su visita durante las vacaciones de Navidad. Jürgen, por su parte, seguía sin decir mucho sobre el tema. Había acogido la noticia con un alejamiento que Hadrian achacaba a un sentimiento de culpa innecesario, y que, en su opinión, les estaba privando de celebrarlo.

Ya empezaba a asomar el mes de mayo. Los exámenes finales no tardarían en llegar y Hadrian cada vez pasaba más y más horas en los talleres de la facultad. Durante la semana, ver a Jürgen se reducía a ratos robados al tiempo en Potsdamer Platz o frente a su puesto de retratos, situado en cualquier lugar

de la ciudad. Sin embargo, el fin de semana mantenía en los últimos meses dos tradiciones inamovibles.

La primera llegaba el sábado, cuando se acercaban en bicicleta hasta la Museumsinsel para entrar en cualquiera de sus museos y pasar la mañana sentados en los bancos de sus salas, copiando trazos de sus obras favoritas. Después, almorzaban en el puesto de currywurst más pequeño y destartalado, pero con las salchichas más ricas que Hadrian había probado en su vida, y recobraban fuerzas para pasar la tarde paseando por las orillas del Rin o por algún parque. Ni la lluvia, ni las habituales tormentas de Berlín, variaban un ápice ese plan. Llegar por la noche empapado a la residencia de estudiantes, podría despertar un resoplido hastiado al conserje de la entrada, pero era un detalle que a Hadrian no podía importarle menos cuando aún traía el calor de Jürgen en su cuerpo.

La segunda, más reciente para Hadrian, tenía lugar cada tarde de domingo, en el hospicio EJF Lazarus. A veces, Hadrian se preguntaba si Jürgen le habría invitado algún día a acompañarle si no le hubiese descubierto por casualidad durante una de sus visitas al asilo, mientras él esbozaba la fachada del edificio en su cuaderno. *Los domingos no podemos vernos hasta las siete, Kuna, es el día de limpieza en el piso y no me puedo escaquear,* había sido la excusa que Hadrian se había creído, pese a saber que el piso de Jürgen no había conocido una buena limpieza desde la caída del Muro. Su credulidad había acabado aquel día. La realidad resultó ser que, pese a haber roto cualquier contacto con su familia desde la mayoría de edad, Jürgen aún mantenía un nexo con los Schulz: su abuela Katharina, la única que, en su opinión, merecía respeto.

Era muy difícil conocer a Katharina y no sentir cariño por sus pequeños ojos azules o sus arrugadísimas manos. Y, al parecer, ella también consideraba a Hadrian irresistible.

—¿Por qué cada día estás más guapo? Y más alto…—desde su silla de ruedas, Katharina revolvió el pelo ondulado de Hadrian con las dos manos. Jürgen sonrió desde el otro lado.

—Abuela, nos ves cada semana y siempre nos dices lo mismo. No se puede crecer tanto.

—Pues yo digo que sí, más altos y más guapos. Pobres chicas alemanas, a saber qué maldades les hacéis poniendo esas sonrisas. Y novia aún no he visto ninguna…

Hadrian siempre tenía que contener la risa en ese punto invariable de la conversación. Jürgen había sacado de su error a su abuela varias veces, sin conseguir más que un gesto de incredulidad y un repentino cambio de tema. Su condición de homosexual era una información que Katharina parecía

olvidar con sorpresiva facilidad, pese a recordar al dedillo el resto de las cosas que llegaban a sus oídos.

—Sí, abuela, somos unos trúhanes de primera.

Jürgen le guiñó el ojo a Hadrian y ambos sonrieron. La desusada palabra pareció contentar a Katharina, que negó divertida con la cabeza y golpeó la rodilla de Jürgen, en un gesto de aprobación. Después, se giró hacia el "mejor amigo" de su nieto.

—Y, ¿qué tal va ese español, jovencito?

—Mejor que nunca, Katharina. Lo he dejado.

—Oh, ¿y eso por qué?

—¿Cuándo? —Jürgen había contestado al mismo tiempo que su abuela, claramente contrariado.

—El viernes fui a clase y les avisé de que no volvería. Es un gasto a mayores. ¿Para qué lo necesito si voy a quedarme?

—Oh, cariño, ¿te quedas en Berlín? ¡Qué feliz me haces!

Mientras recibía el abrazo emocionado de Katharina, Hadrian vio por encima de su hombro cómo Jürgen miraba al suelo, abrumado por un peso invisible pero certero. El mismo que seguía ensombreciéndole un par de horas más tarde en Potsdamer Platz.

—Es mejor que me vaya a trabajar. Hoy habrá muchos turistas apurando las últimas compras.

—Ya has trabajado toda la mañana. ¿No puedes descansar por hoy?

—Vivo de eso, Hadrian. Y la casa y la comida no se pagan solas.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—¿Se puede saber cuándo ibas a decirme que habías dejado tus clases de español? —el tono contrariado había tomado un matiz feroz.

—Es lo más lógico, Jürgen, ya no las necesito. Usaré el dinero para algo más útil. He estado pensando en que, si me siguen becando como hasta ahora, podría elegir la opción de residencia privada e irnos a vivir a…

—Para esto, por favor.

—¿Qué?

Jürgen había apoyado los codos en la mesa y enterrado la cabeza entre sus manos. Hadrian sintió cómo se le ponía un nudo en la garganta y trató de dominar su desesperación. Acercó una mano temblorosa a la espalda de Jürgen

y le acarició.

—Ey, ¿estás bien? Dime qué te pasa.

—Quiero que te vayas.

Aunque la voz había sonado ahogada, esas cuatro palabras resonaron en su cabeza como una bala atravesándola de cuajo.

—Pero… ¿por qué? ¡Por qué! Tú me quieres…

Jürgen levantó la cabeza y le miró. No había rastro de lágrimas en sus ojos, pero todo en su rostro hablaba de dolor.

—Precisamente por eso, Hadrian.

—No… ¡No! Es mi decisión y no estás respetándola.

—Es un error. España es tu sueño desde siempre y vas a destrozarlo por una relación. Por supuesto que te quiero, pero eso no va a cambiar porque te marches. ¿Te acuerdas de los folletos de aquel museo que me enseñaste? Quiero verte dibujando en El Prado, Kuna. Quiero que me mandes esa foto y me digas que tienes delante a Goya o a Velázquez.

—Pero… Podrías venir conmigo.

—Podría, pero es tu sueño, Hadrian, no el mío. Mi abuela está aquí, mi vida es Berlín. Amo a Alemania y quiero quedarme.

Hadrian sintió que el nudo en su garganta se cerraba aún más y que la única forma de respirar era rebelándose.

—Eso es egoísta. Me dices que me marche pero no quieres venir. ¡Es increíble! ¿Es que no puedes hacer nada por mí?

Jürgen se encogió, aún más dolido que antes.

—Ésa es la frase que un día, más pronto de lo que imaginas, me dirás cuando te enfades. O cuando te des cuenta de que has perdido la vida que soñaste. Y cada vez se repetirá más, hasta que me odies.

—No pienso odiarte nunca —a la vez que hablaba, ese sentimiento de rabia que había liberado su respiración se retorció en su pecho y Hadrian supo que estaba más cerca del odio de lo que decía.

—Lo harás. Y el amor no es eso, Hadrian. No lo es. No quiero eso para ti.

Por primera vez desde que le conocía, Jürgen parecía a punto de llorar. El azul acuoso, más vivo y más brillante, estaba lleno de ternura y de una tristeza difícil de consolar. La rabia de Hadrian voló muy lejos, convirtiéndose en lágrimas que él no pudo contener, rebasando el borde de sus pestañas. De repente, era un llanto incontrolable lo que tenía entre manos, y Jürgen, más

fuerte y más entero, lo acunó entre las suyas, lo dejó ir entre sus brazos hasta que se convirtió en una serie de suspiros entrecortados y un futuro común hecho pedazos.

Jürgen lloró mucho más tarde. En la cama de su cuarto, mordiendo la almohada que aún olía a Hadrian, para que las finas paredes no le delatasen. Durante horas, recordando cada minuto al lado de su pintor checo, le dejó ir.

Si había pensado que eso le facilitaría la despedida en el aeropuerto de Schönefeld cuatro semanas más tarde, sólo había sido un error de principiante. Hadrian tenía que hacer un examen de ingreso en la Universidad de Madrid y luego pasaría el verano en Praga. Los dos habían prometido escribirse a diario y verse en cuanto fuese posible, pero Jürgen sabía que la distancia a veces era implacable. Mientras le veía marchar por la puerta de embarque, repitió una y otra vez en su mente las últimas palabras de Hadrian. Dulces, perfectas y reconfortantes como sus labios. *Te amo, Jürgen. Nunca he querido a nadie como te quiero a ti.*

—Y yo a ti, Kuna. Y yo a ti.

Capítulo 6

El Cristo de Velázquez

Hadrian apoyó sobre la cama la segunda maleta y la acarició con devoción. Había sufrido una espesa inquietud desde que se había alejado de ella en el aeropuerto de Praga hasta verla aparecer por la cinta de equipaje de Barajas. La primera, una azul marino un poco más grande, no le había importado tanto. Ya la había deshecho y colocado su contenido en el pequeño armario de su cuarto. Tras introducir la combinación del candado, el ruido de la cremallera deslizándose llenó la habitación. Allí estaban sus cuadernos, sus lápices, su paleta y sus óleos; y, sobre todo, aquella caja de terciopelo marrón que había supuesto un suplemento de facturación de novecientas coronas. Hadrian habría pagado con gusto un precio mayor.

La tapa se escurrió con un leve roce y dio paso al plato, al brazo con púa y al motor, el tocadiscos que había recibido de su abuelo Ignác. En el fondo de la maleta, a salvo en un envoltorio de papel de burbujas, había llegado también su colección de vinilos. Hadrian los sacó uno a uno y acarició las cubiertas de Dvorák, Smetana, o del cantautor Karel Kryl. Y por supuesto, el de Marta Kubisova que contenía aquella canción que su abuelo había convertido en el himno de Praga y Hadrian en su devoción. Todavía recordaba aquel cumpleaños en que Nora le había entregado el enorme paquete, cuando él ya

había soplado las quince velas y pensaba que no quedaba ningún regalo por abrir. Encontrarse con un tocadiscos evidentemente usado en una época en la que el walkman ya se veía desfasado no le había emocionado mucho. Pero la pequeña tarjetita que colgaba de la púa, sí lo hizo. *Él me dijo: "regálaselo a mi nieto cuando tenga la edad suficiente para apreciarlo. Si llora, habrás acertado." Espero haberlo hecho. Con cariño, tus abuelos Nora e Ignác.*

Tenía que encontrarle un sitio en la habitación. Al rellenar la solicitud de alojamiento había rechazado la opción del colegio mayor. Una breve visita a uno de ellos después de su examen de acceso le había convencido de que ese ambiente elitista y cerrado mataría cualquier atisbo de inspiración. Por el contrario, la idea de una habitación individual en un piso de estudiantes Erasmus le había sonado mejor. Planeaba gastarse todo el dinero que había ahorrado con el cambio en comprarse un buen caballete, material nuevo y entradas de cine y teatro. Si es que conseguía meter el caballete en su cuarto… La cama, la mesilla y el pequeño escritorio parecían llenarlo todo. Afortunadamente, el armario era empotrado, y había una ventana que daba a la calle por la que entraba una luz estupenda para dibujar a partir de las dos.

De los compañeros de piso, cuatro por cada una de las tres plantas, todavía no sabía nada, salvo que todos eran hombres, bastante ruidosos y en su mayoría angloparlantes. Como si los hubiese conjurado, Hadrian sintió cómo llamaban a su puerta. Un chico moreno, con una identificación colgando al cuello y un montón de sábanas y mantas en los brazos, le sonrió desde el umbral y empezó un discurso en un inglés bastante macarrónico.

—Hi! My name is Pedro Alonso, and I am your adviser in the UCM —el joven echó un vistazo al papel que traía sobre las sábanas y continuó — Hadrian Malek… are you Czech, aren´t you? Do you speak english? I hope you understand me.

—Hi, Pedro. Nice to meet you. Hablo español, o al menos lo intento. ¿Esto es para mí?

La sonrisa blanca y algo desordenada de Pedro no tardó en surgir.

—¡Caramba, un Erasmus hablando español! Menuda sorpresa… Sí, cógelas, la cama está sin hacer.

Hadrian cogió las sábanas y le invitó a pasar, pero Pedro rechazó la invitación y se quedó fuera.

—He venido a darte la bienvenida y ponerte al día de las normas, Hadrian. Los gastos de electricidad, gas, agua, calefacción y servicio de reparaciones están incluidos en el alquiler. Se vendrá a hacer una limpieza semanal cada viernes por la mañana. La limpieza diaria corre a cargo de los estudiantes. Las toallas y productos de aseo personal también corren por cuenta de los

alumnos. En cuanto al servicio de lavandería, dispones de unas bolsas en el armario; cuando desees enviar ropa, úsalas y, previo aviso al portero, déjalas en conserjería. Se te devolverán en un plazo de veinticuatro horas. El portero se llama Antonio y estará siempre a vuestra disposición por si necesitáis alguna ayuda. Este alojamiento no es mixto y no se permite fumar en las habitaciones. A partir de medianoche las puertas permanecerán cerradas y sólo mostrando vuestra identificación al celador de guardia podréis acceder al edificio. Tu primera reunión con el grupo de internacionales será el miércoles a las cinco de la tarde en el Paraninfo del Campus. ¿Hablo muy rápido?

Hadrian, que había estado más pendiente de la forma en que sus manos se movían al hablar y de cómo pensaba plasmar ese movimiento en su próximo boceto, negó con la cabeza.

—Genial. De todas formas, aquí te entrego todas las normas por escrito, en inglés y español, los horarios de tus clases, un mapa de metro, las líneas de buses que te llevan a la facultad, una lista de teléfonos de interés, incluido mi móvil, y otra de cursos extracurriculares — Hadrian tomó la maraña de folios de manos de Pedro— Y creo que eso es todo. Espero que tu estancia en Madrid sea muy agradable. Ya irás conociendo a los demás. No hay más checos en el edificio, la universidad intenta que no se dupliquen las nacionalidades, aunque creo que sí hay otro estudiante de Brno en la residencia Benito Pérez Galdós. Estudia Físicas.

—Entonces es muy posible que no me lo encuentre.

—No te creas, la ciudad universitaria es un pañuelo— ante el ceño fruncido de Hadrian, Pedro se dio cuenta de su modismo — Quiero decir… que es abarcable, pequeña, bueno… pequeña no, pero… eso, que seguro que os veréis.

Pedro tenía razón. El Campus, pese a su gran extensión y a sus más de setenta mil alumnos, parecía moverse a un ritmo único. Sólo en cinco minutos caminando desde la parada de metro, Hadrian se había topado ya con cinco facultades distintas y se sentía absolutamente perdido. Por suerte, no le fue difícil seguir al primer chico que vio con una inmensa carpeta de dibujo en la mano. Y, aunque resultó ser un arquitecto, la Facultad de Bellas Artes estaba justo al lado de la de Arquitectura.

Le atrapó de inmediato. Toda la sobria y regia apariencia de su fachada, se venía abajo cuando uno accedía a su interior. El bullicio ensordecedor de su corazón lleno de artistas invadió los sentidos de Hadrian en una ráfaga de vida y calor. Si alguien podía alterar el ritmo simétrico del Campus, ésos eran ellos, saltando de taller en taller sin orden ni concierto; ellos, manchados de óleo o pintura acrílica, o con dedos negros como el carbón; ellos, los que podían ver al mundo a su antojo y cambiarlo de color, y olor, y sabor. Hadrian, agarró con

fuerza su cuaderno y sonriendo de oreja a oreja se dirigió al aula donde supuestamente recibiría su primera clase. Después de tres interrupciones indebidas, la encontró.

Era el único Erasmus de último año, pero nadie pareció notarlo. La mezcla de alumnado era de por sí tan variopinta y llamativa, que un chico que era capaz de hacer una representación surrealista como la que Hadrian había hecho llamaba mucho más la atención por su talento que por su país de origen. Era fácil sentirse bien recibido. Hadrian supo enseguida que, en medio de esa dejadez aparente de los alumnos que preferían tirarse en el jardín a encerrarse en los talleres, había en la carrera verdaderos genios. Sebastián Prieto, Bastian, era uno de ellos. Colaboraba estrechamente con el director del MUPAI, el Museo de Arte Infantil que se encontraba en la propia facultad, y Hadrian había tenido el privilegio de ver cómo manejaba el pincel. Por supuesto, también existían sus opuestos, alumnos de estudiada pose y libro de vanguardia en la mano, que teorizaban más que otra cosa, y que cultivaban el amiguismo vertical como forma de expresión artística.

Hadrian salió de la facultad con tiempo suficiente para llegar puntual al Paraninfo pese a posibles rodeos. Los hubo, pero le llevaron a conocer el Jardín Botánico Alfonso XIII, situado en pleno corazón del Campus y al que Hadrian se prometió volver en cuanto pudiese. Sabía que de ahí sacaría una postal impresionante y pensaba enviársela a Jürgen en cuanto la acabase.

No le había vuelto a ver desde que había abandonado Berlín. Al principio, se habían llamado casi a diario. Poco a poco, las llamadas habían ido espaciándose y los mensajes de texto habían tomado su lugar, hasta que estos también se fueron convirtiendo en algo esporádico. Hadrian sabía que, si había un culpable de ese distanciamiento, era él. La vida seguía igual para Jürgen y la suya no hacía más que cambiar y absorberle de todo lo demás. La ausencia del alemán se había suavizado para él entre vuelos de uno a otro país y en ese frenético ritmo estudiantil. Sin embargo, Jürgen, inamovible, seguía ahí. Tal y como había prometido, una vez por semana, a veces incluso dos, le enviaba un nuevo dibujo en cuartilla, a modo de postal. *Escríbeme, ¿vale? Y ni se te ocurra comprarme postales, Kuna. Quiero que me mandes dibujos. Así los venderé cuando te hagas famoso*. Hadrian aún no había enviado ninguno.

La reunión en el Paraninfo fue más una fiesta que otra cosa. La bienvenida a los casi dos mil alumnos del programa Sócrates-Erasmus consistía en una serie de discursos institucionales, música en directo y un montón de comida. Hadrian, a quien en la entrada le habían dado una pegatina con la bandera de la República Checa, se acabó encontrando con su compatriota de Físicas. Hablar un rato en checo cara a cara, en vez de las largas conversaciones que su madre le hacía sostener a través del móvil para saber si comía y dormía bien, fue todo un relax para él. Jaroslav resultó ser agradable y se intercambiaron los

números para verse de vez en cuando por el Campus, y desconectar uno del español y el otro del inglés.

La reunión seria tuvo lugar al día siguiente, en la oficina Erasmus de la facultad. Para sorpresa de Hadrian, había diez estudiantes extranjeros más en la Facultad de Bellas Artes. Uno a uno se fueron presentando en un inglés más o menos correcto y cuando llegó su turno no supo muy bien cómo empezar. Paula Morán, la coordinadora del grupo, salió en su ayuda y cambió de tema, ofreciéndoles programas de actividades deportivas y culturales a las que podían apuntarse. Cuando todos se levantaron para salir, Paula le pidió a Hadrian que se quedase. Cinco minutos más tarde, había cambiado totalmente de opinión sobre el chico que tenía delante.

—¡Vaya! Checo, alemán y español… Y yo que creí que íbamos a tener verdaderos problemas para comunicarnos… Discúlpame, Hadrian. Yo mismo lo aclararé con el resto el próximo miércoles y hablaré en inglés y español, para que se vayan acostumbrando.

—Bien.

—Lo hablas muy bien, además. Es un bonito acento.

—Gracias.

—Bueno, Hadrian, nos vemos el próximo miércoles, entonces. Bienvenido a la Universidad Complutense.

Hadrian le estrechó la mano y pensó que con aquélla ya había llegado a la UCM diez veces.

**

La postal para Jürgen estuvo lista el lunes siguiente. Hadrian se había pasado la mañana del sábado en el jardín y había dado los últimos retoques al dibujo el domingo. Mucho más que el dibujo, le había costado dedicarlo. Al final un “Con cariño. K” ganó frente a los “te extraño”, “ojalá estuvieras aquí”, o “¿aún me quieres?” que se le habían ocurrido como primeras opciones. Con varios sellos de la cara del rey de España pegados en el sobre, Hadrian la envió desde la misma oficina de correos del Campus. Después, tuvo el placer de descubrir la asignatura de Investigación Plástica. El hecho de enfundarse un mono blanco y pasarse dos horas lanzando cubos y brochazos de pintura a un mural de tres metros de alto y ocho de ancho, era algo que sólo podía suceder en Bellas Artes. Todavía tenía pintura en las cejas cuando llegó esa noche a su habitación, pero la experiencia había valido la pena.

El miércoles, los Erasmus de Bellas Artes se encontraron de nuevo. Hadrian se quitó la espina del encuentro anterior manteniendo una conversación en un más que aceptable español con Paula, y dirigiéndose en

alemán al chico pecoso de Múnich, que le sonrió de oreja a oreja al oír acento germánico en medio de tanto anglosajón. Todos parecían haberse integrado sin el menor problema, lo que los profesores atribuían a que la pintura y la escultura hablaban su propio idioma universal. Al terminar la reunión, Hadrian se quedó un rato más pidiéndole a Paula consejos para su primera visita al Museo del Prado que pensaba hacer el domingo. Hasta que alguien les interrumpió.

—¿Dónde está la chica más preciosa del Cam…? Perdona, pensé que estabas sola.

Paula fingió una mueca de malestar, que Hadrian no se creyó al ver el brillo repentino de sus ojos.

—Mira que eres pesado... Disculpa al intruso, Hadrian; es Eduardo Ferrer, bueno para nada.

—¡Ey! No le hagas ni caso.

—Eduardo, él es Hadrian Malek, aunque puede que en el futuro le conozcas más por su firma de artista: Kuna.

—Encantado de conocerte —Eduardo le tendió la mano, sin dejar de sonreír ni un segundo. Hadrian se la estrechó, aunque enseguida notó que el otro tomaba la iniciativa en el gesto, agitando sus manos con fuerza y determinación.

—Lo mismo digo.

—Cuna… como la de los bebés. ¿Ya eras artista de pequeño?

Hadrian soltó su mano de golpe.

—Se escribe con k. Nos vemos, Paula.

—Hadrian… – Antes de que Paula pudiese aclarar el malentendido, Hadrian ya se perdía con los pasillos.

—¡Menudo carácter tienen los artistas! — dijo Eduardo.

—Pues es bastante dulce, pero tú siempre sacas lo mejor de las personas.

—¡Pero si yo no he hecho nada!

—Kuna es el apellido de su abuelo y, al parecer, fue alguien importante en Checoslovaquia.

—Vaya, castígame por no conocer a un héroe de Checoslovaquia… si ese país ni siquiera existe ya.

—Por comentarios como ése es por lo que la gente no te aguanta.

—A mí me llega con que me aguantes tú. Sobre todo… —Eduardo sacó dos entradas del bolsillo de su pantalón— cuando vengo a invitarte a ir al cine. Sesión de las ocho, ¿vamos?

Con otra de sus sonrisas y un beso rozando sus labios, Paula aceptó la invitación.

**

Lo primero que aprendió Hadrian del Museo del Prado fue que visitarlo el domingo no resultaba una buena opción. Significaba ver las obras por encima de apelotonados grupos, caminar de sala en sala en medio de un bullicio constante y tropezarse de vez en cuando con niños correteando. Aun así, ni una sola de esas cosas impidió a Hadrian sentirse abrumado desde haber cruzado la entrada del museo y casi sin respiración al verse frente al Cristo de Velázquez. Lo había dejado para el final. Como había hecho de pequeño a la mesa, comer primero lo que menos le gustaba para degustar al final lo que más, Hadrian recorrió el ala izquierda de pintura italiana, flamenca y española hasta el siglo XVI, subió a la planta primera para ver los dos siglos siguientes, y a la segunda para admirar los cartones de Goya y el Siglo de Oro español. Después, con un hormigueo de anticipación en el estómago, volvió a la primera planta por el ala derecha para recorrer una tras otra las salas de Goya y desembocar al fin, tras tres horas de rodeo, en las salas dedicadas al pintor sevillano.

En la sala dieciséis se había encontrado con el Cristo. Hadrian pulsó el botón de la audio guía mientras esperaba a que la gente se dispersase un poco, pero dejó de prestarle atención en el momento en que estuvo frente al cuadro. Si era verdad que Velázquez, descontento por cómo iba quedando el rostro de Cristo, había arrojado contra él los pinceles, a Hadrian no podía importarle menos. Observó aquel cabello, aquel rostro oculto pero alejado del dramatismo barroco, el cuerpo anatómicamente perfecto, el incierto y sobrio negro del fondo, la sangre alejada de la piel pura, pero bañando la madera de la cruz… y él, que no había sido católico en su vida, apenas pudo retener las lágrimas. La belleza de aquellos dos metros y medio de lienzo, que hasta ahora sólo había visto en páginas de libros de arte, era demasiada.

Sin pensárselo, se apartó un poco, sacó el móvil y con dedos rápidos escribió un mensaje de texto. *Estoy frente a nuestro Cristo favorito, como me pediste. Es…impresionante. Gracias*. Jürgen apenas tardó treinta segundos en contestarle. *Me alegro mucho por ti. No llores en público, que luego te arrepientes. Siempre supe que te lo merecías.*

“¿Ya eras artista de pequeño?” Hadrian mandó a un rincón lejano de su mente la molesta vocecita que interrumpía el momento más cercano que él y Jürgen habían compartido desde que se habían separado. ¿A qué venía

recordar eso ahora? Seguro que si el tal Eduardo fuese al Prado se pasaría las horas de visita en la cafetería, conquistando con su sonrisita a las camareras. Estaba cantado. Golpeándose mentalmente por pensar en tonterías, Hadrian envió a Jürgen un nuevo mensaje.

Te quiero todavía.

Cuando se quedó dormido esa noche, Jürgen aún no había respondido.

Capítulo 7

Lo común de lo distinto

El Palacio de la Moncloa era un intruso político en medio del Campus. Sus terrenos ocupaban diez veces más que la Facultad de Bellas Artes, y la verja y el alambrado que los rodeaban chocaban con el espíritu aperturista del que tanto presumía la universidad. Hadrian, cuyos conocimientos sobre la política española se restringían al nombre del Presidente del Gobierno, encontraba aquella cerrazón como un atropello al arte que había dentro. Arte que entreveía por los pequeños agujeros de la verja.

—¡Ey! Ésa es la Moncloa, Kuna. Tu facultad está un poco más lejos. ¿Te llevo?

Desde un Ibiza color azul, Eduardo Ferrer, codo apoyado en la ventanilla, le sonreía.

—Sé dónde está mi facultad, gracias. E iré andando – en cuanto se puso a caminar, Hadrian pudo sentir el ruido del coche siguiendo sus pasos, dos metros más allá.

—Venga, no te enfades, Kuna. ¿Siempre estás de mal humor?

—No me llames así.

—Cierto, cierto, te debo una disculpa. Siento mucho lo que dije sobre tu apellido. Venga, hombre…

No había vuelto a mirarle, pero Hadrian casi podía adivinar el gesto de profunda contrición que tenía la cara de Eduardo. Estaba claro que podía funcionarle muy bien con las chicas, pero con él no. Sin embargo, había cosas que todavía no podía adivinar del todo. Como que la puerta del coche se abriría, y Eduardo bajaría para caminar a su lado, hablando de cosas inesperadas.

—Ignác Kuna. Nació en Praga en… —Eduardo se rascó la coronilla y sacó

la lengua en un gesto gracioso—Vale, perdona, he olvidado ese año. Pero murió en 1980. Fue un héroe de la Primavera de Praga, manteniendo la emisión de la radio durante la invasión soviética. Fue a la cárcel y todo. Estaba casado y tenía una hija, tu madre, supongo. La verdad es que, si yo tuviera un abuelo así en vez de un exmilitar campeón de caladas de puro en el salón de los jubilados, también estaría muy orgulloso.

Hadrian contuvo como pudo su sonrisa. Puede que Eduardo hubiese usado Google un poco el día anterior, pero eso no garantizaba que no siguiese siendo un idiota.

—Veo que internet sigue funcionando — le dijo.

Eduardo rio con ganas, de forma contagiosa.

—Vamos, Kuna, es una buena disculpa. Sabes que me he ganado, al menos, un poco de amabilidad de tu parte.

—Si no me vuelves a llamar así, podría planteármelo.

—¿Y cómo te llamo entonces?

—Paula te lo dijo. Pero claro, ¿cómo podrías acordarte? Hablo de palabras y tú sólo estabas pendiente de su escote.

—¡Habría que ser rematadamente gay para no fijarse en su escote! —el silencio que siguió a sus palabras fue el más elocuente de todos los silencios —Joder, ¡tú lo eres!

El resoplido de Hadrian, el de todos los resoplidos.

—Lo que me faltaba…

—¡No, no! Nada de qué preocuparse, me parece estupendo. Yo soy un tío tolerante.

Hadrian dio gracias por llegar justo en ese instante a la entrada de su facultad. Se giró hacia Eduardo, quien parecía no saber estar serio, y se inclinó en una exagerada reverencia.

—En nombre de todos los gais del planeta te doy las gracias por tu tolerancia. Buenos días – Hadrian se dirigió hacia la puerta. La voz de Eduardo, sin embargo, le llegó clara y risueña.

—Eres un antisocial, Kuna. ¿Pero sabes qué? Te investigaré. ¡Averiguaré tu nombre y acabaré cayéndote bien! ¡Ya lo verás!

En la mente de Hadrian se dibujó una sola palabra que no llegó a verbalizar. *Seguro*.

Lo que no explicaba que, al miércoles siguiente, en cuanto Paula se

disculpó por el comentario de su amigo Eduardo, fuese Hadrian el que sintiese curiosidad.

—¿Estudia en el Campus? — preguntó.

—Estudia Económicas en el Campus de Somosaguas. Pero anda mucho por aquí, porque está en el Antonio de Nebrija.

—¿El Colegio Mayor?

—Sí, aquí al lado. Delante de la UNED.

La distancia del segundo Campus de la Complutense con el de Moncloa era de diez kilómetros. La mayoría de los alumnos la recorrían en bus o en metro, ya que estaban bien comunicados. Podía haber excepciones de alumnos que tuviesen coche, aunque solo fuese por una cuestión de comodidad en los horarios, pero si a eso se sumaba el formar parte de un colegio mayor como el Antonio de Nebrija, Hadrian sabía que el resultado final de la ecuación era el de un niño pijo. No tardó en comprobarlo. A Paula ese aspecto de Eduardo parecía importarle más que ninguno.

—Sus padres viven en La Moraleja. Se llevaron un disgusto cuando Eduardo les dijo que no quería estudiar en la universidad privada. Se lo permitieron si estudiaba Económicas o Derecho. Él dice que no le gustaba ninguna, pero escogió la opción menos mala. Creo que se le ve muy poco por clase…

La sonrisita traviesa de Paula marcó el final de la conversación. Los otros Erasmus ya habían llegado a la sala.

**

Al menos una vez por semana, Hadrian recibía noticias de su casa. Sabía que si las tarifas no fuesen tan caras, su móvil estaría sonando a todas horas. Su madre parecía mucho más preocupada ahora que en el año que había pasado en Alemania. De todas formas, gracias a esas llamadas, Hadrian no sólo se mantenía en contacto con su familia sino también con Praga. Los rumores de la incursión de la República Checa en la Unión Europea habían llegado a Madrid, y era reconfortante saber de una fuente fidedigna que no sólo eran rumores.

Sin embargo, las últimas conversaciones con su familia se habían restringido un poco más a la intimidad de su casa y a un tema diferente: la solvencia monetaria. Aunque su madre trató de no preocuparle, llegó un momento en que su padre no pudo ocultar más que la joyería había empezado a tener pérdidas. Con la apertura de grandes centros comerciales que ofertaban relojes al mismo precio que la joyería cobraba por un cambio de pila, la competencia estaba perdida. Sólo los clientes de siempre, casi todas personas

mayores, dueños de piezas artesanales y únicas, acudían al negocio de Jan para solucionar las averías de aquellas complejas maquinarias ya no tan precisas. Hadrian sabía que su madre se preocupaba por el futuro de Lenka. Su hermana estaba demostrando ser una gran estudiante y, por lo visto, lo de artista le iba en la sangre. Había conseguido plaza en el casting de acceso a una de las escuelas de danza más exclusivas de Praga, pero al mismo tiempo con una de las matrículas más elevadas.

Hadrian se sentía afortunado de haber recibido aquella beca especial en Berlín que completaba la escasez de las ayudas que concedía el programa Erasmus. Una de las principales quejas de los estudiantes extranjeros era la insuficiente cantidad mensual que se les daba para vivir en una ciudad tan cara como Madrid, y muchos recurrían a sus familias para completarla. Él no lo necesitaba. Cuando había insinuado que podría quedarse en Navidad y enviarles el dinero que planeaba destinar a su vuelo para cualquier cosa que les hiciese falta, su madre se había echado a llorar, su hermana le había gritado durante minutos y su padre había cogido el teléfono para pedirle que dejase de decir tonterías e informarle de que más le valía estar en casa el día veintitrés, si no quería olvidarse de pintar un solo cuadro más.

Aun así, Hadrian midió sus gastos un poco más a partir de ese día, y empezó a mirar con regularidad el tablón de ofertas de trabajo de la Facultad. Allí fue donde, en medio de un anuncio de beca no remunerada en el Thyssen-Bornemisza y otro de unas prácticas gratuitas en el Instituto de Conservación y Restauración de Obras de Arte, vio el estrambótico cartel de la primera macro fiesta universitaria del año, y apuntó la fecha en su libreta. Ocho de noviembre.

Aquella noche Hadrian se encontró en la estación de metro con el checo de Físicas, Jaroslav, y el pecoso alemán de las reuniones Erasmus, Klaus. Pese a que los dos eran muy diferentes, Hadrian y el idioma alemán actuaron como hilos conductores en una velada que prometía diversión a raudales. El Paraninfo estaba abarrotado. La música house de mano del dj lo llenaba todo, y las luces láser instaladas encima de su cabina bañaban a la masa de estudiantes en un mar verde deslumbrante. Las cervezas y los combinados corrían por las barras de aluminio, a las que costaba llegar cinco minutos y una buena sesión de codazos y empujones. Jaroslav, mucho más corpulento que sus compañeros, se ofreció a sufrirla, después de ver cómo Hadrian y Klaus tardaban el doble que él en conseguir las bebidas. A medianoche, los tres se sentían felices, bailarines y fervientes amantes de la época universitaria. Dos horas más tarde, seguían amándola tanto que no se sentían con ganas de irse a dormir sin más, y terminaron en la Puerta del Sol, buscando un pub en el que seguir la fiesta.

—No me puedo creer que te guste Diseño Objetual, es una fantochada,

Hadrian. La próxima vez que me manden diseccionar un cuadrado, me vuelvo a Múnich en canoa, te lo juro.

La dicción de Klaus dejaba mucho que desear. Apoyado en la barra del pub, con otra cerveza en la mano y con el efecto de la gomina completamente anulado ya, hacía aspavientos mientras hablaba de todo y de nada en un confuso alemán, que a esas alturas sólo Hadrian seguía entre risas.

—Un poco difícil eso de la canoa, aquí no hay mar — le contestó.

—¿No has oído hablar de Escher? El no lugar… me pinto una puerta y me lleva adonde yo quiera… ¡Como Alicia!

—¿Y el País de las Maravillas?

Una nueva carcajada conjunta convenció a Jaroslav a regresar. De cualquier forma, al día siguiente tenía muchas cosas que hacer y aquella fiesta estaba volviéndose demasiado artística y de dos para su gusto.

—Chicos, me lo he pasado en grande, pero ya no puedo más — anunció.

—Vaaamos, Juros… un poquito más… —Klaus le pasó el brazo por los hombros y le acercó hacia él, haciendo que Jaroslav tuviese que doblarse. Hadrian también se dobló, pero por otros motivos.

—Yo sí que no puedo más. Retenle ahí mientras voy al baño, ¡no le dejes escapar!

Si había una cosa que Hadrian apreciaba en los baños de hombres era el hecho de no tener que esperar. El alivio fue inmediato, y el ligero movimiento de las baldosas bajo sus pies le arrancó otra risita tonta. Estaba gloriosamente borracho y hacía mucho tiempo que no se divertía tanto. Por una noche se sentía libre y lo estaba disfrutando. Salía del baño tarareando la canción de corte flamenco que se le había metido machaconamente en el cerebro, cuando vio a Eduardo. Estaba allí, en uno de los sillones circulares, con unos chicos de camisa y vaquero tan presumidos como cabía esperar de sus amigos. Y no es que Eduardo hubiese presumido de nada, pero su sonrisa parecía hacerlo por él sin ningún remilgo. Hadrian trató de llegar otra vez hasta la barra sin llamar la atención, pero su estado no era el mejor para la discreción y acabó tropezando con un taburete que se interpuso en su camino. El futuro economista no tardó en hacer su aparición.

—Vaya, vaya, el artista. ¿Necesitas ayuda?

Hadrian que se sobaba la espinilla maldiciendo en checo, se irguió todo lo que pudo sin tambalearse demasiado.

—Estoy bien, gracias.

—Veo que ya te conoces los sitios de marcha.

—Nos metimos en el primero que apareció, no es que sea gran cosa.

—¿Éste? Pues es el mejor. Si bebieses así en otro, mañana no podrías levantarte de la cama.

—Sbohem, pues gracias por la rada.

—De nada —Eduardo sonrió ante la repentina mezcla de idiomas de Hadrian. No era la primera vez que tras varias copas, él se ponía a hablar en inglés fluido — ¿Quieres sentarte con nosotros?

Hadrian miró hacia donde señalaba como si lo hiciese por primera vez. Sus amigos, concentrados en lo suyo, parecían no prestarles atención en absoluto.

—No, lo siento. Estoy acompañado.

—Bien, pues nos vemos por ahí entonces. Cuidado con los taburetes, los carga el diablo…

— Ja, ja.

— ¿Ves? Siempre te hago reír, Hadrian. A las mujeres les encanta…

Probablemente había mil respuestas ingeniosas a ese comentario, pero a Hadrian, mareado y molesto a partes iguales, no se le ocurrió ninguna. Resoplando y farfullando en su nuevo idioma híbrido, se alejó de Eduardo. Cuando llegó junto a Klaus, lo encontró solo, bebiendo de su copa.

— ¿Y Jaroslav?

—Se me escapó…— Encogiéndose de hombros y sonriendo con una inocencia un tanto alcoholizada, Klaus parecía un niño de cuatro años que, de repente, se había hecho mayor — Pero le di el mapa del metro para que no se perdiese. Soy un buen chico.

—Ya veo… ¿Y por eso te bebes mi copa también?

—Sí, porque me preocupo por ti, Hadrian…

Klaus enganchó la hebilla del pantalón de Hadrian con su dedo, mientras no dejaba de mirarle. A esas alturas, los dos lo tenían claro. Ya no era solo una intuición al verse, o un gesto cazado al vuelo en una conversación rodeados de gente. Habían bailado, estaban borrachos, y la forma que los dos tenían de actuar en el espacio personal de los demás decía demasiado. Jaroslav se había sentido incómodo por ese motivo, pero Klaus parecía realmente decidido a anular el de Hadrian. Y a él no le importaba en absoluto.

— ¿Qué tal si nos vamos a otro lado más de nuestro estilo?

Hadrian había asentido sin dudarlo. El sitio resultó ser un antro en una calle perpendicular a Gran Vía. Oscuro, sórdido y de ambiente gay, a los dos

les pareció perfecto para lo que habían ido a hacer.

Cuando Hadrian llegó a la puerta de su residencia, ya se estaba haciendo de día. Después de enseñar su identificación, subió a su habitación, se tiró en la cama y cayó dormido sin quitarse la ropa impregnada de alcohol, de humo y de sexo con Klaus.

**

¿Por qué tenían que hacer la limpieza general el viernes por la mañana? ¿Por qué las fiestas universitarias se celebraban siempre los jueves? ¿Por qué en vez de cabeza tenía una orquesta sinfónica destemplada? Sentado en el vestíbulo de su residencia, con el pelo aún mojado y esperando a que el servicio de limpieza terminase con su habitación, Hadrian intentaba dominar las náuseas de su estómago y decirse que no se sentía hecho un asco. Por suerte, la primera clase del viernes era por la tarde, ya que toda la mañana estaba dedicada a tutorías. Sus planes iniciales eran reunirse con Bastian para hablar sobre un proyecto del MUPAI en el que estaba muy interesado en participar, pero estaba claro que eso tendría que esperar hasta el lunes. Con una mirada de reojo en el espejo, Hadrian supo que ésa no era la impresión que quería darle a un artista tan comprometido y tan bueno como Sebastián Prieto. Y se prometió que excesos como aquél, si volvían a repetirse, lo harían solamente en fin de semana.

La noche era una sucesión de recuerdos y lagunas, con conversaciones incompletas y un baile de caras conocidas con ajenas. Recordaba haber hablado con varios compañeros de carrera, con algunos Erasmus, y, si no se equivocaba, también se había encontrado en algún momento con Eduardo. Olvidaba fragmentos de tiempo, como el viaje del Campus hasta aquel pub de Sol, o en qué instante se había marchado Jaroslav, dejándoles solos. Solos. A él y a Klaus. En un relámpago de paredes oscuras y gemidos masculinos, Hadrian recordó. *No, mierda, no…* Agarrándose las sienes palpitantes, Hadrian deseó que Klaus fuese un alumno español de la facultad más lejana a Bellas Artes de todo Madrid, al que no tuviese que encontrar cada miércoles, sí o sí.

Si hubiese podido adivinar qué sucedería, se habría relajado enseguida. Sabría que Klaus le trataría el miércoles siguiente con la misma naturalidad de siempre, como si nada hubiese sucedido. Y que al segundo miércoles desde la noche de Autos, se pasaría la reunión intentando taparse el cuello con la bufanda, pese a que en la sala no se aguantaría de calor por la calefacción. Sabría que los hábitos juerguistas de Klaus se desharían de su problema mucho antes de que lo hiciese Hadrian.

Una mano en su hombro le hizo levantar la vista. Antonio, el portero, le sonreía con esa comprensión suya de quien ha tratado con miles de estudiantes antes, y le ofrecía una aspirina y un café de la pequeña máquina eléctrica que

tenía en conserjería.

—Gracias.

—No hay de qué, jovencito. Aquí te dejo el correo. Y come algo, seguro que tienes el estómago como Madrid el tiempo.

Mientras sentía la cafeína recorrer su cuerpo, Hadrian echó un vistazo a las cartas. Una certificación de la facultad, el recibo mensual del alquiler, y los extractos bancarios de su cuenta, precedieron al sobre amarillo con matasellos de Berlín y letra de Jürgen. Dentro, una nueva cuartilla, ésa vez la versión a carboncillo de uno de los cuadros que más había impresionado a Hadrian en Berlín, Un cuartel fuera de París de Anton von Werner.

Sé que no es Velázquez, pero te pasaste cinco minutos sin poder apartar la mirada de él. Te querré siempre, J.

Hadrian era un receloso del dicho de que sólo un dolor más grande mitiga otro dolor. Pero en ese momento, su resaca se esfumó en el aire. Y él se sintió tan pequeño como probablemente había sonado su “te quiero todavía” frente a aquel gigante, sereno e inamovible “siempre” de Jürgen.

Capítulo 8

La muerte del ingenio

Su padre montaba coches. Ésa era toda la evidencia que había marcado la Navidad de Hadrian en Praga y que seguía presente en su mente al volver a Madrid en enero. Atrás quedaba ese San Nicolás que su familia había retrasado desde el cinco de diciembre hasta el día de su llegada, los famosos mercados navideños de la ciudad, la sabrosa carpa que su madre había cocinado en Nochebuena, el zapato lanzado por Lenka que había dado con la punta en la pared y predecía que ese año se iba a casar, o los fuegos artificiales de Nochevieja que había disfrutado con sus amigos desde el puente Carlos. Todo eso se borró mucho antes de la mente de Hadrian que la joyería Kuna cerrada y el cartel de “se traspasa” pegado al cristal de su puerta.

Jan trabajaba ahora para la fábrica Skoda en Mladá Boleslav, un pueblo a cincuenta y cinco kilómetros de Praga. Para Hadrian era una especie de injusticia poética que el dinero que había salido de la joyería para pagar las letras del coche de la familia, hubiese enriquecido a un tipo de empresa de las que ahora mandaban a la quiebra al pequeño y mediano comercio. Su padre se había perdido muchas cosas aquella navidad por los largos e intempestivos turnos que tenía que cubrir en la fábrica. Y había ganado ojeras, cansancio y

un ligero, pero constante mal humor. Cada vez que Hadrian veía un anuncio publicitario de los coches Skoda sentía ganas de vomitar. Aunque no estaba muy seguro de que ésa hubiese sido la causa de pasarse todo el día de Año Nuevo haciendo precisamente eso. Su madre lo había achacado rápidamente a un exceso de elocuencia despidiendo al dos mil dos, pero eso no explicaba por qué una semana después, ya en Madrid, seguía sucediendo. Afortunadamente, aquel virus estomacal que Hadrian se había auto-diagnosticado le dejó tranquilo cuando retomó su actividad en la universidad.

A los dos días de volver, una noticia estalló en la Facultad. Los carteles estaban por todas partes, las octavillas circulaban de mano en mano llenando la mente de los estudiantes con ideas que querían ya empezar a plasmar en sus trabajos. El Rectorado convocaba una semana de puertas abiertas para el arte, siete días en los que los alumnos de Bellas Artes podrían exponer sus obras a lo largo y ancho de todo el Campus, siempre y cuando se ciñeran a los temas acordados: integración, respeto a las minorías, la no violencia y un último punto comunicado en sotto voce a los interesados: la ausencia total de ideología política o religiosa. Las obras debían presentarse en el plazo de un mes, firmadas y con una sugerencia de emplazamiento real que los comisarios asignarían o no, dependiendo de su propio criterio. La mayoría de los alumnos sabía que no era más que una maniobra del Rector para acallar las duras críticas que la comunidad estudiantil había vertido sobre él en los últimos meses; pero también sabían que era una oportunidad única para dar a conocer su talento y sus nombres en los medios.

Hadrian empezó su cuadro al día siguiente de conocer las bases. El siguiente miércoles de reunión Erasmus, decidió aparecer un poco antes que el resto y preguntarle a Paula, una de las comisarias en la exposición, cuál creía que sería el mejor emplazamiento de cara a una mayor afluencia de cámaras. Iba a llamar a la puerta, cuando escuchó la voz de la chica, seguida al momento de otra voz masculina que también reconocía.

—¿No me llamas en semanas y ahora me vienes con esto? Pues no, lo siento.

—Vamos, Paula… Núñez es un capullo xenófobo, retrógrado y facha. ¿Cómo puedes negarte? Sabes que lo del arte es una pantomima. Saca balones fuera para que nadie hable de sus conferencias del OPUS disfrazadas de política.

—Y, ¿desde cuándo te interesa a ti la política? Y aún menos la reivindicación.

—¿Desde cuándo te interesa a ti lamerle el culo a un gilipollas así?

—Vete a la mierda, Eduardo. Los dos sabemos que haces esto sólo por

cabrear a tus padres, así que no me vengas hablando de ideales.

—¿Qué más da el fin? Lo que es justo es justo. Ayúdame.

—No. No pienso arruinar mi expediente por ti. Si algo sale mal, yo seré la culpable. No sólo soy comisaria para llevarme los méritos.

—Por eso te lo pido, tú puedes ayudarme.

—No puedo. Todas las obras serán catalogadas e irán firmadas; si algo se sale del guion, estoy perdida.

—Pues le diré a mi amigo que firme el grafiti, no hay problema.

—¡De eso nada! Que lo haga en Somosaguas si quiere.

—¡Imposible! Somos cuatro gatos. Núñez ni se molestará en buscar responsables. Eso si las televisiones se acercan a Pozuelo… Tiene que ser en Moncloa.

—Pues búscate a otra. Estás loco y no pienso ayudarte. Fin de la discusión.

—Pero Paulita…

Tras un momento lleno de pasos, roces y un pesado silencio, la voz de Paula volvió a surgir.

—¡He dicho que no, Eduardo! Sal de aquí.

Hadrian se alejó de la puerta justo a tiempo para no encontrarse de bruces con un Eduardo de rostro muy serio. Tan concentrado iba en su fracaso que apenas le vio al salir. Una leve inclinación de barbilla solventó su saludo antes de meterse por el hueco de las escaleras. Y Hadrian, sin saber muy bien por qué, hizo tiempo hasta que llegaron sus compañeros y no le preguntó nada a Paula sobre el mejor sitio a elegir.

Tres horas más tarde, mordía la punta del pincel frente a su cuadro, incapaz de dar una pincelada más. La reconstrucción cubista de la llamada “Corona de Espinas”, el edificio que albergaba la sede del Instituto del Patrimonio Artístico Español, no era una mala idea conceptual pero estaba vacía de mensaje. La discusión que había presenciado sin querer entre Eduardo y Paula le había llevado a pensar en su propia obra. Si bien en Praga había perfeccionado su técnica y su dominio de los materiales, en Berlín había explorado cómo comunicar, cómo transmitir algo con toda esa pericia. Más que en las clases o en las controvertidas exposiciones, Hadrian había interiorizado ese espíritu rebelde y trasgresor en las horas pasadas junto a Jürgen. Madrid había supuesto un nuevo letargo de silencio y corrección. ¿Cuánto tiempo hacía que no creaba algo como aquella Puerta de Brandemburgo hecha pedazos? Parecía que no sólo había dejado ese cuadro en el apartamento de Jürgen el último día que estuvieron juntos, sino también su

personalidad como pintor. ¿Qué le estaba pasando? Hadrian tapó el lienzo con la sábana, recogió su maletín de óleos y volvió a su habitación a intentar averiguarlo.

**

Eduardo cogió las llaves de su coche y cerró la puerta, dejando a su compañero de habitación roncando bajo un batiburrillo de sábanas. Si por él fuera, le hubiese acompañado en tan interesante tarea como mínimo hasta mediodía, pero eso era algo que se podía permitir todos los días menos los jueves. Los jueves tenía clase a primera hora con el reputado economista Santiago Gutiérrez, amigo íntimo de sus padres. Bajando las escaleras hacia el vestíbulo bostezó por enésima vez y restregó sus ojos, poco acostumbrados a la tenue y rojiza luz de las ocho de la mañana. Cuando salió del edificio y vio a Hadrian apoyado contra la verja de entrada, volvió a restregárselos.

—Acabo de descubrir un nuevo efecto secundario de madrugar… — dijo.

— ¿Y es?

—Alucinar.

Hadrian, que sí tenía un efecto secundario provocado por Eduardo, se abstuvo de resoplar.

—Quería hablar contigo, ¿cuándo te parece bien?

—Espera un momento, ¿ibas a esperar a que saliese toda la mañana?

—La verdad es que esperaba encontrarte antes. La gente sale a estas horas para las facultades.

—Eso si van a clase…

—Entonces tengo suerte de que tú sí vayas.

—Sólo los jueves, Hadrian, sólo los jueves…

— ¿Podremos hablar o no?

—Claro. Tengo clase ahora, pero a partir de las once soy libre.

—Yo tengo clase hasta la una.

— ¿Me paso a recogerte?

—Mejor no. ¿Nos vemos en el Jardín Botánico a la una y media?

— ¿El Jardín Botánico? ¿En serio? ¿No podías proponer algo más ñoño?

Hadrian intentó buscar en su memoria el significado de la última palabra sin encontrarlo. Aunque manejaba bien el español, de vez en cuando, todavía se le escapaba algún vocabulario.

—Lo tomaré por un sí. Nos vemos luego.

**

Aquella noche, mientras regresaba a su cuarto, Eduardo pensó que a veces madrugar podía suponer cosas interesantes. Aunque se había pasado las dos horas de clase de Gutiérrez barajando posibles opciones, ninguna le había llevado a pensar en lo que Hadrian le propuso más tarde. El checo quería armarla bien gorda y, de alguna forma, sabía que él planeaba algo en esa línea. *Yo me encargo de la obra, pero necesito un coche para traerla al Campus y alguien que me ayude a colocarla*. Sin duda, era valiente. No cualquier Erasmus se habría arriesgado a volver a su país antes de tiempo por una cosa como ésa. Pero el plan parecía brillante. La obra podía ir firmada y si Hadrian usaba bien la ambivalencia artística, incluso podría salvarse de la caza de brujas que causaría. Eduardo supo que iba en serio cuando le preguntó dónde planeaba colocarla. *En la puerta del Rectorado, por supuesto*, le había contestado. Y la determinación brillaba tan fuerte en sus ojos que Eduardo hubiese dado saltos de alegría.

A partir de entonces, la complicidad de dos pilluelos que planean una fechoría les mantuvo en un contacto casi permanente. Rara era la mañana en que Hadrian no tenía mensajes de Eduardo en el móvil preguntando por el cuadro. *Igual que ayer por la noche, gracias*. Y rara era la noche en la que un mensaje de Eduardo no se interesaba por el poco plazo que quedaba para terminarlo. *Te digo que estará a tiempo, deja de agobiarme*. Más de un día, un Ibiza azul se detuvo a las puertas de Bellas Artes a la hora del almuerzo. *Perfecto, tú lo que quieres es que quede claro de quién es el coche que traerá el cuadro de la discordia, ¿verdad?* Y, aunque todas las respuestas de Hadrian estaban cargadas de un hastío impenitente, lo que sentía por dentro estaba muy lejos de ser cansancio. Cada vez que llegaba a su habitación y destapaba el enorme óleo que parecía ocuparlo todo, sentía el cosquilleo de la inspiración en la punta de los dedos. Con manos temblorosas, cogía su paleta, extendía los cuatro manchones de blanco, azul, amarillo y rojo, y jugaba a mezclarlos con su pincel, fuera del mundo y dentro de la tela entretejida de su lienzo. Allí, donde el tiempo parecía dilatarse en medidas diferentes que le llevaban muchas noches a acostarse a las tres o cuatro de la madrugada. Cayendo rendido entre las sábanas, con el olor del disolvente sumiéndole en el sueño, el Hadrian revolucionario de Berlín sonreía exhausto y satisfecho.

Dos semanas después, Hadrian acabó el cuadro y, con un amasijo de nervios en su delicado estómago, invitó a Eduardo a verlo.

—Vaya, no está tan mal esto. Así que era verdad lo del portero…

Hadrian siguió subiendo las escaleras sin contestar. Todavía recordaba las burlas de Eduardo cuando le había dicho que las chapas de botella que siempre

se guardaba eran para Antonio, el portero de su residencia. El niño pijo se había carcajeado un buen rato, aconsejándole que admitiese sus propias rarezas, que para eso era un artista. Y no es que Hadrian no tuviera unas cuantas de propia cosecha, pero coleccionar chapas de botella no era una de ellas. Los últimos peldaños y el estrecho pasillo lleno de habitaciones aceleraron aún más su respiración, que resonaba tan fuerte como sus pasos.

—Es aquí — anunció.

En cuanto entró en la habitación, Eduardo se sintió un poco cohibido. Solía entrar a menudo en las habitaciones de sus compañeros del colegio mayor sin ningún pudor, y todas le parecían insípidas e iguales. Una cama, un escritorio con su flexo, algún póster o calendario en la pared y ropa tirada por todas partes. Sin embargo, la habitación de Hadrian tenía algo personal, único, que le hacía sentir que invadía algo privado e íntimo. Sin querer detenerse en nada en concreto, su mirada registró los dibujos que llenaban la pared, el tocadiscos y los vinilos sobre el escritorio, la enorme torre de libros en la mesilla y, por supuesto, el gran lienzo tapado que descansaba sobre la cama. El olor de la pintura invadía el aire.

—Un poco pequeña, ¿no? — bromeó.

—Suficiente para mí. Ponte enfrente, lo más lejos que puedas — antes de que Eduardo pudiese hacer un nuevo chascarrillo, Hadrian le interrumpió — Sí, ya sé que no es mucho, pero tú ponte.

Eduardo se apoyó contra la pared, al lado de la ventana, y en los segundos siguientes no perdió detalle de lo que pasaba. Siguió el movimiento de las manos de Hadrian agarrando uno de los laterales de la sábana, la intensa mirada que le dirigió antes de quitarla y el decidido tirón que desveló el lienzo.

Sobre un fondo rojizo al estilo propagandístico soviético se dibujaban imponentes unas gafas, un bigote y una corbata. A sus pies, se extendía un suelo cubierto de bombillas rotas que ellos mismos parecían haber hecho pedazos. Y en un subsuelo tétrico y oscuro, se alzaban lápidas y lápidas de un cementerio inmenso que se extendía en perspectiva hasta el fondo del cuadro. A lo largo de los cuatro bordes del cuadro, se asomaban nuevas y pequeñas bombillas, temerosas de salir, pero alumbrando tenuemente el horizonte. En la lápida de la esquina derecha, la única con nombre figuraba esculpida la firma: Kuna. Eduardo Ferrer, impactado, confuso y con la boca abierta, no supo muy bien qué decir. Fue Hadrian quien habló.

—No sé si se entiende muy bien… Como te dije, la ambigüedad era necesaria por si me quieren sancionar. Las gafas, el bigote y la corbata son los de Núñez, las bombillas rotas son las ideas de los alumnos, las enteras son las

nuevas que vendrán y…

— ¡Joder, Hadrian! ¡Eres un genio! ¡Un puto genio!

No era la crítica más elaborada que Hadrian había recibido, pero probablemente sí una de las más sinceras y emocionadas. El abrazo que vino después fue tan inesperado como impulsivo.

—Eduardo, ni que nunca hubieses visto un cuadro…

— ¿Uno tan bueno? ¡En mi vida!

**

El mejor cuadro que Eduardo había visto, subió una semana después en su coche, rumbo al Campus de Moncloa. Poco después, pasaba por encima del seto que rodeaba el edificio Séneca del Rectorado, justo por el lugar que fuentes confidenciales les habían asegurado era un punto ciego de las cámaras de videovigilancia. El cuadro quedó situado en el jardín justo frente a la entrada, sustituyendo a otro más pequeño y políticamente correcto con el que Hadrian se había asegurado ese lugar en la exposición, de manos de Paula. Con la adrenalina del trueque corriendo por sus venas, ninguno de los dos consiguió dormir bien aquella noche.

Por la mañana, el cuadro “La muerte del ingenio”, viajaba a velocidad de vértigo de boca en boca, y sacaba los colores a la cúpula universitaria afín al Rector. Una vez capturado por las cámaras de televisión y los flashes de los gráficos, Núñez no podía dar el paso de retirarlo. Durante siete días, fingió no tener nada que ver con aquellas gafas, aquel bigote y aquella corbata, alabando la calidad de todas las obras participantes y la libertad de expresión que reinaba en las jornadas. Durante siete días, los alumnos se acercaron al Rectorado y, delante del cuadro de aquel tal Kuna, se sintieron deliciosamente vengados. Nada más comenzar el octavo día, Hadrian fue notificado del Consejo Escolar al que tendría que asistir aquella misma tarde, algo que él había esperado y constituía la segunda parte de su trabajo.

A lo largo de la mesa de reuniones se encontraban sentados diversos cargos universitarios, entre los que Hadrian distinguió a alguno de sus profesores. En un extremo de la mesa, una silla vacía le esperaba; en el extremo opuesto, las gafas, el bigote y la corbata. Los cargos contra él eran un malintencionado uso del arte como arma política arrojada contra el señor Núñez, aprovechando una exposición ajena a esa temática, un engaño manifiesto a los comisarios de la exposición en la descripción de su obra prevista y un llamamiento a la violencia y al levantamiento estudiantil contra los órganos de control de la Complutense. Hechos todos ellos mucho más graves al tratarse de un estudiante extranjero, acogido por la universidad a la que su pintura difamaba. Hadrian los escuchó con una expresión rayana entre el asombro y la calma.

Finalmente le concedieron la palabra para escuchar una disculpa y un acto de contrición.

—Lamento si mi español no es muy bueno. Intentaré expresarme lo mejor que pueda. Empecé La muerte del ingenio cuando llegué a España, aunque pasé por diversas fases de bloqueo. Cuando llegó esta oportunidad de exponer en la calle, pensé que nunca llegaría a terminarla a tiempo y propuse otro cuadro en el que estaba trabajando. No tenía ni idea de que la inspiración me asaltaría en el último momento y podría mostrarlo.

— ¿Y por qué no dio cuenta a los comisarios del cambio de obra?

—Porque salía del taller cuando se llevaban mi otro cuadro y ya se lo ofrecí a los… los…

— ¿Operarios?

—Sí, gracias. Luego traté de avisar a Paula Morán, pero no pude contactar con ella. Tampoco sabía que mi obra iba a causar tanto revuelo, no podía adivinarlo.

—Por favor… ¿pretende decirnos que no ha sido conscientemente pintada para eso?

—Estoy muy asombrado de que se le haya dado esa lectura tan malintencionada a mi homenaje personal a Groucho Marx, señor.

Un leve carraspeo desde la parte más liberal del profesorado, escondió lo que podría haber sido una carcajada.

— Pero ¿qué está diciendo?

—Groucho Marx, señor. Las gafas, el bigote y la corbata le representan. La muerte del genio es su muerte, las ideas rotas sus ideas. Ya sé que el cine es el género menos representado en la exposición, quizá por eso no han captado el mensaje de mi cuadro.

El Rector era un hombre hecho desconcierto. Hadrian no tenía muy claro que su teoría hubiese convencido a nadie, pero expulsar o castigar a un alumno Erasmus por algo que podría perfectamente haber sido manipulado por los medios, o por el propio Comité de Estudiantes, era algo que no podía permitirse ni Núñez ni nadie en la Complutense. Si un simple cuadro había exaltado así los ánimos, nadie quería imaginar el revuelo que causaría una noticia como aquélla. Después de un gran discurso sobre lo peligroso que era lo tendencioso en momentos delicados, el Consejo decidió no tomar medidas y dejar el expediente del señor Malek libre de incidencias.

Eso fue justamente lo que Eduardo creyó adivinar cuando Hadrian abandonó el Rectorado. Le había estado esperando apoyado en su coche y

fumando cigarro tras cigarro durante lo que le habían parecido horas, y sólo habían sido treinta y tres insufribles minutos de congoja y nerviosismo. Él, que había vivido aquellos siete días viendo cada telediario, comprando cada periódico, leyendo cada suplemento cultural sobre las jornadas y martirizando a Hadrian con llamadas y mensajes, se había empezado a sentir tremendamente culpable al darse cuenta de las posibles consecuencias. Sin embargo, esa sonrisa confiada y feliz que Hadrian traía en su rostro cuando llegó a su lado insinuaba todo lo contrario y le hizo soltar el aire que había estado reteniendo.

— ¿Nada? — preguntó Eduardo.

—Nada. Ni una coma en el expediente.

Eduardo se guardó la carcajada que iba a soltar al ver a los miembros del Consejo saliendo del edificio.

—Eres increíble, Kuna… ¿Qué te parece si vamos a celebrarlo?

— ¿Ahora? Son las seis de la tarde.

— ¿Y qué? ¿Tienes otros planes? Venga, vamos al centro. ¿Has visto ya la Plaza Mayor?

—No, pero me han dicho que vale la pena verla. La arquitectura…

—No, no, no. Yo hablo de algo mucho más importante y genuino. Sube.

Eran los bocatas de calamares. La Plaza Mayor, como Hadrian había supuesto, resultaba arquitectónicamente fabulosa. Pero sentarse en uno de sus bancos a devorar la quintaesencia madrileña según Eduardo Ferrer tampoco era nada desdeñable. Con los dedos grasientos y migas de pan por toda la ropa, Hadrian escuchó el parloteo incesante del madrileño sobre sus visitas de pequeño a la plaza, y por primera vez desde que había llegado se sintió un poquito menos extranjero. Después, vinieron las cañas y, contagiado ya de la comodidad que se había instalado entre ambos, fue él el que habló de su Praga natal, de las ferias que recorría de niño, de su amigo español y de su querido abuelo. Bien entrada la noche, el recuerdo de la exposición coronó la velada de risas y brindis de victoria.

—Tenías que haber visto al Rector… Seguro que estaba deseando echarme a Praga mañana mismo.

—Porque no hay mar, que si no… te mandaba en chalupa.

— ¿En qué?

—Chalupa, checo inculto… un bote, pero no de judías.

—Muy gracioso…

—Hubiese pagado por ver la cara de Núñez cuando saltó la noticia.

—O cada vez que entraba al Rectorado y tenía que pasar por delante del cuadro rodeado de periodistas.

Eduardo volvió a reírse y dio un enorme sorbo a su cerveza.

—Dios, Hadrian, te juro que te besaría.

Lo había dicho casi sin pensar, como tantas otras veces antes. La diferencia es que en esa ocasión, su amigo no ponía cara de asco y le decía algo como "quita de ahí, maricón", o un "deja de beber, que te pones de un sarasa…". En esa ocasión, Hadrian le había mirado durante unos perturbadores segundos, antes de sacudir su cabeza y devolver su atención a su bebida.

—Oh, bueno… Quiero decir… qué coño, no me importa que tú... A ti te besaría igualmente, Kuna.

Eduardo usó la broma para protegerse de aquel momento. Hadrian optó por un rápido cambio de tema y por dejar de beber tanta cerveza. No quería volver a contemplar esa posibilidad medio ebrio. Aunque, un poco más tarde, ya de vuelta en la residencia, a solas y sin la excusa del alcohol nublándole el juicio, Hadrian tuvo que admitir que quizá, sólo quizá, también a él, igualmente.

Capítulo 9

La aparente belleza

Hadrian volvía a sufrir lo que, a todas luces, parecía ser un cólico de estómago. El sábado la culpa había recaído en los calamares que había tomado con Eduardo. Aun así no había variado sus planes de visitar el museo Reina Sofía. Todo lo que podía recordar de su visita era que el tiempo se le había hecho muy justo para salir del ascensor panorámico y no vomitar hasta llegar al cuarto de baño. El domingo, ni su férrea voluntad mantuvo en pie el paseo por el Retiro que había planeado. Y el lunes, ya no consiguió mantenerle en pie a sí mismo.

Antonio había sido muy amable. Al no verle bajar como cada mañana, le había llamado a la habitación y, una vez enterado de las circunstancias, le había subido una tetera llena de manzanilla y unas cuantas aspirinas. Con un "esta juventud… ¿desde cuándo se sale también los domingos?" el portero parecía haber resuelto su particular diagnóstico. Hadrian quería creérselo. Encogido en su cama, bajo todas las mantas que tenía, se automedicó con las aspirinas tragadas a sorbos de manzanilla fría y se resignó a una semi-inconsciencia que no acabó de llevarse las náuseas. Su móvil, desde el lejano

escritorio, se apagó con un último pitido de protesta, después de sonar con insistencia durante todo el día. Hadrian no hizo ni el intento de ir a buscarlo. A duras penas había llegado a tirar de la esquina de la papelera para poder vomitar.

Su estómago le concedió una pequeña tregua a primera hora del martes. Hadrian, aliviado, se durmió de puro agotamiento. Hasta que unas suaves sacudidas le despertaron de nuevo.

—Ey… Hadrian…

— ¿E… Edu…?

—El mismo.

— ¿Qué… haces aquí? La llave… ¿cómo?

—El portero me ha abierto. Ha dicho algo de una resaca, pero a mí me parece que ya te dura demasiado, ¿no?

—Es el estómago… me estuvo matando hasta ahora.

—Vale, voy a ayudarte a salir de la cama y te llevo al hospital. Tengo abajo el coche.

—No, no quiero ir al hospital. Se me está pasando ya.

—Qué tenemos hoy, ¿cuatro años? Voy a llevarte.

—No —sabía que se estaba comportando como un chiquillo, pero Hadrian no pudo evitar aferrarse a las mantas.

—Deja de portarte como un crío, Kuna. Tenemos que coger los papeles del Erasmus. Tienes seguro médico, ¿verdad? ¿Están en tu cartera?

Sin esperar una respuesta, Eduardo rebuscó en el amasijo de papeles que Hadrian amontonaba en los bolsillos de su mochila, hasta dar con el que acreditaba su cobertura sanitaria. Cuando se volvió hacia la cama, Hadrian era un bulto ovillado bajo las mantas.

—No puedo creer que seas tan miedica, Kuna. ¡Arriba!

Después de varios chistes sobre las nenitas checas y un poco de fuerza bruta, Eduardo consiguió arrancar el coche, con Hadrian encogido en el asiento de copiloto.

— ¿Tienes frío?

—No.

—Abróchate el abrigo. En la guantera seguro que hay alguna bolsa, por si te entran ganas de arruinarme la tapicería.

—Vale.

Eduardo aceleró todo lo que le permitía el colapsado tráfico de Madrid, convencido de que Hadrian se debía estar sintiendo fatal. Se había recostado contra la ventanilla y tenía los ojos cerrados. Veinte minutos después llegaban al ala de urgencias del hospital La Paz. Tras cubrir dos formularios, les pasaron a una sala de espera llena de enfermos de diversa gravedad. Ambos se sentaron y Eduardo pasó el brazo por los hombros de Hadrian para hacerle sentir un poco más cómodo. Ya empezaba a acalambrarse cuando un enfermero llamó al siguiente paciente, el primero de los doce que ellos aún tenían por delante.

— Los españoles somos rápidos, ¿eh?

Ante su susurro, Hadrian esbozó lo que parecía una pequeña sonrisa y abrió los ojos.

—Ya te dije que no me gustaban los hospitales.

—Menuda cosa, ¿y a quién le gustan? Pero cuando estás mal, es donde te curan.

—No siempre…

—Según tu portero, tenías resaca y debías tomar aspirinas con manzanilla. Así que, mejor estamos donde estamos. Paciencia. A lo mejor llegamos a tiempo de licenciarnos.

Un estruendo de voces y carreras invadió de repente el silencio. Tres camillas pasaron una a una, transportando los gritos de dolor de los heridos y los llantos de los familiares que las seguían. Los primeros fueron directamente a quirófano; los segundos, se dejaron caer destrozados en los asientos libres de la sala de espera. Hadrian los miraba con tanta atención que a Eduardo empezó a darle vergüenza. Se detuvo en la mujer que aún traía parte de los rulos en su pelo y que no podía dejar de llorar. En la pareja de mediana edad que apenas se movía. Y siguió con la mirada a los otros dos, mientras eran llevados a otra sala más privada. El bebé en brazos de la enfermera, la mujer sedada en una camilla... Eduardo iba a pedirle que disimulase un poco, cuando le sintió volver al hueco de su brazo, después de un profundo suspiro y un escalofrío que había sentido en su propio cuerpo.

—Por esto odio los hospitales. Demasiado dolor. Demasiado sufrimiento.

Y Eduardo decidió que, habida cuenta de su buena salud, ya era hora de darle algún gasto a la sanidad privada de sus padres.

**

Víctor Merino seguía siendo pediatra y, aunque las visitas de Eduardo

habían sido casi siempre rutinarias, no le costó reconocerle cuando lo vio entrar esa mañana a su consulta. Aquel hombre entrado en kilos era el doctor que le había dado piruletas cuando era niño y el que le había sacado de algún apuro en la adolescencia sin que su padre se enterara. Pero además, Merino era amigo íntimo del responsable de medicina general en la clínica. Gracias a ello, Hadrian fue atendido a los diez minutos de haber llegado sin esperas ni preguntas excesivas. Y aunque al principio se había negado a beneficiarse de lo que no era suyo, cuando salió de la clínica privada con un diagnóstico oficial de virus estomacal y las medicinas en la mano, sólo pudo sentir alivio por haber aceptado el gesto.

Eduardo le llevó de vuelta a la residencia, le ayudó a acostarse en la cama y, mientras Hadrian hacía recuento de las llamadas perdidas y mensajes de texto recibidos en su móvil, preparó el suero bebible con el que tendría que alimentarse durante unos días, dejándolo en la mesilla junto a las pastillas, el termómetro y un vaso de agua.

— ¿Sabes que serías un buen enfermero? — le dijo Hadrian.

—He cuidado a muchos borrachos.

— ¿Paula? Sí, soy yo, Hadrian… Me llamaste ayer, ¿verdad? No, estoy bien… He tenido una vuelta de estómago, pero mañana estaré en la… —el teléfono voló de un tirón a manos de Eduardo.

—Paulita, mañana Kuna no estará en la reunión. Tiene prescritos dos días de descanso. Adiós.

Con un *¿Edu? ¿Qué haces tú con Hadrian? ¡Eduardo!* de fondo, el madrileño cerró la tapa y le guiñó un ojo a Hadrian.

—Arreglado.

— Pero, ¿qué haces? Mira, Eduardo, de verdad que te agradezco todo lo que has hecho, pero ya me siento mejor y no pienso quedarme en esta habitación.

—Sólo mañana.

—No puedo.

—Claro que puedes. Y pienso venir a primera hora para comprobarlo.

—Como si tú madrugaras…

—Pues lo haré mañana.

—Seguro que lo harías sólo por fastidiarme.

—Ni lo dudes.

Hadrian cerró los ojos y se recostó en los cojines que Eduardo había colocado contra el cabecero.

—Por cierto, ¿qué hacías aquí esta mañana? — le preguntó.

— ¡Mierda! ¡El concierto! —Como si hubiese recordado algo muy importante, Eduardo comenzó a rebuscar en sus bolsillos y en la pequeña cartera que guardaba en el forro de su abrigo. Pareció sentirse aliviado al no haber perdido las dos entradas que le tendió a Hadrian— ¡Hoy tocan los Sôber en la Riviera!

Hadrian examinó las entradas con más interés del que le despertaban.

—Parece estar bien…

— ¿Bien? ¡Son los mejores! Mis amigos y yo llevábamos esperando meses para verlos. Pero Juanma no puede venir al final y pensé en invitarte en su lugar. Fui a buscarte a la facultad para decírtelo, pero tus compañeros me dijeron que no habías ido a clase. Y entonces vine aquí.

Eduardo sacó el móvil y marcó el número de uno de sus amigos; al rato hablaba de hora, lugar y línea de metro más rápida hasta la Riviera. Hadrian le miró de reojo mientras sostenía las entradas, maldiciendo a aquel estómago suyo tan propenso a estropear los momentos más interesantes. De repente, sin saber muy bien quiénes eran aquellos Sôber, tenía muchas ganas de ir a ese concierto.

—Listo. ¿Te importa que me quede aquí hasta las ocho? No tengo planes y no voy a coger el coche. Está bien aparcado.

—No, no me importa.

Hablaron un poco. De aquel grupo, de la universidad, de Madrid y de Praga. Los intentos de Hadrian por mantener los ojos abiertos a lo largo de la conversación, llevaron a Eduardo a cortarla para que descansase un poco. Nada más tocar con su cabeza la almohada, Hadrian se quedó dormido. Fue una melodía un tanto estridente la que despertó un poco más tarde. La habitación estaba ya a oscuras. El móvil de Eduardo resonaba desde su abrigo a los pies de la cama, y él no lo oía porque estaba profundamente dormido. Hadrian esperó a que dejase de sonar y luego miró la hora. Aún quedaba un buen rato para el concierto y no quería despertar a Eduardo todavía. Había algo reconfortante en dormir acompañado por una vez en aquel cuarto, aunque fuese de aquella forma inesperada. Volviéndose a recostar, se permitió observarle con detenimiento.

No era que Eduardo fuese guapo. Guapo era su compañero de Técnicas Planográficas, con aquellos ojazos negros, su mandíbula perfecta y su dentadura de anuncio de dentífrico. Guapo era su amigo Pavel, que no seducía

cada día a una chica distinta sólo porque estaba absolutamente enamorado de Karina. Guapo era Jürgen, con esa mirada que pasaba del azul al verde en dos segundos, sus manos fuertes y ese aire bohemio y desenfadado que derretía la más férrea negativa. No, definitivamente Eduardo no era guapo, sino algo mucho peor aún. Eduardo lo parecía. Y a Hadrian se le antojaba ésta una cualidad aún más exquisita, por ser atemporal e intrínseca.

Su móvil volvió a sonar de nuevo y esta vez logró despertarle. Eduardo dio un respingo en la silla sometida a un precario equilibrio y casi acabó en el suelo.

— ¡Qué! ¿Qué? ¿Qué pasa?

—Bienvenido al mundo. Te llaman.

— ¡Madre mía! ¡Son las ocho! ¡No voy a llegar! ¡Y tengo yo las entradas!

A saltos por la habitación, Eduardo cogió su abrigo y revisó que llevaba las entradas consigo.

—Me van a matar si nos toca muy atrás… Es que me matan, Hadrian.

Hadrian, que había observado todo su baile nervioso, esbozó una sonrisa cuando pese a todas las prisas, Eduardo se acercó a ponerle una mano en la frente.

—No tienes fiebre, ¿te encuentras mejor?

—Sí, gracias.

— ¿Necesitas algo?

—Sí, ¿puedes acercarme mi cuaderno?

Eduardo dejó el cuaderno y el estuche de los lápices al lado de Hadrian.

—Descansa, volveré por la mañana.

—No seas mentiroso.

— ¿Qué apostamos?

**

Si Hadrian hubiese apostado uno sólo de sus pinceles, lo habría perdido. Una serie de golpes en la puerta le despertó cuando aún no había amanecido. Al principio pensó que se trataba de un compañero de residencia que se había confundido de habitación. Al sentir que quien fuese estaba intentando manipular la cerradura, se levantó y abrió él mismo para echarle. Lo que se encontró fue a Eduardo intentando meter la hebilla de su cinturón en la ranura.

—No te levantes, hombre… ¡Estaba a punto de abrirla yo! Kuna, no me

mires así… ¡te dije que vendría!

— ¿Quieres dejar de gritar? — Hadrian tiró de Eduardo hacia el interior de la habitación y cerró la puerta — ¿Cómo te han dejado entrar?

—Entré con mi ganzúa especial…

Hadrian miró el cinturón de Eduardo y trató de no pensar que él había estado dibujándolo aquella misma noche durante dos horas, antes de caer dormido.

—Estás borracho.

—No. Bueno… sí, un poquito. ¿Estás mejor? He venido a vigilarte para que no te vayas a clase… Le he dicho a mis amigos que me lo recordaran por si se me pasaba venir… Pero… Me he acordado yo solito…

El problema de Eduardo no era que fuese guapo. El problema de Eduardo era que lo parecía. Y eso no había cambiado después de una noche de juerga, borracho y despeinado. De repente a Hadrian no le llegaba observar esa aparente belleza, sentía que tenía que probarla.

—Pero mira qué tenemos aquí… ¡si soy yo!

Por desgracia, Hadrian se había olvidado de esconder el dibujo de su inspirador modelo.

—Eduardo, devuélveme eso. No eres tú.

Era una negación bastante idiota, y no hacía falta que Eduardo le mirase con esa expresión llena de sorna. Estaba claro que ése era su escritorio y ésa su silla, y el que estaba durmiendo entre los dos no era otro que Eduardo, en una postura un tanto complicada.

—Me has dibujado mientras dormía…

—En realidad, te he dibujado cuando te has ido. Tú me dejaste el cuaderno, ¿recuerdas?

Eduardo hizo un aspaviento con la mano, como quitándole importancia a semejante minucia.

—Me gusta.

—Gracias.

—Y yo te gusto.

— ¿Qué?

—Que te gusto —dejando el cuaderno sobre la cama, Eduardo caminó hacia Hadrian, un tanto desequilibrado y ayudándose de los muebles para

mantener la vertical con el suelo— Hadrian Kuna… te gusto…

Hadrian trató de reprimir el agradable cosquilleo que le recorrió al oír la sinuosa voz de Eduardo, aletargada por el alcohol.

—Eso es muy presuntuoso. He dibujado a muchísimas personas, ¿crees que tienen que gustarme todas?

—Sí. De un modo u otro, si las has elegido, te gustan.

—Bueno… ya sabes cómo somos los artistas, nos fijamos en todos los detalles… y, bueno…

—Te gusto.

— ¿Quieres dejarlo ya? — en contra de sus palabras, Eduardo siguió caminando hasta arrinconarlo contra el armario —Estás borracho.

—Te encanto.

—O loco…

—Me adoras.

—Definitivamente, tienes un problema.

—Me gusta gustarte, Hadrian Kuna.

Hadrian se aferró al último resquicio de cordura, allí donde la llave del armario empezaba a doler contra sus costillas.

—Es Malek.

—Malek… No importa, me gusta.

En ese momento, la llave comenzó a doler demasiado. Cediendo a un impulso repentino, Hadrian la abandonó con un paso adelante y una conquista en toda regla de los labios de Eduardo, ésos que se le habían resistido tanto en el dibujo; llenos, pero no demasiado, levemente fruncidos como en el mohín de un niño pequeño. Al principio, pudo notar el desconcierto en la tensión del cuerpo que abrazaba; sin embargo, unos segundos después sus bocas se movían a la vez, como una sola marea que terminó rompiendo en la orilla de la llave del armario para Hadrian y de la retirada asustada para Eduardo.

El sonido del portazo retumbó en la habitación durante un buen rato.

Capítulo 10

La magia del vinilo

Era azul y el rápido avance de la tecnología le había pasado factura hacía ya un par de años. Pero poco importaba que su pantalla fuese pequeña, que su teclado se hubiese borrado en algunas partes y que, si se le hacía escribir muy rápido, se quedase irremediablemente colgado. Lo importante era que a su dueño seguía gustándole y que, apoyado en la mesa de la biblioteca, era el móvil más observado de toda la historia.

El viernes, Hadrian decidió que ya tenía suficientes llamadas y mensajes almacenados sin respuesta y se encaminó hacia el colegio mayor de Eduardo. Sin ninguna intención de esperar por él en la puerta otra vez, se adentró en el edificio y preguntó al conserje si podía avisar de su visita a uno de sus estudiantes. El hombre lo hizo y obtuvo una respuesta no muy diferente a la que Hadrian esperaba. *Lo siento, pero el señor Ferrer no desea verle*. Al menos, sabía que estaba en su habitación. Y por la extensión que había marcado el conserje, en la trescientos doce. No resultó muy difícil preguntar por el cuarto de baño y escabullirse hacia una de las escaleras laterales camino a los dormitorios. Por suerte, ése era uno de los colegios que había visitado en su primer viaje a Madrid, para realizar su examen de acceso y poder elegir alojamiento. Aun así, lleno de alumnos sin uniformes ni disciplina aparente, le seguía pareciendo encorsetado, superficial y clasista como aquel día de verano. Cuando tocó a la puerta de la habitación trescientos doce, todo lo que deseaba era meterse ahí dentro y salir del edificio por cualquier escalera de incendios.

— ¿Hola?

Hadrian se había preparado para todo tipo de Eduardos. Por eso el chico que le abrió la puerta secándose el pelo con una toalla le rompió por completo los esquemas.

—Hola…

— ¿Vienes a ver a Eduardo? Porque yo no te conozco.

—Sí, en realidad…

—Pues pasa. Se acaba de meter en la ducha, pero no tardará mucho.

—Puedo esperar aquí, no hay problema.

—No seas tonto, pasa. Me llamo Sergio.

—Yo Hadrian, encantado.

El agua de la ducha se detuvo en ese mismo momento y la mampara se abrió con un sonoro golpe. Sergio chasqueó la lengua mientras se enfundaba sus deportivas negras.

—Mal despertar, amigo. Me piro a clase.

Sergio salió de la habitación, dejando un rastro de colonia de marca en el ambiente. Hadrian se encontró de repente solo y buscando un rincón donde no se sintiese un intruso molesto. Fue inútil; cuando Eduardo salió del baño y le taladró con una mirada claramente hostil, Hadrian deseó hacerse invisible. Con gestos bruscos, Eduardo eligió ropa en su armario y volvió a meterse en el cuarto de baño, de donde no salió hasta estar vestido y listo para marcharse. Cogiendo las llaves del coche y una carpeta, se dirigió hacia la puerta sin volver a mirarle, ni tan siquiera cuando Hadrian pronunció su nombre, dejándole atrás con un seco *cierra la puerta cuando te marches*.

—Eduardo…

Los pasillos llenos de gente saliendo de las habitaciones no ayudaban. Tampoco lo hacía el paso firme y rápido de Eduardo ni su insistente indiferencia, pero Hadrian se encontró siguiéndole por un colegio que detestaba, dispuesto a no salir de allí sin, al menos, tener la oportunidad de disculparse.

— ¡Edu! ¡Vamos, hombre, déjame hablar contigo!

Todavía débil después de esos días de fiebre y alimentación a base de suero, Hadrian sintió un sudor frío humedeciendo su cuerpo. Como siguiese así, tendría que parar y entonces sabía que todo dejaría de tener sentido. Que se sentiría idiota por estar persiguiendo a alguien que ni siquiera quería verle, que desistiría y que su amistad tendría un punto y final. Así que, en un último esfuerzo, forzó la marcha y tomó aire para gritar.

—¡Vamos Eduardo! Esto es una niñería. Sé que no eres gay, ¿vale? ¡Y lo siento!

Eduardo se detuvo de repente y se giró hacia él con el mismo ímpetu con el que antes se alejaba. Agarró su abrigo y le empujó al interior de un cuarto lateral, que resultó ser una vacía sala de reuniones.

—No vuelvas a decir eso aquí, ¿me oyes? — masculló, soltando su agarre.

— ¿El qué? ¿Que lo siento?

— ¡No soy gay!

—Pero si he dicho justamente eso...

—No lo soy, ¿me oyes? La otra noche estaba borracho. Casi no me tenía en pie, por Dios.

La conciencia de Hadrian, que había dormitado en la excitación y el deseo hasta entonces, se desperezó con un bostezo y empezó a martirizarle de nuevo.

—Lo sé, y lo siento. Me dejé llevar. No quería ofenderte. Te juro que no volverá a pasar.

—Por supuesto que no volverá a pasar. Y si vuelves a entrar en mi colegio gritando cosas sobre mi sexualidad, no me andaré con chiquitas contigo.

Hadrian frunció el ceño levemente, buscando en su cerebro una conexión lingüística.

— ¿Eso quiere decir algo así como que me pegarás?

Las defensas de Eduardo parecieron ablandarse un poco.

—Pegar es poco. Estás avisado, Kuna.

—No volverá a pasar, Eduardo. De verdad que lo siento mucho. Fue una estupidez.

Eduardo le miró durante unos instantes. Hadrian supuso que estaba calculando los pros y los contras de aceptar. Imaginó el debate interno al que Eduardo estaba asistiendo, y decidió que era mejor no dejarle pensar.

— ¿Recuerdas que hoy estrenan Réquiem por un sueño? Dijiste que vendrías y ya tengo las entradas.

— ¿La estrenaban hoy?

—Sí.

Fueron dos segundos de duda que Eduardo resolvió como resolvía la mayor parte de las cosas. Enseguida.

—Pero me invitas a un bote grande de palomitas — dijo, amagando una sonrisa.

—Hecho.

**

A Réquiem por un sueño, caótica e impactante, le siguieron cuatro o cinco películas más cada tarde de los jueves. Eduardo tenía que admitir que el gusto de Hadrian para el séptimo arte era un tanto particular, con cierta preferencia por el cine de clase B e independiente, pero estaba seguro de que con ninguno de sus otros amigos podría haber descubierto las bondades de directores indios, bielorrusos y camboyanos. Además, si la película era un aburrimiento siempre podía divertirse viendo cómo Hadrian fruncía el ceño ante un diálogo o unos subtítulos en español demasiado rápidos. Sólo fruncir el ceño, porque para el checo la sala de cine era una especie de santuario en el que estaba prohibido hablar. Era Eduardo el que le repetía el fragmento o le aclaraba el significado de la palabra, susurrándole al oído aunque fuesen las únicas personas en la sala. Había algo adictivo en la sonrisa de Hadrian cuando comprendía, o en cómo las puntas de su pelo rozaban su nariz, o en cómo la piel de su cuello emanaba siempre un aroma dulce y personal que tenía la

cualidad justa de atraer sin empalagar.

Consciente de ello, Eduardo entraba en pánico por momentos, y no se apartaba como una liebre escapando del zorro simplemente para que Hadrian no se diese cuenta. Ya había actuado como un niñato asustado después de aquel inesperado beso. Recordaba haber silenciado su móvil durante tres días y sus remordimientos al borrar el registro cada noche. Haber dicho sí a una chica que llevaba meses coqueteándole con más desvergüenza que soltura, y lo poco que había disfrutado de ese encuentro. El enfado del que se había auto-convencido para no pensar en que aún podía sentir el tacto de los labios de Hadrian sobre los suyos. Y, sobre todo, el profundo alivio al ver que no había perdido aquella amistad; que los cines, y el arte, y las cañas en la Plaza Mayor podrían seguir sucediéndose si sólo olvidaba aquel inesperado “accidente” etílico. El problema de todo eso era que, debajo del miedo a conocer una parte de sí mismo que jamás hubiese imaginado poseer, Eduardo sentía el deseo pulsante de accidentarse otra vez.

A Hadrian no le había pedido perdón, aunque no le faltaban ganas. Sabía que su conducta había sido hiriente y que lo que había sucedido no tenía tanta trascendencia. Hadrian había actuado con la misma naturalidad con la que paraba a alguien por la calle para preguntarle dónde había comprado alguna prenda de ropa, para observar más de cerca un detalle de su rostro o unas manos llenas de anillos que le habían sorprendido. Podía parecer indiscreto y cotilla, y alguna gente se apartaba de él mirándole como si hubiese escapado del manicomio más próximo, pero Eduardo sabía que simplemente observaba el mundo con ojos de artista. El hecho de que le hubiese besado sólo era una forma redonda de acabar su retrato, de saborear su propia obra.

—Edu… ¡Edu, tío!

Un zarandeo persistente hizo que Eduardo abriese los ojos, se quitase los auriculares de su discman, y saliese de su tranquila tarde de relax tirado en la cama.

— ¿Qué? ¿Qué, Sergio?

—Es la tía ésa. Está abajo.

— ¿Verónica?

— ¿No era Vanesa?

—Bueno… eso.

—Pues tu querida Vanesa quiere verte. El conserje ha llamado.

—Pues que le diga que no estoy.

— ¿Crees que soy tu telefonista, Edu? Si quieres decir algo, se lo dices tú.

Yo me piro al gimnasio.

—Joder, Sergio…

—No. Tú jodiste, Edu. Pues tú te deshaces de ella.

El móvil de Eduardo anunció la llegada de un mensaje.

—Ahí la tienes, campeón. Buena suerte.

Eduardo abrió con resignación el envío en su pantalla. *Tengo la tarde libre. ¿Te apetece venir a escuchar los vinilos? Sé que te mueres de curiosidad por ver si de verdad funciona el tocadiscos. H.* Sonriendo, Eduardo calculó los daños que le produciría saltar por la ventana de un segundo piso. *Te apuesto lo que quieras a que no funciona, Kuna. Te veo en media hora.*

**

Funcionaba. Eduardo llevaba dos horas escuchando piezas de un montón de compositores que no había oído nombrar en su vida. Smetana, Dvorák, Fibich, Matrinu, Hába… los nombres iban saliendo con fluidez de labios de Hadrian cada vez que ponía un nuevo vinilo, y Eduardo miraba a hurtadillas la carátula para poder digerir el nombre de turno al verlo escrito. No era un entusiasta de la música clásica, pero había cierto encanto en ver girar el disco bajo el yugo de la aguja, en el sonido clásico y particular del tocadiscos que llenaba las pequeñas pausas entre las pistas, o en la forma en que el brazo se retiraba de forma automática en el último surco. Y, sobre todo, le gustaba el entusiasmo que Hadrian desbordaba al mostrárselo. No sólo compartía con él escuchar la música, sino las miles de historias que había detrás de cada canción, de cada sonido o cada título, que había aprendido de su abuela Nora.

Así, después de dos horas, Eduardo sabía que Ignác Kuna le había pedido matrimonio a su futura esposa a ritmo de un adagio de Jezek, que había resistido la ocupación nazi con mucho brandy y mucho Dvorak, y que se había mantenido al pie del micrófono durante el comunismo gracias al relax que le propiciaba media hora en compañía del jazz de Karel Velebny, único género musical que la Unión Soviética toleraba por aquel entonces. Y de mucho brandy también, probablemente.

En medio de los discos, una nota disonante vino dada por el joven de la pandilla. Un vinilo de posguerra, más colorido y de estilo completamente diferente, que resultó ser de música country. Pegado a él, uno aún más jovencito de un cantautor llamado Jaromir Nohavica. Sus letras revolucionarias hicieron reír a Hadrian mientras se las traducía.

—En la época comunista, Checoslovaquia creía que Estados Unidos era la única esperanza de libertad y modernidad frente a Rusia. Al parecer, se escuchaba mucha música country en Praga.

— ¿Y bebíais Coca-Cola?

—Me temo que la cerveza checa es demasiado buena como para reemplazarla.

Eduardo rio y sacó el paquete de tabaco. La tarde estaba siendo realmente agradable.

—No se puede fumar, Edu.

—Abro la ventana y fumo aquí, ¿vale?

Hadrian suspiró y se encogió de hombros.

—Vale.

Mientras Eduardo aspiraba de su cigarro y expulsaba el humo hacia un Madrid que empezaba a ver caer la noche, pensó que se sentía como el difunto Ignác, con sus discos de vinilo y su copa de brandy, en pleno relax tras un duro día de trabajo. Aquél era uno de esos momentos de absoluta comodidad con el encanto de lo íntimo y de no necesitar grandes alardes. Eduardo sólo podía sonreír al ver a Hadrian sentado en el suelo, desnudando cada vinilo para hacerlo sonar de esa forma mágica o volviendo a vestirlos, primero con su funda de plástico, después con su carátula de cartón gastada en las esquinas y, muchas veces, con el dibujo descolorido. La forma en que sus dedos acariciaban cada superficie, con cariño y devoción, era casi hipnótica.

Pero todo, absolutamente todo cambió cuando Hadrian tomó en sus manos un vinilo tamaño single, el único forrado con plástico para protegerle. La adoración, el respeto y la tremenda emoción con las que Hadrian lo desenvolvió y lo colocó sobre el plato, hicieron a Edu tirar el resto de su cigarro y volver a su lado. En cuanto llegó, Hadrian le pasó la carátula vacía que rezaba Martha Kubisová, “Modlitba pro Martu”, y la canción comenzó a sonar. Tras un minuto de temor a interrumpir algo casi sagrado, Eduardo no pudo resistirse más.

— ¿Qué dice?

Hadrian, con la mirada fija en el vinilo y la mente muy lejos de aquella habitación, comenzó a traducir.

—Dejad que la paz se quede en nuestro país, la ira, la envidia, el resentimiento, el miedo y las luchas, dejadlas pasar e irse. El cielo se despeja lentamente, y cada uno de nosotros descubriremos lo que ha dejado para nosotros. Dejad que mi oración hable a vuestros corazones, a quienes no ha doblegado el tiempo de la ira, al igual que a las flores no las ha doblegado la helada.

— ¿Es un himno?

—Se convirtió en uno. ¿Recuerdas que buscaste en Internet sobre mi abuelo sólo para molestarme?

—Ey… — protestó Eduardo —fue para ganarme tu amistad.

— ¿Recuerdas que en el fin de la Primavera de Praga mi abuelo mantuvo en pie la radio hasta que los soldados lo sacaron por la fuerza?

—Sí.

—Ésta fue la canción que mandó pinchar a mi padre cada cinco minutos y que se convirtió en el himno del país contra la invasión soviética. Éste es el vinilo original de la radio. Se lo regalaron cuando pudo volver. ¿Ves? Está firmado por los compañeros que sobrevivieron.

Eduardo dio la vuelta a la carátula y vio una serie de firmas, todavía intactas gracias a la protección del plástico.

— ¿Le conociste? — preguntó.

—No, murió el mismo día en que nací yo.

—Vaya, lo siento.

Hadrian volvió a encogerse de hombros y devolvió la aguja al principio de la canción, que comenzó a sonar de nuevo.

—Hubo más héroes. Jan Palach, por ejemplo. Tenía veintiún años cuando se prendió fuego en la Plaza de Wenceslao, como protesta contra la invasión. Y luego llegó Václav Havel y…

Eduardo interrumpió sus palabras apretando su mano.

—Pero ninguno era tu abuelo.

Hadrian miró a Eduardo, como si acabase de salir de aquel tormentoso sesenta y ocho. Con lágrimas en los ojos, respondió al apretón de la mano del madrileño.

—No.

En ese mismo momento, Marta Kubisova terminó su oración. El brazo del tocadiscos se deslizó por el surco final del vinilo, se elevó unos centímetros y volvió a encajarse en el lateral del plato. En un gesto parecido el brazo de Eduardo se elevó hacia Hadrian hasta acariciar su mejilla y, como si se hubiese mimetizado por completo con aquel tocadiscos, a medida que el plato reducía revoluciones hasta pararse, Eduardo redujo la distancia con Hadrian hasta encontrarse a escasos centímetros de sus labios.

—Edu, dijiste…

—Sé lo que dije.

Modlitba pro Martu era un single sin cara B. Pero el disco de Eduardo y Hadrian había dado la vuelta para seguir sonando y, en medio de un beso lento, comenzó a adquirir, con esa magia propia del vinilo, toda la consistencia de un LP.

Capítulo 11

De hombres y dioses

Hadrian rara vez necesitaba el despertador. Aunque en un afán previsor lo programase cada noche, todas las mañanas, quince minutos antes de la hora, su cuerpo decidía que ya era hora de levantarse. Amaba ese cuarto de hora de ventaja. Desperezarse sin prisa, tomar conciencia del día de la semana en el que estaba y las tareas que le esperaban, recordar, si podía, los sueños que había tenido, y sentir poco a poco cómo el mundo a su alrededor también estiraba sus brazos y bostezaba. El sonido de una ducha en el piso de arriba, los pasos por las escaleras de los estudiantes, una alarma de despertador de otra de las habitaciones, una puerta del garaje abriéndose en la calle, el metálico ronroneo de las persianas de los negocios más madrugadores… Aunque, en el último mes y medio, esos quince minutos se habían convertido en veinte. Mil doscientos segundos centrados en su totalidad, con lánguido placer, en su relación con Eduardo. Cuando la alarma del despertador daba un aviso inservible, Hadrian ya estaba listo para saltar de la cama y empezar el día.

Lola Aguilar, con sus formas rollizas, su firme carácter y su alma bonachona, le recibió como cada mañana con su *hay que ver qué delgado os hacen por las europas, hijo mío*, un vaso gigante de cacao y un par de porras recién hechas. Hadrian, obediente, se sentó en la mesa de siempre y tomó su desayuno sin dejar ni una miga, bajo la satisfecha mirada de la camarera. Había recorrido cinco cafeterías cercanas a su residencia hasta encontrar la que más le gustaba. Y le gustaba precisamente por Lola, que tenía las mismas tendencias que había tenido su abuela Nora: tazas bien grandes y repletas de cacao, bollos frescos y un afán impagable por hacerle subir de peso. El paso de los bollos a las porras recién salidas de la sartén fue una consecuencia anunciada. Y los enfados de Lola ante la pérdida de apetito que últimamente mostraba, le hacían sentir de alguna forma protegido, como si fuese su misma abuela la que volviese a reñirle por no haber desayunado lo suficiente e ir a desfallecer a media mañana, ante una mesa atestada de galletas, bollos, magdalenas y bizcocho en su casa de Praga.

Dos líneas de metro hasta el Campus y diez minutos a pie, llevaron a

Hadrian hasta la facultad, donde sabía que iba a perder la noción del tiempo entre olor a pintura, charlas abstractas sobre los elementos de la vida, o revelados de fotografía. Con una sonrisa de anticipación en la cara, Hadrian empujó la puerta del aula de Diseño Objetual y se adentró en la clase.

A esa misma hora Eduardo trataba de salir del séptimo sueño de la noche. Siempre solía necesitar dos alarmas consecutivas y la impetuosa ayuda de Sergio para conseguir levantarse. Con el primer aviso del despertador era ligeramente consciente de que seguía dormido. Con el segundo, giraba en la cama, le daba un manotazo al insufrible reloj y se amodorraba en una nueva posición, tan buena como la de antes. Con Sergio, ya no había forma de ganarse una mínima compasión. Todavía sin estar por completo en este mundo, entre bostezos, estiramientos y empujones, Eduardo desfiló hasta la ducha, de la que salió mucho más terrenal, pero todavía con una ligera sensación de modorra. El primer café de la mañana, bebido a prisas en el comedor del colegio mayor, le hizo sentirse más persona. Pero, tras asistir a la clase obligada del profesor Gutiérrez, Eduardo decidió que era momento de volver a humanizarse con otro café en una terraza al sol, preferiblemente en el Campus de Moncloa. Con la provisión de cafeína asegurada, planear una nueva tarde siempre era mucho más sencillo. Eduardo hizo un par de llamadas, y luego escribió un mensaje de texto, sonriéndole a cada una de las teclas: *Buenos días, artista. Te recojo a las tres. Y no valen excusas de que es muy temprano, hoy necesito tiempo. Ni valen preguntas.*

A las tres en punto, sin excusas ni preguntas, Hadrian salió de la facultad y, arrojando sus cosas en el asiento de atrás, se subió al coche de Eduardo.

—Espero de verdad que valga la pena, Edu. Porque he dejado un cuadro a medio hacer y hoy estaba inspirado.

Sabía que la advertencia no era necesaria. La forma en que brillaban los ojos de Eduardo, más verdes que marrones esa tarde, anunciaba algo grande y le causó una revolución en el estómago.

—Créeme, valdrá la pena.

Valer la pena se quedó un poco corto cuando, tras casi cincuenta kilómetros de viaje, Hadrian avistó la cúpula mayor de San Lorenzo de El Escorial. Eduardo vio de reojo cómo saltaba del asiento y estiraba el cuello para verlo mejor.

—Tranquilo, en unos cuantos siglos no se ha movido de donde está. Y lo vamos a visitar. Ya tengo las entradas.

Hadrian sonrió contra el cristal de la ventanilla, sin dejar de mirar la mole de granito que cobraba más y más majestuosidad conforme me acercaban.

—Había oído hablar de él, pero… no tenía ni idea de lo mucho que impresiona.

—Dicen que lo llevo en los genes, es algo propio de los Ferrer.

Eduardo vio en el reflejo del cristal cómo la sonrisa de Hadrian se amplió todavía más.

**

—Hadrian, date prisa, van a cerrar.

—No… Espera…

Después de diez minutos de pie en la nave central de la basílica de El Escorial, Eduardo decidió sentarse en una de las filas de bancos de madera. Faltaban cinco minutos para el cierre del monasterio a los visitantes y Hadrian parecía que no iba a apartar nunca la mirada de las pinturas de las bóvedas. Como siguiese así, iba a coger una buena contractura en la nuca. Por un momento, Eduardo pensó en la posibilidad de quedarse allí encerrados hasta el día siguiente. A solas con Hadrian, sin miradas indiscretas, sin el miedo a ser descubiertos, sabía que iba a sentir esa libertad que todavía no conseguía alcanzar en los asientos de su coche. Hadrian no se había quejado hasta entonces, pero Eduardo era consciente de que le estaba empujando hacia un armario del que probablemente había salido hacía años. Más confuso que otra cosa, Eduardo tampoco estaba seguro de que él no tuviese que dejar una parte de sí mismo dentro. Aquélla que todavía babeaba con las piernas de su profesora de Macroeconomía o con el escote de Paula Morán.

Hadrian irrumpió en su campo visual, sofocado como si hubiese corrido una maratón y más feliz de lo que le había visto nunca.

—Son increíbles, Edu. ¿Todo esto por una iglesia que Felipe II destruyó en una batalla? Esos Frescos de Luca Giordano... ¿Has visto el Juicio Final?

Eduardo había visto señores con túnicas y mujeres con velos. Algún que otro animalillo, nubes y mucho cielo, pero de ahí a ver juicios finales se temía que había un largo trecho. Esbozó una sonrisa a modo de disculpa que Hadrian no vio porque estaba repasando las paradas de la visita en el mapa.

— ¿Lo habremos visto todo?

—Hadrian, llevamos cuatro horas recorriendo el monasterio. Si se nos ha quedado algo, volvemos otro día.

—Ya… El palacio, la basílica, el patio de reyes, los jardines, la casa de oficios, el museo… ¡Edu!

— ¿Qué?

— ¡Nos falta la biblioteca y el palacio de la corte! Y hay quince claustros, creo que sólo hemos visto dos…

¿Cómo El Escorial podía ser tan grande? Eduardo no tenía ni idea, pero si veía un arco de bóveda, un capitel o un retablo más, se iba a acordar de Felipe II para el resto de sus días. Por fortuna, un guía les pidió que saliesen cuanto antes, y Hadrian tuvo que contentarse con una futura visita. Aun así, Eduardo temía que ese detalle hubiese opacado un poco la sorpresa de la tarde. Su "¿te ha gustado?" sonó más miedoso de lo que habría querido. Hadrian sonrió de esa forma tan franca en la que no cabían mentiras y le dijo que le había entusiasmado; después, por primera vez, le cogió la mano. Y Eduardo, bajo el sol de San Lorenzo y respirando el aire puro de la sierra, se dejó ir libre en ese gesto pequeño. A excepción de los forzosos cambios de marcha, Hadrian no dejó libre su mano hasta que la cosmopolita Madrid les recibió de nuevo.

**

— ¿Dónde cenamos?

En cuanto la hizo, Eduardo supo que era una pregunta absurda. Si lo dejabas en sus manos, Hadrian siempre iba a escoger un mesón de tapas con serrín en el suelo y una amplia carta de tortillas. Terminaron en la zona de Argüelles, en aquel mesón en semisótano, con taburetes minúsculos de madera y el espacio justo para pasar sin caer en el plato del vecino de mesa. Bastante cutre para su gusto, pero de una bohemia castiza que fascinaba a su compañero. Además, siempre era divertido escuchar las teorías que Hadrian tenía sobre los dibujos de la madera de la mesa que escogían. Leer en los nudos y en las tonalidades de la pieza suponía a veces todo un derroche de imaginación que a él no se le hubiese ocurrido nunca.

Sin embargo, esa noche Hadrian no miró a la mesa ni una sola vez. Toda su atención estaba centrada en él. Sus ojos le recorrían de la forma en que sus manos no podían hacerlo, con una intensidad que había hecho que Eduardo comenzase a sudar. De nada servía que mojase su garganta con la caña fría que habían pedido cada cinco segundos, o que se hubiese quitado ya toda la ropa permitida en público. Cuando llegaron las tapas, se dedicó a desenvolver los palillos y a coger el pan, quitándole importancia a esa otra hambre que también sentía.

—No me pongas muy cerca la tortilla, aún no he superado mi trauma. Desde que a mi tía Isabel se le ocurrió hacernos una aquel verano en la piscina, no he podido volver a probar una. ¿Sabes lo asquerosa que estaba? Ahora es ver una y…

—Edu, sube a mi cuarto esta noche.

— ¿Qué?

Saboreando el primer trozo de tortilla, Hadrian no le respondió, pero siguió mirándole como hasta entonces.

—Pero… No se admiten visitas.

—No habrá problema, sube.

—Hadrian…

—Por favor.

Eduardo siempre había sido un hombre de impulsos, y había algo en Hadrian aquella noche que despertaba en él un irrefrenable deseo de seguirle adonde fuese. Tenía miedo, casi tanto como la primera vez que, en un acto rebelde y sólo por ver enfermar de nervios a su madre, había hecho puénting. Allí, de pie al borde del precipicio, había creído que jamás sentiría de nuevo esa mezcla de pánico y excitación que provocaba el dejar tu vida a merced de una goma y un arnés. Pero en cuanto la puerta de la habitación se cerró, Eduardo volvió a sentir ese torbellino en las entrañas. Como aquel día, cerró los ojos y cedió el control, porque en realidad ya no estaba en sus manos. Entre el primer beso profundo y el tercer botón desabrochado, tomó aire, se agarró a los hombros de Hadrian y saltó.

**

— ¿Crees en Dios?

Hadrian se giró hacia la voz en la penumbra y sonrió. Llevaba tres horas dibujando aquel crucifijo a carboncillo bajo la tenue luz de la pequeña lámpara, tratando de no rasgar el papel muy fuerte para no despertarle. Mientras Eduardo se había quedado dormido todavía con el placer cosquilleándole en las manos, él no había podido pegar ojo, saturado de emociones que le exigían hacer algo. Dibujar parecía ser siempre una buena manera de digerirlas. Y ese boceto que había quedado inconcluso en su última visita a Praga había reclamado su sitio en la carpeta de trabajos acabados. Hadrian dejó el cuaderno a los pies de la cama y se acercó a Eduardo por debajo de las sábanas.

—Lo siento, no quería despertarte — le dijo.

—No lo has hecho — aseguró Eduardo — ¿No has dormido nada?

—No mucho. A veces la inspiración viene en el momento más inesperado.

— ¿No te habré…?

—No, no. ¡Claro que no! Ha estado muy bien, en serio.

—Bien. No estaba seguro de que…

Hadrian le besó y se hizo un ovillo entre sus brazos.

—Ha sido perfecto. ¿Bueno para ti?

El suspiro de inequívoca satisfacción de Eduardo fue más elocuente que sus palabras.

—Más que bueno.

Hadrian sonrió contra su piel y se dejó caer en un silencio tranquilo. Estaba a punto de ceder al sueño, cuando Eduardo repitió su pregunta.

— ¿Crees en Dios?

—Nunca me enseñaron a creer en él. ¿Lo dices por mi dibujo?

—Sí.

—Es el crucifijo y calvario del Puente Carlos.

— ¿En Praga?

—Sí. Siempre me había llamado la atención una inscripción hebrea en algo tan católico, hasta que supe que se trataba de un castigo a un judío de la época.

— ¿Un castigo?

—Fue el dinero de su condena el que se usó para ponerla. Santo, Santo, santo es el Señor Dios escrito en hebreo sobre la cruz de Cristo, ¿te parece poco para un judío?

—Imagino que no.

—Y tú, Edu, ¿crees en Dios?

—Bueno… Crecí en el catolicismo.

—Eso no es una respuesta.

—La tuya tampoco lo fue, Kuna.

Hadrian se incorporó hasta poder mirarle y rozó sus labios con los dedos.

— ¿Sabes qué? No creo que Dios pudiese estar ahora mismo en otro sitio.

—Pues dicen que es omnipresente.

—También dicen que no está de nuestra parte.

Un leve reflejo de duda tensó el cuerpo de Eduardo. Era demasiado pronto para que se sintiese miembro de ningún colectivo. Antes de que tuviese tiempo a pensarlo más, Hadrian escurrió una caricia suave y prometedora por su estómago.

—Voy a enseñarte una cosa.

Diez minutos más tarde, Eduardo apenas recordaba su nombre.

Capítulo 12

Alfa y Omega

El abuelo de Eduardo, curtido en varias batallas de índole bélica y personal, siempre decía que ante el miedo existían dos clases de hombres: los que corrían hacia delante y los que corrían hacia atrás. Su nieto se descubrió aquella mañana, para asombro de sí mismo, siendo de los primeros.

Al principio, no quería abrir los ojos. Bastante tenía con lidiar con la batalla de imágenes que se dibujaban una y otra vez bajo sus párpados. Eduardo hubiese creído que salía de un sueño desconcertante si no hubiese sentido aquella respiración ajena contra su nuca, o el peso de otro cuerpo nivelando el colchón a su lado. Era real. Se había lanzado del puente y lo había disfrutado. Sabía que entrar en mayores disquisiciones sólo le acarrearía un buen dolor de cabeza, e hizo lo que mejor sabía hacer, sonreír ante aquel nuevo giro de su vida. Además, aquel peso en el colchón era Hadrian, bocadillos de calamares, arte incomprensible y español al estilo checo. Eduardo llegó enseguida a la conclusión de que su debilidad era él y no ellos, y eso le hizo sentirse valiente.

Antes de girarse para despertar a Hadrian, el reajuste espacio-tiempo decidió interferir en sus movimientos. ¿Seis de abril? Sí, era seis. Y estaba casi seguro de que era viernes. Sí, ayer había ido a la clase de Gutiérrez, como cada jueves. Qué clase más insoportable había sido. Todas esas fórmulas extrañas para llegar a un análisis financiero de las bolsas y… ¿De qué le sonaba tanto el día seis de abril? Estaba casi seguro de que había hablado de él antes, pero ¿por qué? Como si de una foto se tratase, Eduardo visualizó el calendario colgado en la pared de su habitación en el Campus, el redondel rojo alrededor del día seis y la anotación que Sergio había escrito debajo. “Presentación del trabajo de campo. Si no vienes, te corto los huevos”.

Hadrian sintió la puerta cerrándose con suavidad, pero decidió que aún no quería despertarse. Fuera lo que fuese que había llevado a Eduardo a marcharse, no quería averiguarlo. Al menos no por ahora. Prefería quedarse enredado en aquellas sábanas un poco más, antes de que su cerebro comenzase a funcionar. No era idiota y no esperaba que a partir de entonces las cosas resultasen fáciles. Hasta donde él sabía, Eduardo se había considerado heterosexual durante veinticinco años. Los goznes de un armario chirriaron a lo lejos y Hadrian supo que no querría por nada del mundo volver a entrar en su interior. Si lo pensaba bien, llegaba a la conclusión de que sólo sabía complicarse la vida con extrañas piruetas.

Los triples saltos mortales llegaron después, cuando al bajar a la portería recibió de manos de Antonio una nueva carta de Alemania con remite conocido. Aquel sobre marrón fue una bofetada tan sólida y contundente como el Reichstag de su sello. Y el dibujo de la fachada del asilo que acogía a Katharina, mantuvo a Hadrian encerrado en el baño de la cafetería de Lola un buen rato, ahogando las lágrimas en papel higiénico. El *Ella te echa de menos, pero no más que yo. J.* se le había aposentado en el estómago como una piedra, y Hadrian volvió a su pensión sin pisar el primer metro hacia el Campus. A los pocos minutos, todo lo que se oía en su habitación era la triste canción de un vinilo y el susurro del papel cediendo ante un carboncillo agresivo en sus embates.

La primera vez que había cruzado el Puente Carlos siendo consciente de ello tenía nueve años. Sus padres acababan de decidir que no querían ir a más ferias y se habían comprado una relojería, por la que a él le gustaba perderse en busca de tuercas y cebolletas caídas. Todos habían vuelto a casa de la abuela Nora, quien parecía más feliz que nunca. Sin embargo, él no lo estaba. Ya no había vuelto a ver a Pablo, y echaba de menos corretear con él entre las caravanas de los vendedores jugando a ladrones y piratas. Sus amigos del colegio no eran tan divertidos como él y los juegos que solían escoger, tampoco. Además, ya no tenía a su abuela para él solo, mimándole a cada rato del día. Esos mimos se habían desviado hacia su madre que, para colmo, decía que guardaba en esa barriga enorme a su hermanita. ¿Quién quería una hermana? Aún si hubiese sido un chico como él, podría enseñarle a ser como Pablo. ¿Pero una chica? Seguro que todos le harían carantoñas y gracias por ser tan pequeña y debilucha. ¿Qué haría él entonces? ¿Quién le haría caso? ¿Su padre, tal vez?

No, no era el mejor día para Hadrian aquél en que cruzó el Puente Carlos. Para colmo, Jan le agarraba la mano con demasiada fuerza y no le dejaba acercarse al borde para ver el agua. Decía que había mucha gente, ¿y qué? Él no era tonto, no iba a perderse. Con resignación y un breve enfurruñe, se dedicó a caminar a su lado sin mucho entusiasmo. ¿Por qué tenía que ser ese puente tan largo? Por suerte, la vida y el colorido de los dibujantes, músicos y vendedores apostados a los lados del puente le distrajeron enseguida. Una señora con trenzas debió darse cuenta de lo molesto que estaba, porque se acercó a él y le regaló un molinillo de viento. Soplando iba, cuando por encima de las aspas de papel vio a un lado del puente aquella cosa tan extraña, que le causó enseguida un extraño temor. Inconscientemente, se pegó a la cintura de su padre haciéndole tropezar.

—¿Qué pasa, Hadrian?

—Ese señor…

—¿Qué señor?

Hadrian señaló con su mano hacia aquella enorme cruz. Sus padres se miraron como si no supieran muy bien cómo abordar el tema. Su madre se acercó a él y le acarició el pelo.

—No te asustes, cariño. ¿Recuerdas que la abuela siempre reza al lado de tu cama antes de dormir?

—¿Cuando se pone a hablar con las manos así? —Hadrian las entrecruzó como había visto hacer a su abuela cada noche, antes de arroparle.

—Eso es. ¿Con quién dice la abuela que habla entonces?

—Habla con Dios. Dice que le pide para que todos estemos bien.

—Pues el que está en la cruz es el Dios con el que habla la abuela.

—¿Con ese señor?

Jan carraspeó un poco, como cuando algo no le hacía mucha gracia y prefería cambiar de tema.

—¿Pero por qué está ahí? ¿No le dolió mucho? La abuela dice que está en el cielo. ¿Se murió?

Hadrian estaba seguro de que allí, frente al Calvario del Puente Carlos, fue donde sus padres se replantearon por primera vez su educación completamente laica, impuesta por cuatro décadas de régimen comunista. Más tarde, entendería que sus caras hablaban con claridad simbólica de lo mucho que Praga tendría que remontar para superarlas. La mina del carboncillo dio un susurro agónico antes de quebrarse. Hadrian cogió el afilalápices y la recuperó con premura. Llevaba al menos dos horas ausente, enfrascado en el dibujo, y le faltaba muy poco para terminarlo. Estaba perfilando las letras en hebreo y después pasaría a la firma. Sonrió mientras repasaba aquellas formas tan extrañas, guiado por la foto que le había sacado al grupo escultórico en su última visita a Praga. Hadrian nunca había sido creyente y afirmaba, con total sinceridad, no entender en absoluto todos esos líos entre confesiones religiosas. Si le hubiesen preguntado, habría contestado que la religión sólo abocaba a la intolerancia o al conflicto, verbal en las mejores de las veces, en las restantes armado. Por suerte, no tenía que dar esta opinión muy a menudo. Suponía que no gustaría mucho en un país como España. Jürgen jamás le había preguntado si creía en Dios.

Jürgen…

Desde que había dado el primer trazo, Hadrian sabía que ese dibujo acabaría en Berlín, siendo suyo. Quizá por eso se había esmerado tanto y no se había sentido satisfecho hasta conseguir la nitidez justa en la inscripción del

pedestal, el volumen correcto en los hábitos de las figuras al pie la de cruz o aquel toque de puesta de sol tan difícil de conseguir al carboncillo. Aquel dibujo era una metáfora en papel de su relación con Jürgen. Darle un buen fin y dejarla en sus manos era una deuda no escrita, pero evidentemente necesaria. Casi no se sentía con fuerzas para esperar los tres o cuatro días que el correo postal tardaría en llegar a Alemania. Se la mandaría, sí. Pero necesitaba que Jürgen viese ahora mismo su obra, mientras aún tuviese sus manos manchadas de negro y el pequeño callo de su dedo corazón enrojecido tras sostener al lápiz durante horas. Había cosas que tenían un justo momento, y el momento de ésa era justamente ahora.

Escanearlo y enviárselo por correo electrónico, la solución a priori más sencilla, no era una opción en ese caso. Jürgen detestaba todo tipo de tecnología que viniese de Internet, bajo alguna especie de idea antibelicista. Ni siquiera se había abierto una cuenta de correo, por mucho que Hadrian le había insistido. Así que todo lo que se le ocurrió a Hadrian fue hacerle una foto con el móvil y enviársela. Tras una melodía monótona y aguda, el pequeño móvil azul volvió a la vida, saludándole con un bienvenido de nuevo en la pantalla y dos pitidos que anunciaban mensajes y llamadas perdidas. Como casi siempre que se ponía a trabajar en alguna obra, el tiempo se le había esfumado sin darse cuenta. Eran casi las tres de la tarde y los pitidos, que ya sumaban cuatro en ese momento, provenían todos de la misma persona.

Siento haberme marchado así por la mañana. Tenía un trabajo que presentar en grupo, y si llego a faltar no quieras saber qué pasaría con mis huevos. Literalmente. Estamos preparando la exposición en la cafetería. Te veo por la tarde. Cuídate, artista.

¿Aún no te has despertado? Seguro que sí y estés ya embadurnándote en algún aula, totalmente inspirado. La exposición ha ido bien. ¿Te recojo a las cuatro?

Llamada perdida de Eduardo a las 15:30

Ya veo que no estás localizable. Si no recibo aviso antes, te recojo a las cinco. No faltes, Eduardo.

Hadrian no sabía qué esperar de él ni de todo aquello en realidad. Pero ahora no era su momento. Apuntando la cámara hacia el dibujo, Hadrian tomó un ángulo favorecedor y apretó el botón de disparo. Luego vinieron las palabras, ésas que no querían acudir y que a golpe de dolor se fueron dibujando, carácter tras carácter, en el pequeño recuadro blanco.

Es el último de mis dibujos. Nunca te había enviado uno de Praga. Muchas cosas están cambiando, Jürgen. También nosotros. H.

Hadrian pulsó la tecla de envío y el Calvario partió hacia Berlín a través de

entramadas redes. La respuesta desde Berlín tardó doce minutos. A Hadrian le costó casi el mismo tiempo decidirse a leer su contenido.

Deja que las cosas cambien, no tengas miedo. Las que valen la pena no perderán su lugar. Sé feliz, Hadrian, es lo único que deseo. El dibujo es magnífico. J.

Fue una sacudida. Le envolvió con tal contundencia que tuvo que sentarse para no perder el equilibrio. Se sintió mareado de puro dolor y alivio a la vez. Y sólo ahí lo supo. Cuando todas las emociones que habían permanecido contenidas durante todo el día, quizá desde mucho antes, se le desbordaron por los ojos. Sólo ahí Hadrian entendió que con ese dibujo no buscaba confesarse, ser honesto, o cerrar un círculo. Que lo único que había estado buscando con desesperación desde no sabía cuándo, era la bendición de Jürgen.

Cuando llamaron a la puerta, apenas entraba claridad por la ventana del cuarto. Hadrian se obligó a moverse cuando la voz preocupada de Eduardo traspasó la madera. Verle aparecer tras el quicio de la puerta pareció devolverle el color a las mejillas y Eduardo entró en la habitación sin pensárselo dos veces.

—¡Santo Dios, Hadrian! Qué susto me has metido. ¿No has leído mis mensajes?

—Lo siento. Me puse a trabajar… y se me fue el tiempo.

—Pero, ¿estás bien?

—Sí, sólo algo cansado.

—Estaba preocupado.

—Lo siento. A mi móvil se le acabó la batería y ni me acordé de recargarlo. Hoy no tenía clases, perdona por no avisarte — Hadrian no sabía cuántas mentiras más podría decir sin venirse abajo. Para darse un poco de entereza comenzó a recoger la mesa, poniendo en orden los lápices y los folios — Lo siento mucho, Eduardo. No pretendía preocuparte. A veces me enfrasco en lo que hago y… ya sabes.

Eduardo nunca hubiese apostado por que al día siguiente fuese él quien corriese hacia delante y Hadrian el que reculase hacia atrás. Sin embargo, algo le decía que Hadrian no estaba reculando. Tal vez fuese verdad que había estado trabajando, el dibujo sobre la mesa daba fe de ello. Y todo el mundo tenía derecho a un día malo. Eduardo le abrazó tratando de transmitirle que no estaba solo. El cuerpo de Hadrian se amoldó al suyo de inmediato. Sus manos le buscaron y sus labios tantearon un beso. Y todo pareció volver a su lugar.

Capítulo 13

Nunca Jamás

El Pepe Botella vendía caras sus mesas después de la hora de cenar. Situado en la plaza del Dos de Mayo, se convertía en punto de encuentro habitual en las noches del barrio de Malasaña. Sin embargo, Hadrian, Klaus y Jaroslav preferían el ambiente de la tarde, de papeles y libros en las mesas, conversaciones de horas y volutas de humo enredándose en las notas discordantes del jazz. Cuando el café literario que el Pepe llevaba dentro se desperezaba entre sus paredes desde tantas décadas atrás.

Casi todos los miércoles después de la reunión de Erasmus, y algún que otro día entre semana, acordaban verse allí y disfrutar de esa especie de amistad políglota que había surgido entre los tres. Jaroslav parecía tener problemas para conocer gente en la facultad de Físicas, y se había aferrado a su compatriota para conocer Madrid y dar rienda suelta al checo que contenía el resto del tiempo. Klaus, por el contrario, parecía haber recibido el don de la sociabilidad y no le hubiesen faltado planes de lunes a domingo. Sin embargo, tenía una increíble conexión artística con Hadrian y una adicción inconfesable a meterse con la rigidez de Juros, que le llevaba a encontrarse con ellos siempre que quedaban.

Hadrian encontraba en ellos ese grupo de amigos que siempre había tenido desde que estudiaba. Lo necesitaba aún más ahora que Eduardo ya no era simplemente su amigo. Desde que había surgido entre ellos esa nueva intimidad, habían cambiado muchas cosas. Una de ellas era que ya no pasaban juntos las tardes, sino que preferían encontrarse por las noches. En realidad, era Eduardo el que lo había insinuado, y aunque Hadrian lo interpretó desde el principio como una forma sutil de ocultarse, había aceptado porque el fin de curso no estaba tan lejos y las horas de la tarde le venían estupendamente para adelantar sus trabajos. Esas tardes intelectuales y de tertulia en el Pepe Botella también ameritaban el cambio.

—Es una locura, Hadrian. La competencia del mercado nos hundirá.

—¿Prefieres que Chequia se quede aislada? Si no entramos en la Unión Europea, ¿qué posibilidades de negocio tendremos? Salirse de la red de mercado global es un error, Juros. Puede que al principio nos cueste adaptarnos, pero con el tiempo…

—Con el tiempo, un montón de pequeñas y medianas empresas cerrarán, aumentará el desempleo y habrá una crisis económica que no creo que tu Unión Europea vaya a arreglar.

—No es mi Unión Europea, Juros. Pero míranos a nosotros, hemos tenido

que estudiar en países comunitarios para poder disfrutar un Erasmus en España. Necesitamos un visado cada vez que salimos del país. ¿De verdad no quieres formar parte de Europa como un país más, sin fronteras ni trabas?

—Si es a costa de que mi país pierda la soberanía nacional y nos suban los impuestos gobiernos ajenos, no.

Hadrian había conocido a pocas personas tan cabezotas como Jaroslav. Le costaba entender cómo podía negar las ventajas de que la República Checa entrase a formar parte de la Unión Europea, pero lo hacía de una forma tan sistemática como contundente. Por las noticias que le llegaban de su país, ese mismo debate estaba allí a la orden del día en programas de televisión, periódicos y a pie de calle. La corriente europeísta parecía ir calando sin problemas en la opinión pública, pero aún había voces contrarias que esgrimían los mismos argumentos que Juros. Sobre todo, el de la pérdida de autogobierno. Hadrian, en cambio, se quedaba más con términos como libertad de movimiento, oportunidades de trabajo y entidad supranacional.

—¡Ya estáis hablando en checo otra vez! —protestó Klaus— Luego os preguntáis por qué nunca vengo solo.

Era cierto. Siempre que se enzarzaban en el tema de la Unión Europea, Hadrian y Jaroslav, ávidos de respuestas rápidas y convincentes, acababan recurriendo a su idioma materno y no a esa trabajada mezcla de alemán, español e inglés con la que los tres intentaban entenderse el resto del tiempo. Cuando esto sucedía, Klaus solía practicar su extraño acento español en oídos y cuellos ajenos, pero ese día no había llegado acompañado.

—La pregunta es cómo puedes encontrar a uno distinto para cada vez, Klaus —Jaroslav apagó su cigarro en el cenicero de cristal y dio un sorbo a su café, elevando las cejas hacia el alemán.

—Se llama encanto personal, Juros. Algún día te explicaré en detalle lo que es tenerlo.

—Por lo visto, hoy no te ha debido funcionar.

—¿Qué ha dicho, Hadrian? Su inglés es pésimo.

Hadrian rompió a reír mientras perdía su mirada por las fotos colgadas en la pared del café. Eran todas antiguas, en blanco y negro, estampas familiares que habían pertenecido a una anciana vecina del dueño del local. Eran tantas y tan variadas, que cada tarde que pasaba allí descubría un detalle nuevo. Se reclinó contra el tapizado rojo y, mientras Klaus y Juros continuaban picándose en un inglés que no lograba entender, volvió a repasarlas una a una. La tensión del debate político se había esfumado, el café estaba sublime y el ambiente del local era fantástico. Antes de darse cuenta, ya había sacado su

libreta y su lápiz para hacer un esbozo de uno de los retratos que más le había gustado.

Dos horas más tarde, Hadrian volvía caminando hacia su residencia. Había dejado en la boca del metro a Jaroslav, quien aún parecía tener un don especial para perderse en Madrid, y a Klaus en un bar de Chueca, a la espera de alguien que le había llamado al móvil minutos antes de salir del Pepe Botella. Por un momento, y ante la insistencia de Klaus, Hadrian pensó que estaría bien quedarse y vivir otra noche de marcha gay madrileña. Pero sólo fue un momento, el que tardó en recordar que, casi con total seguridad, su propia cita le estaba esperando ya no muy lejos. No se equivocó. Aparcado a un lado de la puerta donde Antonio fumaba su cigarro de picadura estaba el familiar Ibiza azul. Hadrian se acercó a él.

—¿Llevas mucho tiempo esperando?

—Si digo que sí, ¿pensarás que merezco una recompensa?

Ambas sonrisas se hicieron más grandes y, aunque las ganas eran muchas, ninguno de los dos hizo el amago de tocar al otro. Era un acuerdo tácito: saludarse así, frente a frente, y luego caminar juntos hacia la pensión, como dos buenos amigos que van a charlar un rato sobre política, fútbol o novias. Los besos, las caricias, los gemidos, estaban reservados para la clandestinidad del interior.

**

—¿Kuna?

No sabía qué le había despertado, pero cuando Eduardo abrió los ojos Hadrian no estaba a su lado y ya se había enfriado su lado del colchón. Apenas se veía nada en la habitación, salvo el destello rojo de los números del despertador. Eran las cuatro y doce minutos de la mañana y se oía un leve murmullo proveniente del baño. Eduardo esperó despierto a que Hadrian volviese, pero quince minutos más tarde aún no lo había hecho. Así que se levantó y golpeó suavemente en la puerta cerrada.

—¿Hadrian?

Silencio.

—Hadrian, ¿estás bien? Voy a entrar, ¿vale?

Cuando Eduardo abrió la puerta, agradeciendo que a Hadrian no se le hubiese ocurrido cerrarla por dentro, vio que estaba sentado a un lado del váter y que parecía haberse quedado inconsciente contra la loza de la cisterna. Era evidente que había vomitado, tenía las mejillas más pálidas que de costumbre y el pelo se le pegaba a la frente sudorosa. Su cuerpo había absorbido el frío de las baldosas y temblaba encogido contra ellas. Eduardo se arrodilló a su

lado y le tocó con suavidad.

—Hadrian…

Los ojos azules se entreabrieron ligeramente.

—Estoy despierto.

Eduardo sintió que sus hombros tensos por el susto se relajaban un poco.

—¿Qué ha pasado?

—El maldito estómago otra vez. Me despertó el dolor, casi no llego.

—Vamos al…

—No, ni lo nombres. No pienso ir.

—Está bien. Deja que te lleve a la cama, entonces. Necesitas entrar en calor.

Hadrian no tuvo fuerzas para negarse. Se dejó poner un pijama nuevo y arropar como un niño pequeño, aferrándose a la tregua que le habían dado las náuseas. Las manos de Eduardo se sentían como un bálsamo.

—¿Quieres algo? ¿Una infusión? ¿Una bolsa de agua caliente? Iré a comprar lo que necesites.

—No, estoy bien. Ya va pasando.

—No estás bien, tendrías que verte la cara. ¿Dónde cenaste?

—Picamos algo en un bar. No te preocupes, el estómago siempre me ha dado problemas. Los nervios, supongo.

—De todas maneras, no estaría de más que te viese un médico. ¿Qué te cuesta hacerme caso?

Sabía que no estaba durmiendo, pero Hadrian había cerrado los ojos y no tenía intención alguna de contestarle. Eduardo suspiró, besó su frente y le rodeó con sus brazos.

—Anda, descansa cabezota. Yo me encargo.

Hadrian finalmente se durmió. A Eduardo le costaba no hacer lo mismo a las nueve de la mañana, bajo el chorro de la ducha en su cuarto del Antonio de Nebrija. Ojeroso y pálido, Hadrian se había empeñado en asistir a sus clases pese a la mala noche, y él le había llevado hasta la puerta de la facultad, desconfiando de sus “ya se me ha pasado”. Después había llegado al colegio mayor dispuesto a dormir hasta la hora de comer, pero Sergio tenía la competición interuniversitaria de atletismo ese día y él, en un momento que ya no recordaba, había prometido acompañarle. Se encontró en su coche tan sólo

una hora después de haberlo dejado aparcado, con un hiperactivo atleta amateur de copiloto.

—Gira en esta rotonda a la derecha, se llega antes — le indicó Sergio.

—Faltan dos horas para que empiece la competición. ¿De verdad necesitas atajos?

—Si por ti fuera aún estábamos en la facultad. ¿Qué digo en la facultad? Ni te acordabas de que hoy competía.

—Claro que me acordaba.

—Por eso me pusiste esa cara cuando estabas a punto de meterte en la cama. Espero que esté realmente buena.

—¿El qué?

—La chavala que te hayas ligado ahora. Te está dejando sin vida social y sin sesera, tío.

—Mira que exageras.

Eduardo puso el intermitente derecho y giró en la rotonda. Su cuerpo y sus sentidos conducían, pero su mente había volado lejos hasta la supuesta chavala que tanto le distraía. Esperaba que estuviese bien y que sus molestias de estómago hubiesen remitido. Anotó mentalmente llamarle a la hora de comer para ver cómo se encontraba.

—Ya no te vemos el pelo. Cuando no estás con ella, estás con el checo ése.

Una sensación desagradable se adueñó del pecho de Eduardo. No sabía si era por la forma en que Sergio se había referido a Hadrian, o porque simplemente lo hubiera hecho.

—El checo me ayudó a patear el culo del Rector durante días. Es un buen tío. Además, ayudarle a integrarse me hizo ganar muchos puntos con Paula Morán. —No sabía por qué estaba disculpándose, pero lo hacía. Ni siquiera había tenido el valor de decir que eran amigos, cuando en el tono de Sergio no había insinuación alguna de una relación de otro tipo.

—Paula Morán… Ésa sí que estaba buena.

La competición se extendió hasta las seis. No fue un buen día para la Universidad Complutense. La Autónoma la había ido superando en casi todas las categorías. Eduardo había llamado a Hadrian en el parón para el almuerzo y éste le había repetido varias veces que estaba como nuevo, que tenía mucho trabajo y que se fuese olvidando de llevarle a urgencias. La llamada le había costado otra andanada de bromas de sus amigos acerca de la correa que le ataba o de lo tonto que le había vuelto su nueva conquista. Se había

encontrado en el polideportivo con casi la mitad de su antiguo equipo de fútbol sala, afición que le había durado a Eduardo dos cursos universitarios y tres lesiones de rodilla. Y ese encuentro sólo podía acabar en los bares del centro de Madrid, haciendo todo un tour de tapas y cañas.

Parecía que no habían pasado los años. Arturo seguía llevándose disgustos cada vez que perdía el Atlético; Manu, merengue hasta la médula, todavía se retorcía cada vez que veía a Figo vestido de blanco; y Víctor escondía como podía su lealtad al Rayo Vallecano. Todavía les emocionaba hablar de motos y coches, salían de marcha hasta que las cafeterías empezaban a freír los primeros churros y estudiaban más bien poco. Las chicas eran la aventura puntual que se olvidaba escuchando la jornada de Liga del domingo. Eduardo lo sabía bien porque no sólo había compartido regates y algún que otro gol a su lado. Sentirse aún parte de la cuadrilla consiguió alejar todas esas elucubraciones suyas acerca de si empezaría a notársele la pluma. Al final de la cena, llegó a la conclusión de que el caso de Hadrian no podía ser más que una especie de locura alternativa.

**

La locura alternativa no parecía estar en la residencia cuando Eduardo se pasó más tarde a hacerle una visita. El móvil de Hadrian no daba tono y su ventana estaba a oscuras. Hubiese subido a despertarle pero, como pasaba ya de medianoche, la entrada sólo estaba permitida con acreditación. Eduardo volvió al Antonio de Nebrija y durmió a pierna suelta hasta bien entrada la mañana. Fue al despertar y rebuscar en el cajón de su mesilla en busca de un paracetamol, cuando vio la invitación. Un tal Bastian inauguraba una exposición en el Centro Cultural Conde Duque y Hadrian le había propuesto ir a verla juntos. La fecha correspondía a la noche anterior.

Llegó a la Facultad de Bellas Artes a tiempo de invitar a Hadrian a comer, ocultando tras las gafas de sol la palpitante resaca que aún no había cedido del todo. Al tercer intento, Hadrian contestó a su llamada.

—¡Por fin te localizo, Kuna! Te invito a comer, estoy esperándote fuera.

Por un momento, todo lo que pudo oír Eduardo desde el auricular fue un largo silencio salpicado del murmullo febril de los pasillos.

—¿Hadrian?

—Sí, perdona. No puedo salir ahora, tengo mucho trabajo.

—Escucha, yo…

—No, no, esa pintura no secará a tiempo, usa la verde. Eduardo, en serio estoy muy ocupado. Bastian me ha pedido que le ayude en un mural para los niños y tiene que estar listo mañana.

Bastian. Exposición. Ausencia.

—Oye, yo… No pretendía faltar. Llevé a Sergio a los campeonatos universitarios y se me fue el tiempo. Pero es que ni siquiera recordé que ayer era la inauguración hasta esta mañana. Incluso fui a verte. Te llamé, mira el registro en tu móvil.

—Sí, lo he visto. Sólo era una invitación, Edu. Podías aceptarla o no. No pasa nada.

—Sí, pero me hubiera gustado estar. Perdona —No es que fuese verdad. Sabía que se habría sentido como un pez fuera del agua en medio de todos aquellos cuadros y de los pintorescos amigos de Hadrian, pero era una mentira que ahora necesitaba.

Se produjo otro silencio, unas breves interferencias en la línea y el ruido de algo al ser arrastrado.

—Tengo que colgar, Edu. Necesito las dos manos. Llámame a última hora y hacemos algo, ¿vale?

—Vale. ¿Escojo yo?

—Sí. Yo no tengo tiempo de planear nada.

—Vale, artista. Te llamo luego.

Mientras Hadrian colgaba, Eduardo ya urdía un plan para compensar su ausencia de la noche pasada.

**

Todavía con las manos oliendo a disolvente y algún manchón de pintura en los vaqueros, Hadrian se sentía feliz ante aquel presuntuoso portal de madera noble. No porque diese entrada a un piso en la Moraleja, sino porque estaba a punto de conocer el hogar de Eduardo, el lugar donde había crecido.

Desde que había empezado su relación, Hadrian se había amoldado a no esperar nada específico de Eduardo. Eso le llevaba a no sentirse defraudado si no acudía a una inauguración en una galería de arte, y a sentirse excepcionalmente sorprendido si al día siguiente le proponía pasar un fin de semana en la casa vacía de sus padres. El ascensor de focos halógenos y triple espejo, donde Hadrian vio reflejado un beso desde tres ángulos diferentes, les dejó en el cuarto piso. Sólo había una puerta, y que hubiera una vivienda por planta daba idea de lo grande que era. Aun así, Hadrian tenía que admitir que no había esperado que grande significase tres veces su casa en Praga. El pasillo partía desde el extenso hall de entrada y desembocaba en un salón rodeado de ventanales. Todos los muebles y los sofás eran de color blanco, salpicados de complementos rojos y negros. El centro lo ocupaba una pantalla

de televisión de plasma de las que habían salido recientemente. Todo era lineal, moderno, costoso… pero a Hadrian le resultaba indiferente. El concepto que tenía de hogar se había forjado entre tapetes de ganchillo de su abuela Nora, retratos de familia en las paredes y muebles de molduras barrocas. Incluso había sentido la calidez de estar en casa en el piso compartido de Berlín, de mobiliario barato y desorden recurrente. Sin embargo, aquella casa era la portada perfecta de una revista de decoración de interiores, modélica, distante e impersonal.

—Bienvenido a mi casa. ¿Te gusta?

—Es… lujosa.

—Mucho, pero las he visto más bonitas. Mi madre se pasó semanas viendo revistas de moda y creo que la decoró para cumplir su sueño de abrirla algún día a la reportera de Casa Actual. Paso aquí poco tiempo, de todas maneras.

Hadrian sonrió y se recostó en el hombro de Eduardo. Estaba orgulloso de él, de que poseyendo esa casa no mostrase el más mínimo atisbo de presumirla. Eduardo siempre parecía estar por encima de las cosas que a otros les parecían tan importantes. Quizá porque siempre las había tenido.

—Luego vemos toda la casa, pero primero quiero enseñarte algo.

En el ala derecha de la casa estaban repartidos los dormitorios. Cuatro, para ser exactos. Uno lo ocupaban los padres de Eduardo, otro él mismo y un tercero se reservaba para los invitados. Lo que Eduardo quería enseñarle a Hadrian era el último de ellos, el que tenía colgando en la puerta tres letras de madera, una E naranja, una D verde y una U violeta.

En el interior, el azul de las paredes desaparecía casi por completo bajo un montón de posters de futbolistas y coches. En un rincón del suelo estaba montado un Scalextric y el opuesto lo regían dos mecanos y varios intentos de fortalezas construidos con piezas de Tente. Había varias estanterías con libros y álbumes de cromos, una cesta con dos balones de fútbol y uno de baloncesto, y un banderín del Real Madrid encima de la cabecera de una cama pequeña. En una vitrina descansaban tres helicópteros, un portaaviones y varias maquetas de motos de carreras. Hadrian lo recorría todo con una mirada llena de interés y sorpresa, deleitándose en cada detalle.

—¿Es tu habitación de pequeño? — preguntó.

—Técnicamente, sí. Mi madre quiso conservarla por si tenía otro hijo. Unos años después, quiso reformarla para hacer un vestidor, pero no le dejé. Siempre que vengo acabo usándolo otra vez. El otro es tan de revista como el resto de la casa. Éste es más acogedor, y de vez en cuando… hasta juego — añadió Eduardo encogiendo los hombros y sonriendo.

Hadrian sintió que algo muy fuerte empezaba a crecer en su pecho y se empeñaba con terquedad en obstruirle la garganta. La sensación se volvió aún más terca cuando reparó en que, a un lado de la puerta, colgaban dos espadas con empuñadura dorada y funda de terciopelo. Sin dudarlo, fue hacia ellas y acarició reverente las vainas.

—Me las regaló mi tío cuando tenía once años — explicó Eduardo.

—Son increíbles. Parecen de verdad… Cuando era pequeño, yo jugaba con unas de madera.

—Mi madre siempre quiso que las dejase decorando la pared porque eran muy caras. Pero, ¿qué gracia tienen unas espadas que no pueden usarse? Yo las bajaba siempre al parque — siguiendo la línea de sus palabras, Eduardo descolgó ambas espadas y desenvainó una. La vaina crujió al liberar a su protegida, y la mirada de Hadrian se deslizó por el filo brillante e inofensivo — ¡En guardia, mosquetero!

La otra espada llegó en caída libre a manos de Hadrian, quien sonrió de oreja a oreja antes de liberarla.

—¿De verdad quieres luchar conmigo? ¿Con el mejor espadista del reino?

—Se dice espadachín, bufón. ¡Y en guardia he dicho! O atacaré sin aviso, os lo advierto.

Hadrian soltó una carcajada y se cuadró en su mejor pose de caballero. Por un momento de íntima felicidad volvió a aquellas ferias de espadas en alto, a ese extraño acento español bañando un alemán de provincias, a aquellos inmensos ojos negros, a correr con él entre los puestos. “¡Si volvéis a pisar mis tierras españolas os mataré, os lo advierto!”.

Allí, en aquel cuarto infantil, todavía existía permiso para ser un niño. Y era perfecto. Un hogar en sí mismo, lleno de juegos y de sueños. Un sitio al que huir si el mundo se volvía demasiado hostil. Una inequívoca razón para llamar amor a eso que se le atascaba en el cuello. Hadrian lo sabía, mientras chocaban aquellas espadas de diseño y daban saltos esquivando lo que hubiese en el suelo. Lo sabía cuando, entre risas y sofocos, bajaron las espadas y surgieron los besos. Lo sabía aún más cuando, llegado el deseo, Eduardo le miró y le dijo que se fueran al otro cuarto, manteniendo su refugio a salvo de crecer, como un Peter Pan de ladrillo y yeso. Y cuando cayó sobre la cama digna de portada de revista, el saber de Hadrian se volvió puro conocimiento. Unos ojos sin pupila se clavaron en los suyos, pero ya no eran de Pablo.

Eran de Edu.

Capítulo 14

Concatenaciones

Llegó a finales de abril, toda piernas y aires de Manhattan. El máster en Diseño de la Universidad de Columbia había terminado una semana antes. Al principio, sus planes habían incluido un par de meses más en Nueva York para dejar algunos currículos y estrechar posibles lazos que le permitiesen trabajar allí en el futuro, pero Silvia extrañaba Madrid mucho más de lo que nunca admitiría y había hecho las maletas al día siguiente de acabar el curso. Poner los pies en Barajas hizo asomar una sonrisa a sus labios. La aventura estadounidense había estado bien, pero casi un año era más que suficiente y ahora sólo quería beberse Madrid hasta el coma etílico.

Sus padres la esperaban a la salida del aeropuerto. Como si hubiesen recuperado a su hija de la misma guerra, la abrazaron y la besaron durante lo que a ella le pareció una eternidad, antes de dejarle deshacerse del equipaje y subir al coche. Silvia supuso que iba a ser difícil salir de casa el mismo día de su llegada, pero aunque fuese por unas horas tenía que hacerlo. Nadie excepto su familia sabía que estaba de vuelta y les había pedido que ellos tampoco se lo contasen a nadie. No estaba acostumbrada a pasar desapercibida, y nada le parecía más merecedor de atención que aparecer por sorpresa desde Nueva York. Había algunas reacciones que se moría por descubrir. En la sobremesa de una concurrida comida de bienvenida encontró el momento justo para escabullirse de más preguntas. Cogió el coche de su madre y, feliz de escuchar por fin música española en la radio, se perdió por las calles de Madrid en busca de sus amigos. Sabía perfectamente por cuál empezaría.

*

¿Es que nunca acabaría? Hadrian maldecía para sí mismo y luchaba con todas sus fuerzas para no cambiar el peso de su cuerpo de un pie a otro o retorcer las manos como un inocente novato. La nariz puntiaguda del profesor de Investigación Plástica se pegaba a su lienzo demasiado para su gusto, mientras levantaba las gafas en un intento de apreciar mejor las texturas del óleo y la inclusión de los otros materiales en el conjunto. Los suaves gruñidos que emitía el docente con fama de ser el más duro de toda facultad bien podrían ser reproches o signos de aprobación a su técnica. Hadrian no dudaba de su obra, había dedicado a aquella representación paisajística más de cinco meses de trabajo, y sabía que la idea conceptual era una de las más originales que se verían en la asignatura. Sin embargo, encima de la tarima, expuesta ante todos los alumnos y bajo el intenso escrutinio de aquellos ojos exigentes, parecía que por momentos llegaba a encogerse.

Intentando mantener el tipo por los dos, Hadrian enderezó su espalda e

hizo acopio de su autocontrol. La presión era mucha. Necesitaba superar ese proyecto para obtener los seis créditos prácticos y luego luchar por los seis teóricos del examen de junio. Cualquier error, cualquier obra por debajo de las expectativas le hubiesen supuesto un suspenso hasta septiembre, y eso habría significado no contar ya con la ayuda del programa Erasmus. Sin ella no tendría recursos económicos y, por nada del mundo, quería ocasionar un gasto extra a su familia.

—Señor Malek, tiene usted un punto de vista sobre la mezcla de materiales muy peculiar. No considero que incluir el mayor número posible sea buena receta para ningún pintor, español o checo.

Ahí estaba. Hadrian podía oler el suspenso en cada una de sus palabras. No es que las valoraciones anteriores hubiesen empezado mejor, pero la expresión del profesor era tan seria que no auguraba ninguna mejoría. Hasta que aquella extraña mueca de sonrisa apareció, como abriéndose paso a la fuerza en unos labios más acostumbrados a la crítica que al halago.

—A no ser que el pintor en cuestión pueda llegar a concebir una idea como ésta. En ese caso, demuestra que posee la capacidad para añadir cuantos materiales quiera. Buen trabajo, señor Malek. Excelente uso del color y del cerebro.

Hadrian recibió la valoración con un asentimiento de cabeza y sonrió sin ceder al exceso que le provocaba su alborotado interior. Ya tendría tiempo de gritar y saltar más tarde. Ahora tenía que recoger su lienzo y dejar paso al siguiente alumno. Con un agradable cosquilleo de alegría en el cuerpo, recogió su obra del caballete. Una que era ya tan grande que casi no le cupo entre los brazos.

*

Eduardo estiraba los suyos por encima de su cabeza, tan largos como eran. La cafetería de la facultad se empezaba a vaciar a medida que los alumnos retomaban las clases de la tarde, y nadie parecía dispuesto a acompañarle en otra de sus pellas particulares. Empezaba a cansarse. Todos los amigos que había hecho en los dos primeros años estaban ya a punto de licenciarse y se tomaban cada vez más en serio eso de los estudios. Él, que seguía sintiendo tanto interés por las ciencias económicas como por el chino mandarín, tiraba de la cuerda que sus padres soltaban, aprobando una o dos asignaturas por año. Cuando el último de sus compañeros agarró sus libros y le dejó en aquella mesa sucia y solitaria, Eduardo recordó con añoranza las tuercas, las bujías y la grasa en sus manos. Inmediatamente asociado a ese recuerdo venía el de la cara lívida de su padre el día en que le había dicho que quería ser mecánico.

Sabedor de que quedarse allí era estúpido si no pensaba ir a una clase justo

en el piso de arriba, Eduardo decidió ir al centro de Madrid para buscar algo que hacer esa noche. Era jueves y seguro que a Hadrian le apetecía una sesión de cine de serie B en la Filmoteca. Hubiera ido a buscarle en ese mismo momento, pero el checo había sido muy claro, *de aquí a fin de curso no cuentes conmigo antes de las ocho*. Eduardo no se explicaba por qué la gente tenía que ser tan responsable. Tanta prisa por acabar la espléndida vida universitaria no podía ser buena. Con los libros haciendo bulto bajo el brazo, Eduardo salió del edificio para dirigirse hacia el aparcamiento. Casi se le cayeron al suelo cuando vio quién se apoyaba en la puerta de su coche, con los ojos cerrados, la cara vuelta al sol y una minifalda que le hubiera quitado el hipo de tenerlo.

—¿Silvia? ¿Pero qué haces en Madrid?

Silvia abrió sus ojos verdes y sonrió, complacida con la sorpresa que llenaba todos los rasgos de Eduardo.

—Yo también me alegro de verte, cariño.

Seguía tan guapa como siempre. Media hora más tarde, mientras removía su té colapsado de azúcar con esas manos tan finas y cuidadas, Eduardo no podía dejar de mirarla. Su físico siempre le había impresionado, pero ahora venía acompañado de un aplomo y un atractivo que estaba seguro sólo se podría comprar en alguna tienda de Manhattan. Silvia parecía sentirse más segura que nunca, y esa sonrisa mezcla de seducción y autosuficiencia que le dedicaba le estaba volviendo loco.

—Así que no le dijiste nada a nadie.

—¿Y perderme una cara como la tuya? Ni en sueños.

—Pensé que volverías en agosto.

—¿Qué pasa, Edu? ¿Arruino tus planes? ¿Alguna chica a la que no puedas dejar de repente?

Habían sido claros. Iban a pasar un año separados y, sin bien no era un motivo para dejar el noviazgo, sí lo era para darse ciertas libertades. Ambos habían acordado consentirse los devaneos suficientes para calmar las ausencias y volver a estar juntos en verano. Silvia había parecido saber en ese momento que atarle en corto habría sido acabar con todo y, de todas formas, Eduardo no estaba seguro de que ella no quisiese también dejar las puertas abiertas a algún posible candidato neoyorquino.

—No, no es eso. — contestó — Sólo es… sorpresa.

—¿Has estado con muchas?

—Silvia, sin preguntas, ¿recuerdas? Ése era el trato.

Sin dejar su sonrisa, Silvia apoyó la taza en el platillo y puso un cigarro entre sus labios. Eduardo no tardó ni dos segundos en encendérselo; el humo directamente dirigido a él le golpeó en el rostro, unido a un tenue aroma a perfume caro.

—Está bien, un trato es un trato. Y ahora, ¿vas a llevar a tu novia a un sitio más privado, o piensas invitarla a un café tras otro como en la primera cita?

*

Se sentía como un quinceañero preparando la primera cita. Hadrian había ido a comprar uno de esos vinos que nunca podría permitirse beber a diario, velas y el postre de tres chocolates que sabía que le encantaba a Eduardo. Después, se había acercado a la Plaza Mayor a buscar dos bocadillos de calamares muy poco a la altura de la calidad del vino pero llenos de significado. Había dispuesto todo en un improvisado mantel sobre el suelo de su habitación. Al fondo, apoyado en la pared, descansaba el cuadro que motivaba la celebración, diferente a la luz de las velas que bailaban sombras sobre sus trazos. Esperaba que Eduardo hubiese visto su mensaje de texto y no tardase demasiado, o la cera se consumiría y los bocadillos se acabarían enfriando.

Se moría por verle. En las últimas semanas apenas había tenido tiempo de calidad a su lado. Además sabía que había estado algo insufrible, nervioso por el resultado final en esa asignatura, pero esa noche pensaba compensárselo. Hadrian sonrió al mirar el aluminio que envolvía los bocadillos y recordar esa primera vez que los había probado junto a Eduardo. A veces ni siquiera entendía cómo habían acabado juntos. Eduardo parecía tener un don para aceptar todas las cosas que iban pasando con una cómoda naturalidad, incluso a nivel físico. Se había mostrado curioso y un tanto inseguro la primera vez, pero a partir de ese momento se había dejado llevar por el instinto, sin pensárselo demasiado. *El deseo es deseo, Kuna*, le había dicho una vez entre lánguidos besos, y esa frase le había inspirado a Hadrian un nuevo cuadro.

Eduardo tampoco mostraba interés hacia otros hombres. Si bien la vista se le iba irremediablemente hacia unas piernas femeninas o un escote, a nivel masculino no parecía tener ojos más que para él. Hadrian, que aún no sabía si eso acabaría siendo bueno o malo, no podía evitar sentirse especial y único en una relación que rodaba por sí sola.

Su móvil se iluminó en la tenue oscuridad de la habitación anunciando un nuevo mensaje recibido. Saltando entre velas, Hadrian lo cogió y todo el encanto del momento se hizo pedazos. *Lo siento, no me esperes hoy. Me es imposible verte. Eduardo.*

*

—¿Contestas tú?

—¿Eh?

—Si contestas tú al teléfono, Hadrian, está sonando.

Bastian le miraba con una ceja alzada y las manos enguantadas llenas de pintura verde y él oyó por fin el teléfono que repiqueteaba con insistencia. Hadrian dejó las letras de papel de rafia que estaba pegando en el mural del museo y fue a cogerlo. Tras responder una duda sobre el horario de apertura, colgó y volvió a su sitio en silencio.

—¿Estás bien? — le preguntó Bastian.

—Sí, es el final de curso. Es intenso y estoy cansado.

—Hadrian, si esto te quita tiempo me las arreglaré solo, de verdad. Agradezco tu ayuda, pero entiendo que es complicado atender a todo a las puertas de los exámenes.

—No. Esto me relaja, de verdad. Me gustan los niños y me gusta lo que haces —Hadrian esperaba no haber sido muy atrevido, pero sí lo suficientemente convincente como para no tener que seguir contestando preguntas.

—Está bien. Pero si se te hace mucho, o quieres hablar de cualquier otro problema, me lo dices, ¿vale? Te ayudaré en lo que sea.

—Gracias, Bastian. Lo tendré en cuenta.

*

—No te lo tendré en cuenta.

—¡Serás cabrón!

—Y eso tampoco.

El chorro de agua de la ducha ahogó el siguiente insulto y Sergio suspiró, atándose las deportivas. Cuando ya cogía su mochila, Eduardo salió del baño envuelto en una toalla y con el ceño fruncido. Antes de que volviese a la carga, Sergio levantó las manos a modo de disculpa.

—No me mires así. Me hiciste prometer que cuando tuvieses clase con el amigo de tu padre te levantase como fuese. No es mi culpa si le tienes miedo al tal Gutiérrez.

—Vete a la mierda, listillo. Y podías despertarme con más suavidad y no lanzándome la pelota de baloncesto a la cabeza.

—Si quieres suavidad, búscate una tía. ¿Qué hiciste ayer por ahí hasta las seis?

—¿Ahora eres mi madre?

—¡Dios me libre!

—Y a mí, tío, y a mí —Eduardo tiró sobre la cama unos vaqueros y un polo azul y rebuscó en los cajones su siempre desordenada ropa interior —Ha vuelto Silvia.

—¿Qué? ¿Silvia… Silvia?

—Silvia, mi novia, sí. La que estaba en Nueva York y no volvía hasta agosto.

—¡Haberlo dicho antes, hombre! Y, ¿sigue queriendo estar contigo?

—Puedes ir buscándote otra, capullo.

La pelota de baloncesto voló esta vez hacia la cabeza rapada de Sergio, quien consiguió esquivarla por centímetros, para luego dedicarle a Eduardo una florida peineta. *Chicas*, pensó Sergio mientras salía por la puerta, *siempre eligiendo lo que menos les conviene… Una pena.*

*

La pena había dado paso al desconcierto y éste, tras un nuevo plantón de Eduardo, se había transformado en enfado. Hadrian no sabía qué estaba sucediendo, pero todo lo que había obtenido de él en los últimos días eran un par de mensajes disculpándose por no poder verle. No había contestado a sus llamadas ni se las había devuelto, y eso, en alguien que marcaba su número dos o tres veces al día para cualquier cosa que se le ocurriese, sólo podía ser síntoma de algo malo. Hadrian intentaba ocultar su mal momento personal volcándose en sus trabajos de fin de carrera. Se quedaba en los talleres hasta que la universidad cerraba, y algunas noches se encerraba hasta muy tarde en la biblioteca. Aun así, era muy difícil ignorar lo mucho que le dolía la actitud de Eduardo.

Un día más, el bedel vino a advertirle de que en cinco minutos cerraría las puertas. Hadrian recogió sus materiales y salió del edificio que iba a apagándose aula a aula. Aún no había caído del todo la noche, pero el ambiente era frío. Todo el mundo decía en Madrid que la primavera no estaba siendo buena. Hadrian recordó a su fría Praga con un toque de melancolía. No la había extrañado en Berlín, ni tampoco durante este año en España, pero desde que Eduardo había desaparecido sentía unas ganas terribles de volver a casa. Estaba seguro de que olería a pastel de nueces, ése que su madre siempre hacía en las ocasiones especiales, que su padre le abrazaría con orgullo, aún sin creerse del todo que su hijo fuese a ganarse la vida a base de inspiración y pinceles, y que su hermana habría crecido acentuando aún más su elegante porte de bailarina. También vería a los chicos y se sentiría de nuevo entre

amigos. Había pasado ratos increíbles en Madrid con Klaus y Jaroslav, pero algo le decía que cuando el curso acabase, todos pasarían página y volverían a sus respectivas vidas.

La interesante página del libro que iba leyendo de camino a la parada de metro fue la culpable de que, al girar una esquina, chocase con fuerza contra un chico que estaba haciendo footing.

—Lo siento. Ha sido culpa mía, estaba distraído.

Sergio se quitó los auriculares de las orejas y se tocó el hombro dolorido.

—Y tan distraído, tío… ¡Ey! ¡Yo te conozco!

Hadrian estrujó su memoria para intentar recordar e inmediatamente le conectó de alguna forma con Eduardo.

—Soy Hadrian. ¿Y tú eres…?

— Sergio. El compañero de habitación de Eduardo. ¿No le habrás visto, por cierto? Tenía que llevarme mañana al Paraninfo y no sé si se acordará.

Hadrian se tragó el nudo que se le empezaba a formar en la garganta.

—Pues no, hace días que no le veo. ¿Está bien?

—Yo tampoco le veo nada. Está muy ocupado desde que ha vuelto su novia. Algunos nacen con suerte.

—¿Su novia?

— Sí, la tenía bien escondidita en Nueva York para no perderse la diversión, pero ahora ha vuelto y me temo que Eduardo está fuera de juego.

—Tengo que irme o perderé el metro…

—¡Y yo el ritmo! Nos vemos, Hadrian.

Sergio emprendió de nuevo la carrera, pero a Hadrian le costó varios minutos volver a moverse.

*

—¡Muévete, muévete! ¡Se va la cobertura!

—Llamo desde una cabina, papá.

—Pues se oye fatal hijo… Tu madre ya viene, ha ido a llevarle a la vecina unas prendas que le arregló anoche. No esperábamos que llamases. ¿Cómo va todo?

—Bien, papá.

Mal. Todo iba mal pero a su padre siempre había podido ocultarle esas

cosas. Con su hermana le habría costado un poco más, pero estaba tan entusiasmada con las clases y el estreno de ballet que iba a representar en septiembre, que apenas le había dejado hablar. A quien en realidad temía era a su madre. Pero necesitaba oír su voz, escuchar que le echaba de menos y que estaba deseando que volviese. Por eso, en cuanto había salido del metro más cercano a su residencia, había buscado una cabina y había marcado el número de su casa. También, con la nostalgia del amor que siempre ha amado, había pensado en Jürgen. Sin embargo, el dedo había quedado a centímetros de los números, sin atreverse a pulsarlos.

—¡Hadrian, cariño!

Era su madre, y en cuanto Hadrian oyó el checo de su voz, las lágrimas afloraron.

—Mamá…

—Cariño, qué alegría saber de ti. ¿Cómo estás? ¿Qué tal va el curso? ¿Estás comiendo bien?

Como si la hubiese escuchado, su estómago dio un vuelco, provocándole una intensa náusea.

—Sí, mamá.

—Me alegra que esté todo bien. Te echamos de menos, mi vida. Estamos deseando que vengas. Lenka está hecha toda una bailarina. A tu padre le va a dar algo un día con tanto hijo artista.

—Lo… superará.

—Hadrian, ¿estás llorando? ¿De verdad va todo bien?

—Si… es sólo que… os echo de menos…

—Cariño… Nosotros a ti también. Pero ya no queda nada para que acabes el curso y luego te cansarás de vernos. ¿Las notas van bien?

—Sí…

—Por supuesto que sí, qué tontería. Eres el mejor, mi vida. Te queremos muchísimo, ¿me oyes? No te rindas.

Unos pitidos en la línea anunciaron el final del tiempo de llamada. Hadrian no tenía más monedas y aunque las hubiese tenido, no habría podido seguir hablando. Apenas veía cuando intentó colgar el auricular en su sitio. Sólo pudo encogerse contra el cristal y dejar que las lágrimas, libres por fin, lo arrasaran todo.

Capítulo 15

Pronóstico reservado

La niña mostraba unos trazos muy firmes para tener solo siete años. Mientras sus compañeros se afanaban en colorear por dentro del perfil de los dibujos, ella conseguía que el fondo de color fuese uniforme y, en algunas ocasiones, poco convencional. Su elefante era rosa y su tigre mostraba un pelaje en los tonos del arcoíris que había hecho sonreír a Hadrian. Ni él ni Bastian la corrigieron, la premisa en los talleres del MUPAI era que los niños pudiesen expresar su creatividad de forma totalmente libre. Hadrian puso un nuevo bote de pinturas sobre la mesa, cerca de la niña, e imaginó a unos padres comprensivos, orgullosos y capaces de ver la madera de artista que tenía su hija. Un mareo considerable acabó con sus ensoñaciones.

Era el tercero en esa semana y el disgusto por el engaño de Eduardo se le empezaba a quedar corto para justificar los vómitos y el malestar general que había hecho presa en él en los últimos días. Los dibujos de los niños se habían convertido en manchas deformes y la mesa, ahora curva, ondulaba como si hubiese salido de una obra de Dalí. Con pasos vacilantes e intentando que Bastian no le viese, Hadrian se dirigió al baño. A solo dos pasos de la puerta sintió que perdía la verticalidad y después de escuchar en un eco lejano su nombre todo se volvió negro.

**

Bastian había llamado a Paula Morán. Era el contacto de Hadrian en la universidad y quien podía certificar su seguro médico. Luego se había quedado en la sala de espera, pero tras más de una hora las noticias seguían retrasándose. Hadrian había recuperado el conocimiento en la ambulancia pero el tratamiento al llegar al hospital había sido preferente y Bastian no lo interpretó como algo favorable. Caer enfermo era la mayor prueba de la impotencia del ser humano; él lo sabía bien pues había pasado gran parte de su infancia entre camas de hospital. La única fuerza en esos momentos era la que podías recibir de quienes estuviesen a tu lado y la verdad es que Hadrian Malek estaba completamente solo. Por eso Bastian se quedó allí, cubrió todos los formularios que le entregaron y sintió un nudo en la garganta cuando tuvo entre sus manos el consentimiento para realizar una endoscopia.

—Disculpe... Yo sólo soy un compañero de trabajo. No tengo competencias para esto — le dijo a la enfermera.

—Ha cubierto usted todos los formularios anteriores.

—Sí, lo he hecho, sus datos y sus síntomas pero esto es una prueba médica.

—¿Podemos llamar a alguien más?

—Bueno, el chico tiene un tutor asignado y está el Rector de la universidad o...

—Mire señor, le voy a ser franca. El paciente es mayor de edad y esta prueba está marcada como prioritaria y urgente. Podemos perder el tiempo o podemos hacer lo que hay que hacer cuanto antes.

Si algo había aprendido Bastian en su periplo hospitalario era que en ciertas circunstancias no había nada más valioso que anticiparse. Esa convicción y la prisa que invadía cada músculo de la enfermera fueron los que le llevaron a firmar el documento.

**

Hadrian se sentía cansado y confundido. Lo último que recordaba era la ambulancia y unas luces potentes pasando sobre su cabeza mientras le llevaban de un sitio a otro. Seguía teniendo molestias en el estómago pero ahora el dolor parecía haberse desplazado hacia su pecho y su garganta. Había intentado hablar pero todo lo que había conseguido era un sonido rasposo e ininteligible y la petición de que no lo volviese a intentar. Por primera vez desde que había llegado estaba solo, sin nadie comprobando sus constantes o examinando su cuerpo.

Miró a su alrededor para encontrarse las asépticas paredes blancas y varios armarios llenos de medicinas. No conocía los hospitales españoles pero estaba casi seguro de que aquélla no era una habitación en planta. Supuso que aún seguía en urgencias. Demasiado débil para levantarse e incapaz de hablar, deseó tener allí a sus padres, cogerles de la mano y pedirles que le llevasen de vuelta a casa. Pero fue Bastian quien apareció, sonriendo de una manera que no conseguía ocultar su preocupación.

—Ey, ¿cómo estás?

Señalando su garganta, Hadrian negó con la cabeza.

—Ah, la prueba. He dado el consentimiento, espero que no te moleste. Dijeron que era imprescindible. ¿Te han dicho algo? —ante el mismo gesto de nuevo, Bastian se sentó en el lateral de la cama y puso una mano en el hombro de Hadrian— Paula Morán ha venido y también un representante del programa Erasmus. Están arreglando el papeleo. Te pondrás bien. Todo irá bien.

Y Hadrian asintió porque ya había dicho no demasiadas veces.

**

El alta llegó doce horas después de haber ingresado. Una vez estabilizados sus mareos y con la medicación adecuada para su estómago, Hadrian volvió a

la residencia, con orden estricta de mantener reposo. El diagnóstico tendría que esperar a ciertos análisis que se estaban haciendo y otros que se practicarían más tarde. Hadrian no le habló a nadie sobre la biopsia. Tampoco quiso contárselo a su familia pues lo que menos deseaba era preocuparles innecesariamente. Si las cosas terminaban en el peor de los supuestos sabía que iba a sobrar tiempo para lamentarse.

Entre pastilla y pastilla, Hadrian trató de retomar su vida con la mayor normalidad. Parapetado en su sudadera más vieja y en los tazones de leche caliente que le subía Antonio desde la portería, siguió estudiando y puso fin a dos de las obras que tenía pendientes. Las molestias seguían estando ahí, pero las medicinas parecían surtir efecto y al menos ya no sufría mareos. Las llamadas de Bastian y Paula le mantenían en contacto con el mundo, y al quinto día decidió que su encierro ya había durado demasiado y salió a entregar dos de sus trabajos en persona.

Nada se había detenido en su ausencia; al contrario, el ritmo de la vida universitaria se aceleraba por momentos. Todos los alumnos querían acabar pero al mismo tiempo hubiesen pagado por retrasar un poco más ese final. Mientras recorría los pasillos hacia el ala de los despachos, Hadrian pensó en ese curso en España, en todo lo que le había sucedido, y el nudo de congoja que siempre se le colocaba en la garganta al pensar en Eduardo se volvió ínfimo y casi inocuo cuando recordó la cita médica a la que iba a asistir en un par de días. Como hubiese dicho su antiguo profesor Patrik Urban, en la vida todo era cuestión de perspectiva.

Las siguientes cuarenta y ocho horas no le parecieron reales. Ni los libros, ni los experimentos mezclando colores en un nuevo trabajo consiguieron que el tiempo pasase un poco más rápido. Esconder el reloj para no mirarlo más tampoco dio resultado; siempre quedaba el recurso del móvil o el sonido del reloj de esa torre que siempre se oía cuando el viento era del norte. El duermevela que sufría por las noches tampoco le propició descanso. La mañana del día D, Hadrian aún parecía más enfermo de lo que probablemente estaba.

El ala de oncología estaba en la tercera planta. Tras subir el primer piso por la escalera y sentir que las piernas se le volvían de gelatina, cogió el ascensor. Los minutos en la sala de espera le sirvieron para normalizar su respiración y secarse la fina capa de sudor que se le había formado en la frente. Lejos parecían quedar aquellos días de horas en bicicleta y subidas a los montes de Praga para dibujar las vistas. Desde la última visita al hospital lo que más le apetecía era descansar.

—¿Hadrian Malek?

Hadrian se puso en pie, tomó aire y se dirigió a la consulta. Desde que

cruzó la puerta intuyó qué iba a ocurrir. La primera mirada del médico oscilaba entre la lástima y la comprensión, y su expresión corporal era la de alguien a punto de comunicar malas noticias. Hadrian trató de prepararse, de tener la fortaleza que la soledad le exigía, pero las palabras le golpearon con contundencia, haciéndole imposible captar más que retazos de lo que el doctor Agulló le estaba diciendo.

Negarlo fue su primer impulso. Decirse que él solo tenía unos molestos retortijones, que a veces no podía comer porque le daban náuseas y siempre tenía ardores, pero que ésas eran cosas normales para un chico de veintitrés años, aclimatándose a un nuevo país y bajo la presión de los exámenes. Era algo lógico, no eso que escuchaba mientras se le empapaba la frente de sudor y las manos le temblaban descontroladas.

—Hijo… ¿Quieres que avisemos a alguien? ¿Tienes algún familiar en España?

Hadrian negó con la cabeza y entre la bruma del shock sintió el tacto frío del cristal en sus labios. De forma mecánica bebió el agua que le ofrecía la enfermera, dándose cuenta en ese momento de lo seca que se le había quedado la garganta, y luego cerró los ojos tratando de relajarse.

La charla que vino a continuación fue tan técnica y en un español tan rápido que apenas entendió nada. Los tantos por cien, las estadísticas, la explicación de aquella cosa que estaba comiéndole por dentro poco importaban. En la cabeza de Hadrian se había filtrado una duda que necesitaba aclarar de inmediato, antes de salir de aquella jaula blanca que le estaba asfixiando.

—¿Cuánto tiempo me queda?

El doctor Agulló, curtido en campos de batalla mucho más miserables, le mantuvo la mirada y buscó el tono más amable para dar su respuesta.

—Si quieres morir en tu país, Hadrian, haz las maletas.

**

Volvió de la consulta andando. Era un largo paseo que tendría que completar con un trayecto en autobús, pero en ese momento necesitaba el aire, los rayos de sol en la cara y tiempo para ordenar sus ideas antes de llamar a su casa. Le hubiese gustado decírselo a su familia al llegar a Praga, pero Hadrian no tenía el dinero para cambiar la fecha prevista de su vuelo y sabía que en cuanto se lo pidiese a sus padres le exigirían explicaciones. El problema era que, tras dejar atrás siete bocas de metro, aún no había encontrado una frase que suavizase un poco el “tengo cáncer de estómago en fase terminal”.

Tomando valor, Hadrian se metió en la siguiente cabina que encontró y

marcó el número de teléfono de su casa. La voz de la operadora, fría e impersonal, dio paso a la de su madre, que parecía encantada de que volviese a llamarles tan pronto. En cuanto Hadrian la escuchó todas las compuertas que retenían sus emociones se vinieron abajo. El miedo, la incertidumbre y la impotencia hicieron presa de él, y Hadrian ya no pudo seguir escondiendo la verdad. El grito ahogado de su madre y el ruido del teléfono cayendo al suelo lo hicieron todo aún más real. Fue su padre el que segundos después tomó el control de la situación. Con un tono que a duras penas ocultaba su dolor le dijo que le querían, que estuviera tranquilo y que dispondría del dinero esa misma noche.

Lo importante es que vuelvas a casa cuanto antes, cariño.

Hadrian pensó que su vida se había convertido en una sucesión de "cuanto antes". Como si el tiempo se hubiese contraído de repente y sobre su cabeza no pendiese una espada sino la aguja de un reloj que avanzaba implacable. Y aun así, él había perdido toda prisa. Si dependiera de sí mismo, se quedaría sentado en un banco con el bloc de dibujo en sus manos, esperando a que todo acabase.

Lo peor de todo fueron las lágrimas. Las ajenas, ésas que se derramaron aún antes de que lo hiciesen las suyas. Hadrian no entendía por qué tenía que ser él quien consolase, quien animase a los que probablemente en unos meses ya no le recordarían. Pero lo hizo, con Paula, con alguno de sus compañeros, ante la mirada consternada del Rector. La noticia de su partida se había extendido de una forma que él no anticipaba, aunque por suerte no lo habían hecho las causas. El abrazo a Bastian fue el primero que le humedeció los ojos pero Hadrian luchó con todas sus fuerzas por no llorar frente a él.

Lo hizo al salir, en el Jardín Botánico, un lugar del que quería despedirse. Y donde recibió la primera llamada de Eduardo en tres semanas. Era casi increíble cómo podían cambiar las sensaciones en tan poco tiempo. Lo que antes le hubiese puesto una sonrisa de oreja a oreja y unos nervios agradables en el estómago, ahora hacía que el móvil ardiese en sus manos y un punto de ansiedad le oprimiese el pecho. Hadrian, que tampoco se sentía el mismo, ya no quería hablar con Eduardo ni escuchar una más de sus mentiras. Dejó que los tonos se agotasen y luego se levantó del banco para encaminarse por última vez hacia la salida de la universidad.

Klaus y Jaroslav no tuvieron problema en encontrarle esa tarde en el Pepe Botella. Hadrian suponía que ante el "me marcho mañana" les había sido imposible negarse. Contrariamente a lo que pensaba fue Juros el que se creyó su historia sobre problemas familiares y nada muy grave sin dudar ni un segundo. Klaus, sin embargo, había alzado una ceja con incredulidad, aunque no llegó a decirle nada. Durante un par de horas, volvieron a disfrutar del buen

café y la tertulia, como si fuese una más de sus reuniones, justo como Hadrian quería que sucediese.

—Me parece que tus sueños europeístas se van a quedar sólo en eso, el nuevo presidente les está dando una caña...

Juros hablaba de Václav Klaus, recién elegido presidente de la República Checa. Hadrian había seguido las elecciones y también las diferencias políticas que comenzaban a darse en su país, pero había desconectado un poco del tema a raíz de su relación con Eduardo. De repente, la evidencia de que probablemente no vería el desenlace de todo aquel debate cayó sobre él como una losa. El tic tac del reloj volvió a resonar en su cabeza. Se le acaba el tiempo y lo peor era no saber cuándo la aguja dejaría de moverse.

—Ey, ¿estás bien? – la mano de Klaus sobre la suya le sacó del bucle de pensamientos en el que había entrado.

—Sí, lo siento. Lo siento.

Klaus, espontáneo y cariñoso como siempre, no dudó en abrazarle. Sobre su hombro, Hadrian vio la mirada preocupada de Jaroslav.

—Todo se arreglará, Hadrian. Ya lo verás. El tiempo lo cura todo.

Hadrian no tuvo valor para volver a mentirles.

**

Uno no hace el mismo equipaje para empezar una vida que para terminarla. De las dos maletas con las que Hadrian había llegado, sólo usaría una. En ella metió el tocadiscos y los vinilos de su abuelo, ciertas prendas de ropa con valor sentimental y sus pinceles, pinturas y cuadernos. Después apiló todos los libros del curso sobre la mesa y llenó la segunda maleta con lo que había descartado y que iba a dejar en la portería. Tras un par de horas, todo lo que quedaba a su alrededor en la habitación eran sus cuadros. Paisajes, deconstrucciones, aquella alegoría de Groucho Marx que había causado tanto revuelo... Hadrian las acarició una a una, con mimo, quedándose con sus texturas en la punta de los dedos. No iba a llevárselos, Bastian pasaría a recogerlos cuando él se marchase. Serían su contribución al MUPAI, si es que podían considerarse eso.

El reloj marcaba las ocho y treinta y seis. Faltaban tres horas para la salida de su vuelo y apenas diez minutos para que uno de los delegados del programa Erasmus viniese a recogerle para llevarle al aeropuerto. Hadrian cerró la ventana y el armario, encajó la silla bajo el escritorio y se despidió con una última mirada de esa parte de su vida que tras el clic del interruptor quedó sumida en las sombras.

En el coche, no despegó la nariz de la ventanilla. La ciudad era otra bajo

las luces de la noche. En el horizonte aún se atisbaba una línea de luz rojiza, único resto del día soleado que habían vivido. Hadrian contó seis o siete calles por las que aún no había caminado. La certeza de que ya no nunca lo haría le hundió un poco más en su asiento. El resto del viaje lo hizo con la mirada perdida en sus zapatos.

**

En Barajas siempre parecía de día. Las potentes luces, el bullicio constante salpicado por el ruido del motor de los aviones, la lista interminable de llegadas y salidas. Hadrian escudriñó los enormes paneles en busca de su vuelo y el estado “en hora” fue todo un alivio. Una vez allí, sólo quería marcharse cuanto antes. Facturar trajo consigo el mismo temor de siempre. Ni el resguardo de su maleta, ni la etiqueta de frágil que la cruzaba de lado a lado le dejaron tranquilo; el destino de lo más preciado que poseía volvía a quedar en manos de extraños. Resignado, Hadrian se dispuso a pasar los controles. Justo cuando dejaba su móvil en una de las bandejas éste empezó a vibrar. En la pantalla parpadeaba el nombre de Eduardo y movido por algo que no había sentido antes, Hadrian decidió contestar.

—¿Sí?

—¡Hadrian!

—¿Qué quieres Eduardo?

—Paula me ha dicho que te marchas, ¿no te quedaba un mes aquí?

—Sí, pero tengo que irme antes.

—¿Ha pasado algo?

—Asuntos familiares.

—Espero que no sea nada grave, ¿estás bien?

—Es privado.

Había sido una respuesta muy cortante y el silencio resultó casi esperado. Decidido a no tenderle ningún puente, Hadrian esperó a que Eduardo lo rompiese.

—¿No ibas a despedirte de mí?

—¿Como lo hiciste tú?

—Hadrian... Sé que no tengo derecho a pedirte explicaciones pero ¿podemos hablar antes de que te vayas? Por favor.

—Eduardo, voy muy justo de tiempo.

—Un café, ¿vale? Ahí, al lado de tu residencia. Me paso mañana mismo.

¿Te parece bien?

Hadrian sopesó las opciones. Se preguntó cuál sería su respuesta si la realidad fuese otra y él no abandonase España esa noche. Cuando supo lo que haría no pudo evitar sentirse un poco molesto consigo mismo.

—Está bien.

—Dime una hora.

—Pásate cuando quieras, estaré allí.

—De acuerdo, nos vemos mañana entonces.

Hadrian colgó sin contestar. Volvió a colocar el móvil en la bandeja y pasó los últimos controles antes de dirigirse hacia la puerta de embarque. Éste fue puntual, casi a medianoche, en los últimos minutos del miércoles.

El jueves, Eduardo se encontró con una habitación vacía de Hadrian y llena de sus cuadros.

Capítulo 16

La última batalla

—Cariño, despierta. Vamos, arriba, tenemos cita a las diez y media.

Hadrian abrió los ojos y sintió que el resto de su cuerpo no quería cooperar. Fue su madre la que tiró de él para que saliese de la cama y la que guio sus pasos hacia la ducha. Con más desgana que otra cosa, Hadrian empezó un nuevo día de visitas médicas que no servirían para nada.

De todas las reacciones que su familia podía haber tenido, quizá ésa era la que menos había esperado. Amparándose en una supuesta ineficacia de los médicos españoles, sus padres habían aceptado la enfermedad, pero no que fuese irreversible. Desde que había llegado a Praga, Hadrian había pasado por dos consultas de oncología y otras tantas pruebas que habían reflejado el mismo resultado. Existía metástasis, el colon, el bazo y el páncreas estaban muy afectados y el hígado empezaba a estarlo. El fallo orgánico generalizado era cuestión de semanas y cualquier terapia que se llevase a cabo solo prolongaría su agonía. Aun así, Jan y Eliška querían una tercera opinión, en esa ocasión en una elitista clínica privada, y Hadrian intuía que esa lucha sin sentido era lo único que les alejaba de asumir la situación y venirse abajo.

La imagen que le devolvió el espejo era inequívoca. Estaba pálido como la cera y tenía las mejillas hundidas. Ni siquiera el pastel de nueces que su madre

horneaba a diario había dado resultado, el apetito le había abandonado sin remedio y cuando comía, generalmente acababa vomitando. Eran las pastillas y las botellas de suero las que le mantenían en pie, y eran las ganas de volver a ver Praga una vez más las que le impulsaban a salir de casa, aunque fuese para acabar en la consulta de un nuevo médico.

—Hadrian, ¿estás listo? Tenemos que irnos ya.

Ajustando el cinturón un agujero más, Hadrian se puso la chaqueta, tomó aire y salió de su habitación.

**

La clínica tenía aspecto de centro comercial. Grandes galerías, pasillos llenos de luz, varias plantas con un hueco central recubierto de flores, el hilo musical... *Las virtudes de lo privado*, pensaba Eliška mientras conducía a su hijo a la consulta de un médico del que todavía no había logrado pronunciar bien su nombre, pero en el que había depositado todas sus esperanzas. Jan había perdido la suya dos días antes; sentado en la cama con los últimos resultados de las pruebas de Hadrian entre las manos, había roto a llorar y le había sugerido que lo mejor era asumir las cosas y dejar a su hijo descansar. Eliška había guardado silencio mientras un tinte de decepción iba invadiéndola por dentro. No opuso resistencia; Eliška sucumbió a la amargura esa noche y al día siguiente decidió reemprender la lucha. La técnica oncológica revolucionaria que anunciaba esa clínica le había convencido lo suficiente como para solicitar una cita.

Cuando Hadrian pudo sentarse en la sala de espera fue todo un alivio para sus piernas. Habría sucumbido al impulso de apoyarse en el cómodo sofá y cerrar sus ojos si no fuese porque sabía cómo iba a reaccionar su madre. Admiraba lo que ella estaba haciendo y hasta cierto punto lo agradecía, pero Hadrian empezaba a temer el momento en que asumiese que aquello no tenía remedio. Para esquivar el cansancio que se apoderaba de él decidió echarle un vistazo a alguna de las revistas que había sobre la mesa de la consulta, pero el titular del diario Blesk captó su atención por completo.

“En la Unión Europea la identidad checa se disolverá como un azucarillo en un café”

La noticia ahondaba en esas declaraciones de Václav Klaus, nuevo presidente de la República Checa. Había sucedido en el cargo a Václav Havel, tras su obligada retirada debido a un cáncer de colon, y había cambiado por completo el discurso oficial del gobierno en relación a la inclusión del país en la Unión Europea. Mientras Havel apostaba por la civilización global y la defensa de los valores democráticos y derechos humanos que, en su opinión, habían faltado durante el período comunista, Klaus aseguraba que Bruselas era

opresora y paternalista y una amenaza para la identidad nacional. La opinión pública estaba seriamente dividida; unos veían la entrada en la Unión Europea como una posibilidad de mejorar su nivel de vida y otros como el principio del fin de su independencia y su economía. Y todo ello a las puertas de un referendo que Klaus había convocado a principios de junio, dejando la decisión en manos de la población.

Hadrian sabía hasta qué punto se podía manipular a una buena parte de esa población. Titulares como ése se encargaban de ello. La Unión Europea era un tema que siempre le había apasionado, que había defendido con fervor en sus tertulias en el Pepe Botella y que se había hundido en el olvido debido a las circunstancias. Ahora quedaba menos de un mes para un referendo en el que no creía que fuese a poder participar y, sin embargo, había algo en ese titular que provocaba en él una fuerza que ya no sentía ante prácticamente nada.

—¿Hadrian Malek?

Eliška se levantó como un resorte de la silla, sus manos nerviosas sobre el asa del mejor bolso de su armario.

—Sí, estamos aquí.

—Pueden pasar ahora.

Hadrian miró a la enfermera, a su madre y después a ese titular de la primera plana del periódico. Le temblaban las manos, le ardían las puntas de los dedos, pero era algo bueno. Por fin era algo bueno. La enfermera entró de nuevo en la consulta, dejando la puerta abierta y Eliška tocó el brazo de su hijo.

—¿Hadrian?

—Mamá, quiero que me prometas una cosa.

—Ahora tenemos que entrar, cariño. Luego hablamos.

—Necesito que me lo prometas ahora.

—¿Qué sucede?

—Voy a hacer lo que tú quieres y entrar ahí contigo, pero si los resultados son los mismos y no hay solución, quiero que me prometas que no habrá más intentos y que respetarás mis decisiones hasta el final.

—Hadrian, no quiero hablar de eso. ¡No digas eso!

–Madre, hablo en serio. Ni una consulta más.

Eliška sintió que perdía otra batalla. Primero Jan, después el propio Hadrian. Se preguntó si quería de verdad entrar en ese despacho y corroborar lo que los especialistas anteriores ya le habían dicho; si esa guerra tenía ya

algún sentido. Pero era tarde para rendirse, la enfermera volvió a llamarles y Eliška se propuso llegar hasta el final, aún a costa de sí misma.

—Te lo prometo. Pero, por favor, ahora entra conmigo.

Hadrian asintió, dejó el periódico en la mesa y siguió a su madre al interior de la consulta.

Los resultados variaron ligeramente. El hígado había empeorado. El prestigioso médico de nombre impronunciable no veía salida y rompió el corazón de Eliška en pedazos. Jan se afanó en recogerlos como pudo mientras Hadrian se encerró en su cuarto y deshizo por fin la maleta que aún tenía en una esquina de su habitación, como recuerdo de una estancia en España que parecía haber vivido otro. Con el tocadiscos ya sobre su escritorio, Oración para Marta sonó durante horas en el cuarto, mientras Hadrian devolvía a la vida a sus pinceles y tomaba una decisión.

**

Lenka estaba a punto de cumplir trece años. Su cuerpo había ganado esa gracilidad de todas las bailarinas y se movía por la casa como si en realidad se estuviese deslizando. A Hadrian le costaba verla ya como una niña pero había una fragilidad en sus ojos cada vez que le miraba que le decía que aún no estaba preparada para afrontar la realidad. Siempre habían tenido una buena relación, pero la diferencia de edad les había impedido compartir la mayoría de las cosas. En ese momento eran el arte, el gusto por la creatividad y el talento que ambos parecían tener, los nexos de unión más grandes entre ambos. Por eso Hadrian empleó un buen rato de la tarde en escuchar las experiencias de su hermana en la academia de baile y el buen puñado de sueños que tenía en perspectiva. Lenka se sentía encantada con la súbita atención que recibía y que había buscado desde que era muy pequeña. Más encantada aún, cuando supo que iba a servir a su hermano de ayuda.

—Lenka, necesito que me hagas un favor.

—Claro, dime.

—Quiero que mañana les digas a papá y a mamá que vas a dar un paseo conmigo. Tengo que salir de casa.

—Hablas como si tuvieses mi edad —le contestó Lenka riendo.

—Sabes que no me dejarán ir solo a ninguna parte y no quiero que sepan a dónde voy.

—¿Y a qué sitio misterioso vas?

Hadrian sonrió calibrando la decepción que causaría su respuesta.

—A la universidad.

**

Volver a la Academia de Bellas Artes fue un terremoto emocional. A simple vista, nada había cambiado. Y es que, a pesar de haber pasado sólo dos años, Hadrian tenía la sensación de que habían sido muchos más. A su mente volvieron sus amigos Pavel, Katarina, Ljuba y Radim. En esa semana que llevaba en Praga no se había puesto en contacto con ellos. Sabía que tendría que hacerlo, que podían estar en cualquiera de esas aulas, pero no acababa de encontrar el valor ni el momento.

El área de despachos bullía de actividad. En época de exámenes las dudas y la necesidad de tutorías se disparaban. Casi todas las puertas estaban cerradas y en alguna de ellas había gente esperando por su turno. Hadrian, en cambio, no tenía mucho tiempo. La noche había sido complicada y su estómago le había dado una pequeña tregua que sabía no iba a durar mucho. Prefería estar en casa cuando los mareos empezasen de nuevo. Por suerte, el despacho al que iba tenía la puerta abierta y no había nadie dentro salvo su dueño.

—¿Se puede?

El profesor levantó la cabeza rubia de los papeles y en cuanto le reconoció mostró una enorme sonrisa.

—¡Hadrian! ¡Pero qué sorpresa! Pasa, pasa.

Hadrian se adentró en el despacho y cerró la puerta tras de sí. Patrik Urban se levantó para darle un abrazo, y los brazos se le quedaron grandes para el cuerpo que en realidad había bajo la chaqueta floja.

—Qué delgado estás, creía que en España se comía de maravilla. ¿Cuándo has vuelto a Praga? No tenía ni idea.

—Hace unos días, ¿te importa si me siento?

—Claro que no— Patrik le señaló una de las dos sillas frente a su mesa y él se sentó en la otra, prescindiendo del sillón de catedrático —Cuéntame, ¿cómo ha ido el curso en Madrid?

—Ha ido bien. Patrik, estoy aquí porque necesito tu ayuda —El tono de Hadrian era serio y urgente, y ésa fue la actitud que también adoptó Patrik en cuanto lo escuchó.

—Claro, dime en qué puedo ayudarte.

—¿Has visto el periódico de hoy? ¿Los titulares sobre el discurso de Klaus?

—Sí, está por aquí —Patrik removió el escritorio atestado de papeles y dibujos y desenterró el periódico en una esquina. Con tono irónico leyó el

titular del diario Pràvo –La amenaza de hoy no es el Comunismo sino el Europeísmo.

—¿Qué opinas?

—Bueno, ya sabes lo que siempre he pensado sobre este tema. La Unión Europea para mí es un claro sí.

—¿Crees que la gente se dejará influir por esto?

—Es el presidente, cualquier cosa que diga tendrá repercusión. Por suerte, Havel sigue siendo muy querido y durante estos años sus ideas han calado.

—Pero ¿será suficiente con eso?

—No lo sé, Hadrian, francamente no lo sé.

–Hagamos algo, entonces.

Patrik sonrió. Ni Berlín ni Madrid habían cambiado el entusiasmo de Hadrian. Era una suerte contar con alumnos que tuviesen ese espíritu de lucha y que aún creyesen que desde el arte se podían cambiar las cosas, en algunas ocasiones hasta la propia Historia.

—¿Y qué propones?

—Una exposición pro Europa, aquí, en la capital.

—Hadrian, no sé si lo sabes pero el referendo es en tres semanas. Es prácticamente imposible a no ser que tuvieses ya la galería, los artistas y las obras. Y aun así... Imposible.

—Yo me encargaré de las obras, tú consigue la galería.

—¿Tienes las obras? ¿Has estado trabajando en esto?

Hadrian apartó la mirada por primera vez desde que había entrado en el despacho. Lo cierto es que no tenía ni un solo cuadro que presentarle a Patrik. Le estaba pidiendo que organizase una exposición en quince días basándose meramente en humo.

—Valoro tu decisión y tu idea, Hadrian — continuó Patrik — Quizá con más tiempo, si no gana el sí podríamos intentar provocar una segunda votación. Si empiezas ahora a pintar...

—Patrik, tengo cáncer. Me estoy muriendo.

Fue como un golpe físico. Aun así, Patrik no se perdió en los rodeos habituales: la negación, la incredulidad, la conmiseración. Asumió la información de frente como encaraba las placas en bruto de sus grabados, de forma cruda y realista.

—¿No hay ninguna posibilidad de cura?

—No.

—¿Cuánto tiempo crees que...?

—Puede que no llegue a votar en el referendo.

Patrik se levantó y caminó hacia uno de los laterales del despacho, cubierto de estanterías de arriba abajo. Necesitaba un respiro aunque fuese así, inmóvil, con la mirada perdida en unos libros que, por primera vez en muchos años, no iban a darle soluciones. El silencio se prolongó durante unos segundos que Hadrian contó uno a uno. Era increíble cómo en los últimos días se había hecho consciente de cada momento perdido de su vida.

—Desde que he vuelto a Praga me he pasado el tiempo entre hospitales buscando una cura que no existe. Voy a morir pero no quiero sentarme a esperar a que pase mientras todo el mundo me compadece. Quiero hacer algo, quiero luchar por algo y pintar hasta que no pueda más. Y sobre todo quiero que gane el sí —las palabras de Hadrian consiguieron que el profesor se girase y volviese a mirarle. El dolor invadía con claridad sus facciones.

—Hay una galería en el río, no es ni la más grande ni la más conocida pero está bien situada. He organizado exposiciones antes allí y tengo muy buena relación con el gerente. Si no tienen nada previsto podría conseguir organizar algo en unos diez días.

—Podríamos exponer durante quince —Hadrian se puso en pie, espoleado por la ilusión.

—Sí. Pero necesito obras, Hadrian. Más de las que tú puedas hacer en tan poco tiempo. Hablaré con mis mejores alumnos, les ofreceré créditos por su colaboración. Y luego habrá que decidir el cartel y el eslogan, preparar la publicidad... —una sonrisa afloró a sus labios —Esto es una locura.

Lo era, pero estaba claro que Patrik iba a embarcarse en ella. Hadrian había llamado a la puerta adecuada y no podía esperar al momento de ponerse a pintar. Sabía que pincelada a pincelada lograría romper la cárcel de cristal en la que le había encerrado su propia enfermedad. Pensaba que si la muerte iba a venir a por él, al menos debería encontrarle haciendo lo que más le gustaba hacer.

El segundo abrazo vino por su parte, delante de esa estantería repleta de placas y reconocimientos, de libros sobre nombres del arte que habían pasado a formar parte de la Historia. Hadrian ya no tendría una larga trayectoria artística para conseguirlo, pero tal vez Kuna aún podría tener una última palabra en la historia de Praga.

Capítulo 17

Kuna

Su mano derecha empezaba a agarrotarse. Hadrian dejó la paleta y el pincel en la mesa y miró su reloj; llevaba más de cuatro horas pintando y le tocaba tomar de nuevo sus medicinas. Todas estaban colocadas de manera ordenada sobre la repisa de acero de la cocina, junto a un vaso y una jarra de agua. Hadrian se sentó en uno de los taburetes de gas y se permitió un pequeño descanso.

Le encantaba ese apartamento. Espacios abiertos, grandes galerías, muebles vanguardistas de líneas rectas, tonos grises, blancos y negros a los que sólo añadían color las fotografías sobre las paredes. La temperatura era agradable y el silencio acogedor. Patrik no había dudado en ofrecerle su casa en cuanto supo que necesitaría un espacio para pintar en el que pudiese estar solo y tuviese un baño a apenas unos pasos. Le había dado incluso una copia de la llave por si tenía que salir y volver a entrar. Era la única persona que, tras conocer su enfermedad, le había seguido tratando como un adulto y no le compadecía cada vez que le miraba a los ojos.

Convencer a sus padres no había sido fácil. Hadrian sabía que hubiese seguido adelante de todas formas pero deseaba un apoyo que no obtuvo. El *¿para qué?* de su madre privaba a los días que le quedaban de todo sentido y le había dolido de mil formas distintas. La respuesta de Hadrian había sido dura y las lágrimas de Eliška inmediatas. Su padre había mediado de la peor manera posible y Hadrian había salido de casa con un portazo. Esa tarde había terminado el primer cuadro de la exposición y al volver ya de madrugada todo quedó sumergido en una oleada de alivio y abrazos. Ahora le dejaban pintar, siempre que llegase a tiempo para cenar, tuviese la batería del teléfono cargada y llamase a su madre cada tres o cuatro horas. Hadrian cumplía las dos primeras premisas y su madre, ante sus innumerables descuidos, se había hecho cargo de la última.

Un pinchazo en el costado le dobló en dos. Hadrian trató de coger aire y relajar el abdomen y se tiró en el suelo cuando sintió que el apartamento comenzaba a girar. Era algo que se repetía varias veces al día pero que todavía no le había llevado a perder el conocimiento. Con una calma que nunca había pensado tener, dejó una vez más que todo pasase hasta recuperar el control de su cuerpo. Aún no quería a marcharse a casa; lo haría en cuanto Patrik volviese y le pusiese al día de los avances en la exposición. Además, estaba a punto de terminar la segunda obra que mostraba la futura debilidad de la corona checa frente al euro, y ya tenía la idea para la tercera.

El olor de los óleos se le hizo insoportable cuando volvió frente a su cuadro. La arrugada mascarilla que descansaba en el fondo de su mochila desde las clases de Restauración, le permitió seguir trabajando el resto de la tarde. Aunque cuando Patrik llegó y Hadrian quiso ir a saludarle, comprobó que apenas tenía fuerzas para levantarse. Por primera vez, sí vio rastros de preocupación en la expresión de su profesor.

—Estás forzando demasiado, Hadrian.

—Los cuadros no se pintan solos. He acabado otro, ¿qué te parece?

Patrik se colocó delante del lienzo y Hadrian se sintió de nuevo en el primer año de carrera, temeroso ante cada juicio de valor que saliese de su boca. Ya no era el mismo chico y había ganado seguridad en esos tres años, pero Patrik Urban todavía tenía la capacidad de afianzar o desestabilizar su mundo.

—Es bueno.

—No me lo dices porque estoy muriéndome, ¿verdad?

A Patrik se le atragantó de nuevo la brutal asunción de la realidad con la que Hadrian siempre hablaba. Volvió a mirar el lienzo buscando la objetividad que ya no sentía y apelando a su parte más profesional observó con atención cada centímetro de la pintura.

—No, es muy bueno. La idea, el tratamiento del color, la emoción que transmite. Todo, Hadrian.

Hadrian sonrió y sintió en ese momento que ya podía firmar la obra.

—Gracias. ¿Cómo van las gestiones?

Las gestiones iban bien. Patrik le contó los avances en el coche mientras le llevaba de vuelta a casa. El gerente de la galería se había comprometido a reservarles el espacio durante veinte días siempre que le pudiesen garantizar al menos quince obras. Varios alumnos se habían comprometido a colaborar. La universidad participaría en los gastos de publicidad y el cartel que el propio Patrik había diseñado ya estaba en la imprenta, con el lema “¿Vas a quedarte fuera?”, y la fecha de inauguración del lunes dos de junio. A doce días exactos del referendo.

**

A finales del mes de mayo la salud de Hadrian empeoró ostensiblemente. El sueño se le resistía y su cuerpo no quería colaborar. Comer era un auténtico suplicio que acababa siempre en el cuarto de baño, y los mareos cada vez más un estado perpetuo. Sólo su amenaza de salir de casa a toda costa había empujado a su madre a llevarle en coche al apartamento de Patrik y no al

hospital. Allí las cosas tampoco mejoraron. El quinto cuadro, el más importante en su opinión, se le resistía sin remedio. Ni el color ni la perspectiva se materializaban como él quería y no conseguía la claridad mental suficiente para corregirlo. Los pinceles pesaban más que de costumbre y aquel mareo... Fue el primero que le dejó sin sentido.

Lo primero que hizo Patrik después de asegurarse de que la ambulancia estaba en camino fue llamar a los señores Malek. Su primera oleada de rabia cayó sobre él y Patrik no pudo culparles. La situación hubiese sido la misma, pero esa exposición les estaba privando de los últimos días junto a su hijo, y si bien había sido idea de Hadrian de principio a fin, él era quien la había hecho posible. Ambos estaban esperándoles en el hospital cuando la ambulancia se abrió paso en el bullicio frenético de urgencias. Gracias a la documentación que traían en sus manos, Hadrian pasó directamente al área de enfermos crónicos, en condición de interno.

Incluso sobre las inmaculadas sábanas de la camilla su palidez era notoria. Su extremada delgadez ya no se podía esconder bajo la ropa floja que usaba desde que había vuelto a Praga; por debajo del camisón del hospital sus huesos se dibujaban de forma evidente. Las enfermeras le conectaron a un monitor y le suministraron unos calmantes vía intravenosa, y el profundo dolor de estómago que padecía fue remitiendo poco a poco. Hadrian sintió que podría dormirse, pese a los pitidos de la máquina, las voces en la otra cama de la habitación o el constante ir y venir del personal a su alrededor. Lo estaba haciendo ya cuando la voz de su madre le obligó a permanecer alerta.

—Muchas gracias por traerle, señor Urban.

—Por favor, no hay nada que agradecer.

—Ya ve cómo está. Si sale del hospital vamos a llevárnoslo a casa. Es un momento estrictamente familiar.

—Lo entiendo.

Hadrian no quería entenderlo. Ni la protección de sus padres ni el tono derrotado de Patrik. La cárcel de cristal volvía a cernirse sobre él con tubos y agujas como barrotes. De repente, el cuadro que tanto se le había resistido se dibujaba en su mente con toda claridad y lo único que quería era volver a coger los pinceles y terminarlo.

—Díganle a Hadrian que... — comenzaba a decir Patrik pero Hadrian le interrumpió.

—Mamá.

Eliška se volvió hacia la cama y se inclinó sobre su hijo, acariciándole el pelo.

—Dime cariño.

—Quiero acabar de pintar.

—Hadrian, estamos en el hospital. Aún no sabemos si vas a poder salir y tu padre y yo...

—Me lo prometiste.

—Y lo cumplí, pero ahora las cosas son diferentes. Lo más importante es que no sufras.

—Quiero terminar.

Eliška buscó a su marido con una mirada desesperada. Jan se colocó a su lado reconfortándola con una mano sobre su hombro.

—Hadrian, hijo, no seas cabezota, esto ya está siendo demasiado duro para todos.

Pero el único que se va a morir soy yo, pensó Hadrian aunque no llegó a pronunciarlo. Él también buscó apoyo en la única persona que podría dárselo. Patrik era todo tristeza cuando le miró, pero se convirtió en algo muy distinto cuando se acercó a despedirse de él con un pequeño abrazo.

—Prometo que te ayudaré a terminar ese cuadro —le susurró al oído antes de separarse. Y Hadrian se aferró a esa promesa, antes de ceder por fin al sueño que le provocaban los calmantes.

Dos días más tarde, los médicos le dieron la opción de marcharse a casa o de quedarse. Sus padres estuvieron de acuerdo en pedir el alta y pasar cuantos más días pudiesen fuera del hospital. Sabían que volver a él era solo cuestión de tiempo. El cambio no fue notorio; Hadrian pasó de una habitación a otra, de los pitidos del monitor a los toques en su puerta, de las regladas visitas de las enfermeras a la constante atención de su madre. Veía pasar las horas tumbado sobre su cama, mientras las noticias se llenaban de nuevos titulares sobre Václav Klaus y sus ataques a la Unión Europea, y Patrik no contestaba a sus llamadas. Oír a su madre decir que tenía una visita fue un golpe de oxígeno en su asfixiante rutina. Cuando vio a uno de sus mejores amigos entrando en su habitación se le puso un nudo de emoción en la garganta.

Pavel Blazek seguía teniendo el mismo porte fanfarrón y la misma sonrisa de perdonavidas, pero había dejado atrás la eterna cara de niño con una estudiada barba de tres días. Mientras posaba uno a uno en el suelo los numerosos bultos que traía encima, Hadrian buscó una buena razón para no haber contactado con ninguno sus amigos y contarles la verdad. No encontró ninguna. El fuerte abrazo de Pavel le consoló solo a medias.

—Te he echado de menos — dijo Pavel— Y los chicos también.

—Lo siento.

—No digas tonterías, Kuna —los ojos llorosos de Pavel cuando se separaron le dijeron a Hadrian que lo sabía. Durante los segundos que duró esa mirada compartida, resolvieron la hipotética conversación que con cualquier otra persona hubiese desgastado las palabras —Voy a enseñarte algo que espero que te guste.

Lleno de energía, Pavel agarró uno de los bultos que había traído y lo colocó sobre la cama. Era la enorme carpeta de dibujo que siempre llevaba a todas partes. El nerviosismo de Hadrian creció a medida que su amigo desataba con paciencia los lazos de las tapas.

—No seas muy duro, ¿vale? —tras un florido movimiento de mano, el dibujo quedó expuesto. Con trazos de arte pop, Pavel había dibujado una enorme taza de café que mostraba la bandera de la Unión Europea y sobre ella una mano que sostenía un azucarillo muy peculiar. Con la caricatura que adornaba el terrón blanco, no podía pasar inadvertido que representaba a Václav Klaus a punto de disolverse en la propia Unión.

—¡Es genial! — exclamó Hadrian.

—¿De verdad?

—Es brutal, Pavel. Es... ¡muchas gracias! —Hadrian volvió a abrazarle e ignoró por completo las protestas de su estómago al incorporarse.

—Karina está a punto de terminar un óleo. Y los mellizos tienen una serie fotográfica alucinante. Pero... A la exposición le sigue faltando una obra fundamental.

En cuanto Pavel armó el caballete que estaba en la esquina de la habitación, Hadrian entendió qué componía el resto de los bultos. De la bolsa negra salió su maletín de óleos, sus pinceles, su paleta e incluso su mascarilla. Y debajo de aquella tela que su amigo retiró con cuidado estaba su cuadro, ése que había terminado mil veces en su mente pero que, en realidad, aún tenía muchos espacios en blanco. En uno de ellos había pegada una nota que Pavel le acercó a la cama.

Tenemos diecisiete obras confirmadas, la exposición está en marcha. Pero no pienso inaugurarla sin la decimoctava. Patrik.

**

La noticia sobre el referendo estaba en todas partes. En los telediarios, en los periódicos, en los carteles que forraban las paredes y marquesinas de la ciudad exhortando a votar. Patrik y sus alumnos trataban de colocar el de la exposición entre ellos, en los sitios más estratégicos. El resultado de la votación no estaba nada claro; los sondeos daban la victoria al sí, pero era una

victoria muy ajustada y el discurso anti europeísta de Klaus había conseguido sembrar la duda entre algunos sectores de la población. Quedaban sólo dos semanas para desnivelar la balanza. Dos días para inaugurar la exposición.

Hadrian jugaba contrarreloj con nuevos enemigos en contra. La fiebre que ninguna medicación conseguía bajar y una tos que le estaba partiendo en dos. Sus padres estaban determinados a volver al hospital y Hadrian sabía que la próxima vez que perdiese la consciencia no iba a poder aplazar esa decisión ni un minuto más. Pintaba a ratos perdidos, en esos extraños momentos de mejoría. Era difícil permanecer concentrado y con la vista nítida, la luz le molestaba cada vez más y sus padres perdían los nervios cada vez que le veían frente al lienzo. Por eso terminó pintando de noche, bajo la escasa luz del flexo de su mesilla, en el silencio tenso de una casa donde ya nadie conseguía descansar.

Cuando Patrik recibió el mensaje de texto se encontraba en la galería colgando uno de los trabajos de sus alumnos. El pitido de aviso no le distrajo de nivelar bien el cuadro, comprobar que los focos le diesen el punto correcto de luz y, tras bajar la escalera y alejarse los pasos necesarios, asegurarse de que tenía el hueco preciso en el conjunto de la exhibición. Solo entonces sacó el móvil de su bolsillo y todo lo anterior pasó a un segundo plano. Hadrian había terminado.

La mirada de la señora Malek cuando le recibió, aunque no era de aprobación, contenía menos hostilidad que las veces anteriores. En sus ojos solo había tristeza y dolor, y su expresión corporal era la de una mujer derrotada. Eliška guio a Patrik por la casa en la que nunca había estado antes hacia una habitación que olía a disolvente aún antes de entrar en ella. El profesor pisaba despacio, sintiéndose un intruso en un momento tan delicado. Le sudaban las manos cuando Eliška abrió la puerta y pronunció con suavidad el nombre de su hijo. La débil respuesta que le dio paso no fue nada esperanzadora.

Pese a que era mediodía, las cortinas estaban cerradas y la escasa claridad provenía de la pequeña luz bajo la que Hadrian había estado pintando. Ahora estaba metido en la cama y el bulto que formaba su cuerpo bajo las sábanas resultaba demasiado pequeño. Hadrian se iba minuto a minuto y era frustrante no poder detener el tiempo. Cuando Patrik se sentó a su lado, los muelles del colchón soltaron un quejido y Hadrian pareció retener otro entre sus dientes.

—Lo has conseguido —fueron las primeras palabras de Patrik. El “cómo estás” de rigor le parecía un absurdo en el que decidió no caer. La pequeña sonrisa en los labios de Hadrian le dio la razón.

—Aún no lo has visto.

—No importa. Lo has terminado, Hadrian.

—Abre las cortinas y míralo.

Patrik apretó ligeramente la mano de Hadrian que había cogido entre las suyas, caminó hasta la ventana para dejar entrar la luz y se giró hacia el caballete que había estado evitando hasta ese momento. Era sin ninguna duda la mejor obra de las cinco que había hecho Hadrian, probablemente la mejor que había hecho en toda su vida. Una diagonal dividía en dos escenas el lienzo. En la parte inferior los tanques pisoteaban los símbolos de la ciudad: el Puente Carlos, la Catedral, el Reloj Astronómico, la Casa Danzante... Y las flores morían bajo sus inflexibles cadenas. En la parte superior un cielo estrellado, el azul de Europa, las estrellas de sus miembros, la calma sobre la absoluta tempestad. Allí, entre las pinceladas gruesas y violentas del rojo, se oían los chirridos y los gritos, olía a humo y se saboreaba algo metálico. En el azul fluido uno encontraba la paz, el frescor de la noche después de un día demasiado cálido. El cuadro respiraba, estaba lleno de sensaciones y las transmitía. Y Patrik no encontraba las palabras adecuadas para describirlo, pero sí tenía clara una cosa:

—Ignác Kuna estaría orgulloso.

Era la primera vez que Hadrian lloraba desde que le habían dicho que se moría. Tenía suficientes motivos para ello, estaba cansado, dolorido y muy asustado, pero lo que había abierto todas las compuertas de sus emociones era pensar que había hecho algo merecedor del orgullo de su abuelo. Era algo que, de forma no siempre consciente, había buscado toda su vida.

—No lo has firmado.

—Estaba agotado.

—Deja que te ayude.

Con cuidado de no tocar la pintura aún fresca, Patrik movió el caballete hasta uno de los laterales de la cama. Cogió la paleta, extendió un poco de óleo negro y escogió el pincel de grosor adecuado; después, se sentó de nuevo al lado de Hadrian y le ayudó a incorporarse en la cama. Incapaz de mantener la vertical sin marearse, Hadrian se apoyó contra él y tomó el pincel en su mano.

—Yo aguanto la paleta — le dijo Patrik.

Las cerdas se mancharon de la pintura negra y dibujaron el primer trazo de la letra k. Bajo la mano temblorosa de Hadrian la letra u no fue tan curva como de costumbre, y tras la ene su brazo dio síntomas de no poder más. Fue la mano de Patrik la que agarró su huesuda muñeca y la guio a lo largo de toda la letra a, cerrando juntos la firma. Cuando el Kuna estuvo completo, el brazo

de Hadrian cayó como un peso muerto sobre las sábanas y el pincel se deslizó hacia el suelo. Patrik le sostuvo aún más fuerte contra él. Cuando Hadrian le miró, supo que no olvidaría esa mirada jamás.

–Tengo que a irme al hospital.

Patrik lo sabía. Era evidente en cada trabajada respiración, en lo traslúcida que se estaba haciendo la piel de Hadrian sobre sus huesos.

—Haz que sea un éxito. — insistió Hadrian.

—Eso te lo prometo.

Capítulo 18

Alles Gute zum Geburtstag

Jan cerró la puerta y dejó salir el suspiro que había retenido durante el tiempo que había pasado dentro del despacho. Era la primera vez que hablaba con su jefe en la fábrica y que pedía un permiso para ausentarse de su puesto de trabajo. Hasta ese momento se había ceñido a cumplir puntualmente su horario y a encajar como una pieza más en la enorme cadena de construcción de coches durante casi diez horas diarias. Su jefe no había tenido inconveniente en concederle el permiso, aunque había considerado necesario matizar que si su ausencia se prolongaba durante más de un mes se vería obligado a sustituirle. Jan se tragó la rabia que subía poderosa hacia su garganta y se dirigió hacia la salida de la fábrica, sabedor de que a su hijo no le quedaba tanto tiempo de vida.

Desde la habitación de Hadrian en la tercera planta del hospital las vistas eran una serie de tejados grises que cubrían el área de cocinas. Un olor intenso a comida ascendía a ciertas horas del día, así que Eliška mantenía siempre la ventana cerrada. No era una habitación muy grande, pero los médicos les habían garantizado que no tendrían que compartirla con ningún otro paciente y eso era suficiente para compensar todas sus desventajas.

Después de emplear sus últimas fuerzas en finalizar el cuadro, Hadrian se había dejado ir en manos de los demás: sus padres, los médicos y cada una de las enfermeras que venían a visitarle. Sumergido en una montaña de almohadas, sobre una cama a medio abatir, era testigo de su propio final. Su cuerpo se lo anunciaba alto y claro, a través de varios tipos de dolor. Sin embargo, ninguno se prolongaba en el tiempo. En su historial había una consigna clara: evitar que el paciente sufra. Cuando las pastillas dejaron de cumplir su función, los médicos optaron por suministrarle morfina en

pequeñas cantidades. Hadrian pasaba más tiempo sedado que despierto, conectado a más cables de los que ya podía recordar.

Sin embargo, había momentos de mejoría en los que parecía estar ingresado por cualquier otro motivo menos grave. La mañana del tres de junio fue uno de ellos. Hadrian estaba despierto cuando el enorme ramo de flores dio paso a sus amigos. Karina y Pavel en la primera ronda, en una segunda Ljuba y Radim, los mellizos. Las noticias que traían sobre la inauguración de la noche anterior no podían ser mejores. Patrik había llamado esa misma mañana para informarle, pero su móvil estaba ahora en manos de su madre y su aseo matutino sobre la cama había interrumpido una conversación más que interesante.

La inauguración aparecía reflejada en todos los periódicos de relevancia. Pavel los había traído todos y se los fue enseñando uno a uno. Hadrian Malek, nieto de Ignác Kuna, figuraba como organizador de la exposición y como artista relevante de la misma. Su último cuadro era la fotografía que ilustraba la noticia en cuatro de seis publicaciones. Era un honor que Hadrian no esperaba, no cuando Patrik había hecho todas las gestiones y él sólo se había dedicado a pintar algunas de las obras, pero no podía negar que estaba entusiasmado. Karina le mostró las fotos que había sacado de cada obra con su cámara Polaroid y Hadrian tenía que reconocer que todos habían hecho un gran trabajo. A once días de la votación solo esperaba poder llegar a ver su resultado y que éste fuese un rotundo sí a la adhesión.

—Sería un gran regalo de cumpleaños, ¿no crees? —le había dicho Karina, acariciando su mano libre de agujas. Y fue el primer momento en que Hadrian recordó que el nueve de junio, si el cáncer se lo permitía, cumpliría veintitrés años.

**

El día de su cumpleaños la habitación de Hadrian se convirtió en una pequeña floristería. Los ramos comenzaron a llegar a primera hora de la mañana, con tarjetas enormes y globos de colores. Lenka fue leyendo los mensajes uno a uno. Tras la noche de relativa calma que le habían regalado los médicos, gracias a una dosis mayor de morfina, Hadrian podía permanecer despierto y recibir a la mayoría de sus visitas. Y también pudo hacer lo que había reservado para ese día en concreto: cubrir su voto en la papeleta del referendo que su padre, bajo poder notarial, llevaría a las urnas.

Patrik llegó un poco después de mediodía. Por fortuna para Eliška, que ya había empezado a llevar ramos a la zona de control de planta, el profesor no traía flores sino un sobre. Cuando Hadrian lo abrió y sacó el papel que contenía, se encontró con un certificado académico del título en Bellas Artes. A su nombre.

—Enhorabuena, Hadrian.

—Pero... no puede ser —Hadrian releyó de nuevo la certificación por sus dos caras. Buscó en el listado las cinco asignaturas que había dejado inacabadas en Madrid y vio que todas estaban aprobadas y con buenas notas —Patrik...

—Sólo quedaban dos semanas para terminar cuando te fuiste. Tus profesores tenían suficiente información para evaluarte. Cuando yo les llamé para intentar conseguirlo, ya lo habían decidido. Un tal Sebastián Prieto llevó tus últimos cuadros a la facultad.

—Y al saber que tengo cáncer...

La mano de Patrik no fue dura pero sí firme cuando agarró la fina muñeca de Hadrian.

—No, esto no tiene nada que ver con tu enfermedad. Ha sido tu trabajo el que te ha dado esas notas. Ese papel no tiene importancia y no te hace más artista de lo que ya eres, pero pensé que te gustaría saberlo.

Le había gustado, era un gran regalo en realidad. Además, no había ni un ápice de piedad en los ojos de Patrik y Hadrian decidió dejar de auto-compadecerse. Con una sonrisa abrazó a su antiguo profesor y se sintió agradecido de tener en su vida a gente como él o como Bastian.

A primera hora de la tarde, la fiebre reapareció con fuerza. Jan abatió la cama, cerró un poco la persiana para evitar la luz directa sobre ella y avisó a las enfermeras. Pavel y los mellizos esperaron en el pasillo, con sus flores y sus sonrisas congeladas, por una mejoría que les permitiese felicitar a Hadrian. Ésta ocurrió un par de horas más tarde y justo una antes de que llegase Karina.

Era ella quien atendía esa tarde la exposición. Todos los artistas se habían involucrado en hacer de guías, explicar las obras y tratar de que la idea global calase en cada uno de los visitantes. “Intentará venir a última hora” le había dicho Pavel y Karina entró en la habitación cuando ya anochecía, sonriente como siempre pero sin poder ocultar el cansancio que gritaban sus pronunciadas ojeras.

—Hola, guapo.

—¿Cuándo has aprendido a mentir tan bien? —dijo Hadrian mientras recibía dos sonoros besos sobre su cuna de almohadas.

—Tú siempre serás guapo para mí.

—No tanto como Pavel, ¿verdad? Después de tanto resistirte...

Karina no pudo evitar ruborizarse. Abrió la boca para decir algo al respecto pero luego pareció pensárselo mejor y cambió de tema.

—¿Recuerdas aquella vez que perdiste el teléfono móvil en Berlín y teníamos otro número para contactarte?

Hadrian asintió. Por supuesto que lo recordaba. Una noche de fiesta con amigos, su móvil hundiéndose hacia el fondo de las aguas del Rin, los besos de Jürgen al regresar a casa. Todo volvió a su mente con una rapidez y una nostalgia inusitadas. Mientras no había encontrado otro teléfono a buen precio, le había escrito a Karina un mensaje con el número en que podrían localizarle en caso de tener que hacerlo. El número de Jürgen.

—Te llamé un par de veces por aquella exposición en solitario, estaba tan nerviosa...

—Sí que lo estabas.

—El caso es que Jürgen se quedó con mi número y... hemos estado en contacto durante este último año.

—¿En serio? – Hadrian no sabía qué decir. Aquello había sido del todo inesperado. Ni siquiera podía imaginar que sus amigos se acordasen de Jürgen. Nunca le habían visto y él tampoco había contado mucho de una relación que atesoraba lo suficiente para convertirla en un mundo de dos, inaccesible y privado.

—Siempre me pregunta por ti — continuó Karina — No sé si me vas a matar o si he metido mucho la pata, pero cuando me preguntó de nuevo no pude mentirle. Está ahí fuera, en el pasillo; si quieres le digo que entre, si no se irá. Son sus propias palabras.

Una tormenta de emociones se concentró en la boca del estómago de Hadrian. Era un dolor muy distinto a ese otro, sordo y tenaz, que siempre le acompañaba en las últimas semanas. Hablaba de rechazo y de oportunidades perdidas, de promesas rotas que ya no se podían recuperar. Y aun así, Jürgen había venido desde Berlín solo por él y Hadrian no deseaba otra cosa que dejarle entrar.

—Dile que pase.

Aliviada ante la ausencia del enfado que esperaba, Karina sonrió y salió de la habitación, encargándose de que Eliška, que ojeaba una revista en un rincón, le acompañase a tomar un café a la planta baja.

Los segundos que Jürgen tardó en abrir la puerta dispararon el pulso de Hadrian, delatado por el chirriante monitor. Verle entrar fue como volver a los días en Berlín, a tener todo el mundo por delante y la ilusión intacta; pero a cada paso de Jürgen hacia la cama Hadrian fue haciéndose más y más consciente de su propia palidez, sus labios resecos y los huesos que se anunciaban en cada centímetro de la tela de su pijama.

—Hola.

—Hola —solo una palabra y se le habían humedecido los ojos. Jürgen se dio cuenta de que Hadrian estaba a punto de romperse y le abrazó de inmediato, con la misma calidez que lo había hecho tantas veces antes. Hadrian comenzó a llorar contra su pecho sin saber muy bien por cuál de las tantas cosas que estaba sintiendo. Las caricias en su pelo, las palabras llenas de cariño en su oído, el amor con el que Jürgen le sostuvo hasta que el llanto cesó, se llevaron por delante el año que les había separado. Todo lo que en esos doce meses se había interpuesto entre ellos.

Nada había entrado en la vida de Jürgen capaz de borrar la presencia de Hadrian. Al contrario, las constantes preguntas de su abuela, las noticias que le daba Karina, los recuerdos que volvían a su mente una y otra vez, le habían mantenido siendo el mismo Jürgen que le había visto marcharse. La noticia del cáncer había sido devastadora. Sin querer detenerse en el dolor que amenazaba con bloquearle, Jürgen había tenido que lidiar con el impulso de marcharse a Praga en ese mismo momento, hasta saber si tenía el derecho de volver a la vida de Hadrian. Por suerte, en cuanto le había comentado la idea a Karina, ella la había convertido en un plan real. Jürgen había cogido el primer tren disponible. Y allí estaba, apretando los dientes para no llorar, mientras Hadrian sí lo hacía entre sus brazos. Y, pese a la gravedad del momento, a su pronta fecha de caducidad, Jürgen sentía que, por primera vez en doce meses, estaba completo.

—Te he traído un regalo —Jürgen se separó de Hadrian lo justo para poder coger en su bolsa bandolera un cuaderno de bocetos que luego dejó sobre sus manos.

Hadrian se secó las lágrimas para lograr ver bien, aunque enseguida aparecieron otras a medida que pasaba las páginas y se encontraba dibujo tras dibujo de rincones de Berlín. Todos estaban fechados, uno o dos por semana a lo largo de los últimos meses, y dedicados para él. Jürgen había mantenido viva la promesa de las postales aunque no hubiese enviado ninguna a Madrid.

—¿Te gustan?

Incapaz de hacer algo más que asentir, Hadrian volvió al principio del cuaderno para ver los dibujos otra vez. Todos los sitios eran conocidos y le transportaban a momentos que habían compartido juntos. El último era el único retrato del conjunto, una estampa de la abuela de Jürgen tejiendo sobre su mecedora. Recordando las tardes de domingo en el asilo, Hadrian pasó los dedos por el moño de Katharina y el óvalo de su cara.

—Te echa de menos. Dice que eras su favorito. Cuando le recuerdo que soy su nieto me contesta que a mí ya me tiene muy visto — dijo Jürgen.

Riendo y llorando a la vez, Hadrian cerró el cuaderno y lo apretó contra su pecho. Lo que esos dibujos habían desatado en su interior era el mejor regalo que había recibido. La culpa, una inevitable consecuencia.

—Lo siento. Yo no...

Jürgen hizo callar a Hadrian tapando sus labios. No necesitaba escuchar lo que se había hecho obvio a lo largo del último año. Ni el pasado ni el futuro tenían cabida en esa habitación, así que, refugiado en el presente, Jürgen acarició las mejillas de Hadrian, se inclinó hacia delante y le besó.

—Feliz cumpleaños, Kuna.

**

Fue Lenka la que trajo el pastel. Con las luces de la habitación apagadas y toda la gente que quería a su alrededor, Hadrian se permitió una pequeña mentira. Se imaginó de vuelta en casa, vestido para salir a celebrarlo por los bares de Praga, sano y lleno de energía para empezar un nuevo año de su vida. Ignorando los pitidos de las máquinas, cerró los ojos, se acercó a la vela y pidió su deseo mientras soplaba. Uno que acabó de golpe con su fantasía.

Capítulo 19

Babetta

El trece de junio de dos mil tres la República Checa dio luz verde al primer referendo de su historia, que se prolongaría hasta el día siguiente.

El catorce de junio de dos mil tres, las enfermeras retiraron la manta de la cama de Hadrian. Su peso le causaba un dolor innecesario, aún más notorio tras la larga noche de insomnio que había padecido. Dormir era cada vez más un milagro incómodo, algo que su familia atestiguaba en sus caras demacradas tras velarle en los últimos días. Solo por ellos Hadrian quería que todo acabase. Sin embargo, su deseo había sido una semana más de vida, resistir al menos hasta saber el resultado del referendo.

Ya ni siquiera podía girarse sin ayuda en la cama. Fueron sus padres quienes le acomodaron para poder ver la televisión que habían encendido a mediodía, cuando estaba previsto el primer avance de noticias. Todo el cuerpo de Hadrian protestó de dolor ante el movimiento pero no dio cuenta de ello. Sabía que la morfina sería la solución y él quería permanecer consciente unas horas más. Eliška pasó una compresa húmeda por sus labios resecos y le dio a beber un poco de agua. La reportera anunció los datos de participación que superaban escasamente el cincuenta por ciento. Nadie se atrevía a valorar si

eso beneficiaba al sí o al no, pero parecía una muestra más del euroescepticismo inherente en la sociedad checa. Para alegría de Hadrian, los sondeos seguían siendo favorables a la adhesión.

Durante la mañana las visitas fueron llegando a la habitación. Karina había traído a Lenka, que se estaba quedando a dormir en su casa los fines de semana, Pavel a Jürgen, a quien había acogido durante los días que pasase en Praga, y los mellizos se habían encontrado en el vestíbulo con Patrik Urban, que había clausurado la exposición dos días antes y había decidido vivir el día decisivo con el mayor artífice de la lucha. Pese al habitual pase de dos visitas como máximo, los celadores no pusieron ninguna restricción en ese caso. Hadrian tenía una habitación individual y todos sus allegados habían demostrado ser lo suficientemente silenciosos. Aun así, el espacio reducido y las continuas revisiones de las enfermeras, hicieron necesario que todos se turnasen entre estar en planta o en la cafetería, donde la televisión también les mantenía al tanto de las noticias.

A las dos de la tarde se cerraron los colegios electorales. El recuento era sencillo, en poco más de una hora se conocerían los resultados. Jürgen subió entonces a planta y los padres de Hadrian decidieron bajar a la cafetería para poder comer algo con su hija. En la televisión un baile frenético de cifras daba por hecha la victoria del sí, pero Jürgen no le prestó demasiada atención. Sabía que los demás no tardarían en subir y tenía la sensación de que ése iba a ser su último momento a solas con Hadrian. Estaba ahí, escrito en sus labios fruncidos y en la fina capa de sudor sobre su frente. Combatía el dolor para ganarle unos minutos al día que tanto había esperado vivir, y la lucha después de eso perdería sentido. Cuando Jürgen cogió su mano el movimiento de los dedos entre los suyos fue apenas imperceptible.

—¿Preparado?

—Sí.

—Vais a ganar, Kuna.

—Eso parece.

A Jürgen le hubiese gustado mantener el tono ligero, el tema impersonal, pero todo en aquella habitación personalizaba su dolor, le asfixiaba en ese blanco antiséptico. Quiso tomar aire y fuerzas en la caricia que dejó sobre la mejilla de Hadrian.

—Quiero que sepas que no me voy a mover de aquí, que voy a estar hasta el final. Puede que no me veas, sé que tu familia es lo primero, pero estaré ahí fuera.

—Lo sé, lo sé.

Había algo en la voz de Hadrian que trataba de calmarle. Jürgen ni se había dado cuenta de lo rápido que había hablado, de lo desesperada que había sonado su voz. Sentía la aguja del reloj correr imparable, comiéndose los segundos a dentelladas. Sin apenas darle tiempo para dos palabras más o para un beso.

—Te quiero — Sin esperar una respuesta que no buscaba, con el tic tac resonando sin piedad en su cabeza, Jürgen besó los labios de Hadrian con suavidad y dejó su propio adiós sobre la piel reseca.

Los leves toques en la puerta rompieron el momento. Pavel, Karina y los demás ya estaban allí. Jürgen se apartó poco a poco de la cama sin dejar de mirar a los ojos de Hadrian. Todos fueron entrando y colocándose a su alrededor en dirección a la televisión. Radim tenía ya el mando a distancia en su mano y subió el volumen un poco más.

—Van a decirlo ya.

Una cortinilla, una pequeña pausa de publicidad, y la reportera que había cubierto la noticia durante los últimos dos días, sonrió a la cámara y reveló el resultado.

La República Checa ha dicho que sí a la adhesión a la Unión Europea con un setenta y siete con tres por ciento de votos a favor y un veintidós con siete en contra. Se ha alcanzado un total de cincuenta y cinco con dos por cierto de participación...

El resto de la información quedó ahogada por la alegría que inundó la habitación. Fueron solo unos segundos, seguían en un hospital después de todo, pero Hadrian los disfrutó uno a uno. Los aplausos, las caras de felicidad, las felicitaciones, los abrazos que con más o menos cuidado recibió de todos. Había valido la pena, cada pincelada, cada sufrimiento, cada cuesta arriba de esa lucha. Cuando la explosión se fue apagando también lo hizo la tensión que mantenía alerta a su cuerpo y, de repente, se sintió exhausto.

El bajón en las constantes hizo que Eliška pulsase el timbre que conectaba con control de inmediato. La misma rapidez mostraron las enfermeras en aparecer. Mientras revisaban su cuerpo e inyectaban nuevas medicinas en la vía de su antebrazo, Hadrian atisbó en la televisión al primer ministro, Vladimir Spidla, bailando y cantando a ritmo de Babetta para celebrar el resultado del referendo. Pensó que quizá las drogas ya le estaban afectando y, con una tímida sonrisa, se dejó ir de nuevo en la inconsciencia.

**

A partir de ese momento Hadrian comenzó a precisar la bombona de oxígeno y la mascarilla. La habitación se convirtió en un eco incesante de

respiraciones ruidosas y toses contra el plástico que parecían que iban a partirle en dos. Las cortinas solían estar echadas porque sus ojos apenas resistían la luz directa, aunque la mayor parte de las horas las pasaba dormido. *Cuestión de días*, habían dicho los médicos.

Las visitas fueron espaciándose, la habitación fue quedando cada vez más relegada a Jan y Eliška, los únicos que tenían derecho a un momento tan privado. Lenka, realmente superada por toda la situación, dejó de acudir al hospital. Jürgen, en cambio, se resistía a dejar la misma silla de plástico naranja de la que se había adueñado en el pasillo. Se conformaba con pequeños ratos robados, esos en los que uno de los padres de Hadrian volvía a casa y el otro se tomaba unos segundos yendo al baño o a coger un café a la máquina expendedora. Vivía de esos fugaces monólogos con la mascarilla o con la mano que permanecía laxa entre las suyas. Hadrian apenas despertaba, se iba entre los silbidos roncos que escapaban de sus labios y a cada gota de morfina que acallaba su agonía. A Jürgen el traje de invasor en la habitación de los Malek le iba sentando cada vez más incómodo y, ahogado en culpa, se dejaba llevar por Pavel de vuelta a casa cada noche, donde apenas podría dormir esperando una llamada que no acababa de producirse.

Eliška parecía otra. Jan la observó mientras recogía su bolso y alisaba las arrugas inexistentes de las sábanas que cubrían a Hadrian. El dolor le había echado años encima, convertido sus líneas de expresión en arrugas. Y no era sólo su pelo el que había perdido el brillo; eran también su piel y sus ojos, y esa sonrisa triste que le dedicaba siempre antes de irse. Ya no se desmoronaba, no rompía a llorar entre sus brazos impotente ante lo que estaba sucediendo. Había adoptado el estado siguiente, una entereza que la hacía más distante, más desconocida. En cuanto Eliška abandonó la habitación, Jan fue a mirarse al espejo del baño para tratar de reconocerse. Creyó verse ahí, bajo las nuevas canas y las bolsas de sus ojos que amenazaban con estallar al segundo siguiente, en la camisa que a duras penas combinaba bien con sus pantalones, pero ya no estaba seguro de nada.

De vuelta en la habitación, Hadrian sufrió otro fuerte ataque de tos. Las enfermeras retiraron su mascarilla y le voltearon sobre su costado para evitar que se ahogase. Tras dos minutos eternos, el ataque remitió y el monitor dejó de enloquecer en pitidos altisonantes. Jan creyó escuchar en una voz lejana que todo estaba bajo control, pero no podría asegurarlo. Toda su atención estaba concentrada en el cuerpo de Hadrian que la maniobra había dejado al aire, en los tobillos huesudos, los muslos minúsculos, lo fina que se había vuelto la piel sobre los huesos. Era algo que veía cada día y que, aun así, no dejaba de horrorizarle. Mientras tomaba aire junto a la única ventana abierta de planta para no venirse abajo, Jan se preguntó si desear la pronta muerte de su hijo le convertía en un mal padre.

**

Eliška miró a Lenka sin saber muy bien qué decir. Durante unos segundos se debatió entre seguirle la corriente o, por el contrario, enfrentarla de nuevo a la realidad. La niña volvió al ataque antes de que pudiese tomar una decisión.

—Di que sí, mamá. ¡Siempre he querido conocer Berlín! Podemos ir en agosto, antes de que empiecen mis clases otra vez. Hadrian me ha dicho que hacen muchos festivales en la calle, de danza también. ¡Di que sí, di que sí!

La tentación de esa respuesta era grande. Con toda probabilidad, Lenka se quedaría contenta y podría dormir bien mientras fantaseaba con su próximo viaje a Berlín para ver a su hermano. Todo un cambio después de las últimas noches en vela, llorando hasta que le vencía el cansancio. Sin embargo, Eliška no pensaba ceder ante ese burdo mecanismo de defensa; simplemente barajaba las posibilidades para no resultar demasiado cruel.

—Si quieres ver a tu hermano yo te llevo hija, pero no a Berlín.

Una leve sombra cruzó el rostro aniñado de Lenka. Trató de ocultarla bajo otro montón de mentiras pero en esa ocasión ya no le salieron con tanta facilidad.

—¿Por qué no? ¿Va a venir él a Praga? Me dijo que Jürgen no... que él prefería... —Lenka se deshinchaba como un globo roto palabra a palabra. Eliška la sentó con suavidad sobre la cama y colocó un mechón de su larga melena tras su oreja. Arrodillada frente a ella, sólo esperaba haber tomado la decisión correcta.

—Escucha, cariño, a tu hermano no le queda mucho tiempo. Sé que es muy duro ir a verle y entiendo que no quieras, pero ¿no te gustaría despedirte?

Lenka agachó la mirada a su regazo, donde era incapaz de detener el movimiento nervioso de sus manos. Todo su cuerpo hablaba de duda y su madre sintió una enorme pena ante lo pronto que llegaba a algunas vidas la pérdida.

—Yo iré contigo y saldremos cuando tú quieras. Sólo decirle adiós y darle un beso, mi vida. A él le gustaría.

El asentimiento fue pequeño, casi imperceptible, pero Eliška se aferró a él como a una liana sobre un precipicio.

**

Calamares. Era un bocadillo de calamares que aún humeaba. El rebozado a medio caer, el pan grasiento, las anillas que no siempre rompían al primer mordisco. Delicioso. La Plaza Mayor se desdibujaba tras un Eduardo que todavía era un enigma para él y que le sonreía. Eduardo... Había salido de su

vida como había llegado, en un soplo. No se lo tenía en cuenta, ni siquiera sabía si aún le quería. Importaba tan poco ya... O quizá no tan poco si aparecía de nuevo tentándole con el último trozo de su bocata cuando él ya había acabado el suyo. Iba a arrancárselo cuando llegó la náusea, subiendo poderosa hasta su garganta, pero también inútil. Ya no había nada que pudiese vomitar en su cuerpo.

Creyendo que se ahogaba abrió los ojos, cortinas que precisaban poleas, y se encontró con Jürgen. La náusea cedió un poco. Parecía hablarle, pero Hadrian no conseguía oír nada, como tampoco podía sentir sus manos pese a que sabía que estaba agarrándole. No fue capaz de moverse, de responder de algún modo. Jürgen, su Jürgen, se retiró como un ladrón cogido en falta en cuanto sus padres aparecieron. Parecían mayores, arrugados y encogidos como nunca les había visto. Si Hadrian fuese capaz de sentir algo estaba seguro de que la culpa le estaría haciendo doler el corazón. Pero no sentía, ya no. La morfina se había adueñado de él por completo, llevándole en un mar de algodón, ingrávido e indoloro. Anodino también.

Sólo la imagen de Lenka llorando desconsolada sobre su regazo logró levantar una ola en ese mar de calma. Una cresta de espuma que rompió en la orilla y le provocó una lágrima. Una mano anónima la recogió en su mejilla y puso otra compresa fría sobre su frente. Fría o caliente, ya no podía precisarlo. La somnolencia volvía a adueñarse de él con más insistencia incluso que otras veces. Hubiese sido fácil dejarse ir en ella si no fuese por el revuelo de enfermeras a su alrededor. De pronto apareció un médico, las cabezas de sus familiares asomando entre las batas blancas y los uniformes, el miedo desfigurando sus expresiones. Hadrian miró a todos a los ojos, a su madre, a su padre y a su hermana, y entendió por fin qué sucedía. Se acordó entonces de los que ya no podría ver; de Karina, de Pavel, de Ljuba y Radim... de Patrik. De sus cuadros, pasando como en una película ante sus ojos, acompañados de momentos, buenos y malos: el olor del disolvente, la textura del óleo, la marca que la paleta dejaba siempre en su dedo pulgar. De su abuelo Ignác.

Hadrian cerró los ojos. Un manto de terciopelo se cernió sobre él. Marta Kubisova le cantaba al oído y los tanques disparaban flores no muy lejos. Al fondo, sentado a los controles de la radio, su abuelo sonreía mientras le llamaba para que se acercase. Aprovechando la ingravidez, Hadrian avanzó hacia él, que seguía repitiendo con esa voz tan conocida su nombre.

Kuna. Kuna, Kuna...

La luz fue cegadora por un momento y luego todo confluyó en la línea plana del horizonte.

FIN